

Benito Madariaga de la Campa

# MALVA

Aguafuertes  
de la guerra civil española





# MALVA

Aguafuertes  
de la guerra civil española



Benito Madariaga de la Campa

# MALVA

Aguafuertes  
de la guerra civil española



**aderal** ediciones

1.ª edición, junio, 2000

De esta edición se han tirado 50 ejemplares,  
numerados expresamente por el autor.

Ejemplar nº .....

© Benito Madariaga de la Campa, 2000

Diseño de cubierta: Gustavo A. Velasco  
sobre el cuadro de Goya, *Duelo a garrotazos*.

© De esta edición: aderal ediciones  
Paseo de Guadalajara, 36 / 28700 MADRID  
Tel.: 91 654 00 50  
Fax: 91 654 29 96

E-mail: [aderal3@wanadoo.es](mailto:aderal3@wanadoo.es)  
[www.aderaltres.com](http://www.aderaltres.com)

ISBN: 84-88322-02-X

Depósito legal: M-27391-2000

Impreso en España - Printed in Spain

## Índice

Advertencia del autor .....	11
I. El descubrimiento de una ciudad .....	13
II. Las dos historias .....	28
III. Viaje de ida y vuelta .....	41
IV. La guerra en marcha .....	54
V. La retirada de un ejército .....	60
VI. Banderas victoriosas .....	67
VII. Prendimiento y condena .....	73
VIII. El fin de la guerra .....	79
IX. Los panes y los peces .....	82
X. Mi enfermedad .....	87
XI. Aparición en escena .....	91
XII. Camino del matadero .....	97
XIII. El ogro del castillo .....	107
XIV. Mimí .....	112
XV. Un día más .....	117
XVI. Los falsos amigos de Pinocho .....	123
XVII. La mujer misteriosa .....	125
XVIII. Retorno a la infancia .....	128
XIX. Encuentro desafortunado .....	131
XX. Intermedio campestre .....	134

XXI. Parábola . . . . .	140
XXII. Marginados y heterodoxos . . . . .	157
XXIII. Homo domesticus . . . . .	166
XXIV. Arco iris . . . . .	171
XXV. La última broma de Vicente . . . . .	176
XXVI. Rojo sobre blanco . . . . .	180
XXVII. Despedida . . . . .	184
XXVIII. Post mortem . . . . .	189
Colofón . . . . .	191



*Dedicatoria*

A los hispanistas de acá y de allá



### *Advertencia del autor*

**L**AS NOVELAS NO TIENEN POR QUÉ SER EJEMPLARES, pero Cervantes tituló así las suyas porque buscaba en ellas un sentido edificante. Y nada puede ser más provechoso y digno de imitación que el exhortar a los lectores a que no caigan en aquellos defectos que son más trascendentales en la medida de su repercusión colectiva. Estos aguafuertes de la guerra civil, que ahora presento, aparte de servir de testimonio de una época, quizá interesen más por reflejar con toda su crudeza lo que supuso como trauma la contienda española, que perdieron ambos bandos beligerantes.

Este relato está contado desde el lado de los perdedores, que tuvieron menos ocasiones de justificarse y de conseguir algo tan ejemplar como el perdón, que no les llegó nunca. Tiene como argumento la historia de una familia burguesa que se ve arrastrada por los acontecimientos que la conducen a su desventura.

Debo advertir que estas páginas no son autobiográficas ni el resultado de un posible *Diario* con anotaciones de la época. Recogen unos momentos de la guerra y postguerra en la entonces provincia de Santander y es-

tán a caballo entre el relato y el reportaje, con no poco de *exemplum*. Todos los personajes son de ficción, y cualquier parecido con personas reales será mera coincidencia, excepto los nombres que se refieren a políticos o militares de aquellos años. Su contenido es pacifista y no pretende cubrir toda la crónica de aquellos momentos, ni siquiera los principales sucesos. No es ese su objetivo.

El romance que aparece en el texto no es mío: lo encontré anónimo, muchos años después de nuestra guerra, escrito en un pliego de papel de envolver pegado en la pared de un pueblo castellano. Ignoro, pues, su autoría y si ha sido publicado en algún lugar. Lo añadido en mi escrito por recoger una descripción de cómo quedaron las provincias castellanas en uno u otro bando al producirse la sublevación militar.

## I

*El descubrimiento de una ciudad*

**V**ER UNA CIUDAD DE NOCHE es como observar el negativo de una fotografía. Pero hay ciudades que tienen tanta vida de noche como de día y algunas incluso más. No tuve esa apreciación cuando llegué por primera vez a Santander, al anochecer de un día oscuro y lluvioso. Mi padre, conociendo mi curiosidad por el mar, que nunca había visto, me dijo al salir de la estación, mientras señalaba con la mano:

—Ahí, a la derecha, oculta por la fila de esos vagones parados de mercancías, está la bahía.

Solo pude distinguir un espacio oscuro, iluminado a lo lejos por las luces de las boyas que, en medio de la lluvia, daban un aspecto triste y nada sugestivo a mi curiosidad infantil. Le pedí que, al día siguiente, me acompañara a ver el mar. Era para mí una obsesión que, desde la llegada a nuestra casa recién alquilada en la calle Concordia, no me dejó dormir en toda la noche.

Cuando muy de mañana me acerqué a contemplar el mar, una neblina profunda lo invadía todo, y un tono gris fantasmagórico ocupaba el cielo y el entorno. Flota-

ba sobre el mar, del que no pude ver nada. Tan solo las embarcaciones más cercanas de la Dársena de Molnedo me indicaron que allí había agua. Siguiendo nuestro rumbo por los muelles, me pareció ver en medio de la niebla algo que se movía como una de esas islas flotantes de las que hablaba Plinio. Nervioso, tiré a mi padre de la chaqueta y le enseñé lo que tomé por una isla a la deriva. Muchas veces me había contado la historia de la isla de San Borondón, y os juro que creí verla en aquel amanecer en que únicamente se oía el sonido penetrante de una bocina que me produjo temor y sorpresa.

—Ya verás el mar al mediodía cuanto quieras —me dijo mi padre.

El gris de la neblina, envolviendo por completo el ambiente, fue para mí una sensación nueva. Era como el sudario de la ciudad, de una ciudad que parecía inexistente, más de muertos que de vivos.

En otro de los muelles, el ruido de una grúa rompía el silencio del alba con el tráfago de la carga y descarga de un vapor. Lentamente, muy lentamente, aquella cortina se fue disipando hasta convertirse en calima en la parte baja, y apareció a lo lejos la visión maravillosa de unas montañas recortadas en la lejanía del horizonte. Todo seguía siendo gris, pero el sol, como buen pintor, fue dando tonos y colorido a los pueblos fronteros con el verde lejano de las praderas, los puntos rojos y blancos del caserío y el verde intenso del arbolado y el bajo monte. Y, entre ellos y yo, el mar azul y las gaviotas

completaban aquel decorado maravilloso. Con el tiempo, pude comprobar que Santander era la ciudad más agradecida al sol que he conocido en mi vida. Cuando desaparecieron las nubes y éste se mostró en su esplendor, bajo un cielo azul, la ciudad parecía una bella joven vestida con sus mejores galas en un día de luz y color.

Al correrse la cortina y borrarse la niebla, vi pequeñas embarcaciones que pescaban en las tranquilas aguas de la bahía, como si fueran súbditos de aquella isla que yo percibí en mi imaginación. ¡Dios mío, qué maravilloso me pareció todo aquello!

En primer plano, la mole imponente de Peña Cabarga era como una montaña sagrada que presidiera la ciudad. Junto a ella, formando parte de su cortejo, se veía o adivinaba toda una panorámica montañosa que luego fui conociendo con nombres propios. Empezaba por el Portillo de Lunada y a su derecha el altísimo Castro Valnera. Entre ésta y la sierra de Peña Cabarga se divisaba el macizo de Peña Herrera y, más próximo a la ciudad, el pico del Castillo, en Solares. En la citada Sierra de Cabarga, de izquierda a derecha, estaban Pico de Yen, Castil Negro y La Peñota. Le siguen El Tablao y la Sierra del Caballar, y a lo lejos Cueto Cildá, para continuar con las cumbres del Escudo, a cuya derecha está el famoso Pico Jano, de resonancias mitológicas. Nuevos nombres se añadían con Monte Redondo, La Espina del Gállego y La Pirizuela. En la misma dirección se yergue otra sierra cuya cumbre más elevada es la Cuera de

Quintana, emergiendo al fondo la sierra de Híjar con Pico Tres Mares y Peña Labra. Desde Santander podía verse hasta Cueto Tordias y, desde el mar, el Naranjo de Bulnes era la mejor marca de reconocimiento para los navegantes.

Pero todavía iba a recibir nuevas sorpresas para mi gozo infantil. Lo que yo supuse una isla a la deriva era el extenso arenal del Puntal descubierto en la bajamar. Y allí, en medio de la bahía, estaba airosa y solitaria una goleta de tres palos que me recordó a la «Hispaniola» de *La isla del tesoro*. Santander me pareció entonces el mejor escenario que podrían haber elegido los piratas protagonistas de la novela.

En días sucesivos, mi padre me fue enseñando las principales islas que poblaban esta enorme ría costera: Marnay o de la Garza; la de Pedrosa, antiguo lazareto; la desierta de Santa Marina, donde hubo antaño una ermita y en el siglo xv un cenobio de frailes jerónimos; el minúsculo y gracioso islote de Peña Horadada, perforado, según la leyenda, para dejar paso al barco que transportaba las cabezas de los Santos Mártires patronos de Santander; la de La Torre y la más lejana de Mouro o Mogro. Todas ellas tenían su historia, que contaban las gentes. En las bajamares se descubrían grandes bancos de arena con canales donde se veían personas que luego supe que se dedicaban al marisqueo.

Desde el Sardinero, el mar dejaba ver una bella panorámica hasta el horizonte y la cercana ensenada del



mismo nombre con sus playas, que interrumpía la península de la Cerda o de La Magdalena, para continuar con la playa del mismo nombre y la reducida y pedregosa de Los Peligros. Y, en medio de la península, la torre del Palacio se mostraba, a lo lejos, entre los pinos, como si fuera la sede del príncipe encantado de mis cuentos infantiles.

El muelle de madera de Maliaño, a medida que avanzaba aquel día soleado, se fue poblando de chicos y niñas de mi edad con aparejos y pequeñas cañas de pesca. El sol en lo alto rielaba sobre el mar cubriéndolo de parcelas plateadas. Cuando vi todo aquello, pensé que había descubierto la ciudad ideal que yo soñaba en un mundo para mí nuevo y muy diferente al de mi procedencia castellana. Aquellos niños de mi edad me produjeron verdadera envidia al verlos sentados en el borde del muelle pescando tranquilamente. Yo, por el contrario, sentía miedo de caer con solo asomarme. De vez en cuando, las cañas se arqueaban como si un pez grande hubiera sido capturado. Mi sorpresa fue grande cuando comprobé que no eran sino pececillos, unos feos y negruzcos, de cabeza grande y ojos saltones, y los otros, también de pocos centímetros, semejantes a los que los chavales llamaban, respectivamente, «momas» y «chaparrudos».

—¿Cómo es posible —le pregunté a mi padre— que puedan ser tan tenaces y resistentes a ser pescados cuando muerden el anzuelo?

—Andresillo, como puedes ver, defienden la carnada como los políticos —me respondió riendo—. No olvides que Pérez Galdós decía de éstos que eran «un familión vivaracho y de buen apetito que nos conduce y pastorea como a un dócil rebaño».

Con el tiempo, comprendí las palabras de mi padre, cuando proliferaron los partidos políticos, combatientes entre ellos, que protagonizaron la guerra civil.

Aquellos fueron los años más felices de mi vida, en los que fui descubriendo la ciudad con sus barrios y con su comercio terrestre y marítimo. Santander era una urbe dispuesta linealmente y limitada por el mar. Cerca de la catedral, elevada sobre un promontorio, corría el camino que conducía a Castilla. Su estructura era como una vaguada con dos lomas en los extremos y grandes cuestras hasta el centro de la ciudad. La parte alta y baja de la antigua y nueva puebla estuvieron separadas por una quiebra del terreno, por donde entraba antaño el agua hasta las atarazanas. Un puente, que en el centro de la ciudad unía ambos márgenes, daba una peculiar fisonomía al entorno hasta que desapareció en 1936.

Jamás había visto una población con tantas pendientes. Mi padre, ingenuamente, creyó que en su parte alta habría restos de castillos. En cambio, mi madre no sentía ningún interés en subir cuestras en busca de fortalezas. Se quejaba de cansancio y decía que aquellas exploraciones no estaban hechas para sus piernas. Luego

supimos que en la parte alta, tal como lo indicaba el nombre de una calle, hubo antaño atalayas desde donde se anunciaban los cambios meteorológicos a los navegantes. En esto era también Santander una ciudad peculiar, por el paso, a veces rápido, del buen tiempo a la lluvia; y lo mismo ocurría con el viento. Por ello, los efectos de la luz son cambiantes a cada momento. He aquí la razón de la variedad de los tonos de su bahía, acordes con la luz, y la dificultad para los pintores de interpretar sus grises, variables a lo largo del día. Muchas veces he pensado que, si el pintor inglés José M. W. Turner hubiera conocido Santander, se habría inspirado en esta bahía para descubrir el misterio de la luz y el color, que persiguió toda la vida apasionadamente para sus cuadros.

Cuando aparecía el viento Sur, el aire se hacía más transparente y permitía ver con mayor facilidad los detalles de los pueblos fronteros del otro lado de la bahía dando una falsa sensación de proximidad. El viento obligaba entonces a las gentes a andar junto a los edificios, y su fuerza dificultaba el tránsito de las personas ancianas y de las mujeres, que sujetaban con rapidez sus faldas para que no se viera lo que no querían. Si soplaban el Este y aparecían en tiempo de bonanza nubes aisladas y oscuras sobre las cumbres, anunciaban la próxima llegada del Sur, que advertían antaño los atalayeros por los remolinos de polvo en la tierra o por la dirección que tomaba el humo en las chimeneas. El cam-

bio brusco, sobre todo en el verano, del Sur al Noroeste, traía las temibles galernas que convertían el mar en un cementerio de la población pescadora.

Mi padre me aconsejó que leyera *El fin de una raza*, cuadro trágico y vigoroso escrito por José María de Pereda, magnífico relato de lo que significó la tristemente célebre galerna, llamada del Sábado de Gloria, que ocasionó numerosos muertos un día tal como éste, el 20 de abril de 1878.

Cuando soplaban el Sur, las gaviotas se refugiaban sobrevolando la ciudad y era frecuente verlas llegar a través de las rías, incluso hasta los pueblos próximos del interior. Tengo que confesaros que hasta que vine a vivir a Santander no había visto nunca gaviotas. Y lo más llamativo es que me produjeron una mezcla de miedo y desagrado. Yo estaba familiarizado con las grajillas que encontraban refugio en las viejas iglesias castellanas. Sin embargo, los vuelos y revuelos a flor de superficie de las gaviotas y aquel dejarse llevar por el viento, me parecían sorprendentes; y mi asombro aumentaba cuando se proyectaban en picado para capturar algún pez en un cardumen de superficie. En cambio, posadas en el mar, parecían patos que navegaran en el escenario romántico de un lago con las montañas al fondo recortadas en el horizonte.

Al ver sus calles principales se adivinaba que Santander era una ciudad con restos de una fisonomía decimonónica, cuyos establecimientos comerciales y carte-

les anunciaban las huellas de su antiguo esplendor, derivado de su floreciente comercio marítimo. Sus rótulos eran suficientemente expresivos: «Ultramarinos finos y coloniales», «Las Antillas», «Compañía consignataria de buques» o «Líneas con Cuba y Méjico». Me llamó también la atención que existiera, todavía, bastante gente vestida con blusones de mahón y con alpargatas. Pude contar hasta cuatro o cinco fábricas de este calzado. Pasados los años, comprendí el cambio que se había producido de una población artesana a otra obrera y proletaria. Los estamentos sociales permanecían como una herencia del siglo anterior: capitalistas y banqueros, comerciantes, eclesiásticos y militares, profesiones liberales, clase media y clase obrera y la aún estrecha banda de población de clase media, dedicada en su mayor parte a oficios y empleos.

La llegada de los vapores correos era un acontecimiento que me gustaba ver cuando no tenía escuela. Unas veces fondeaban distantes del muelle, y entonces los pasajeros y el equipaje se acercaban en lanchones. Cuando atracaban en el muelle, el espectáculo me recordaba la llegada del tren en los pueblos castellanos, motivo que permitía conocer a los que marchaban y venían y a las jóvenes que esperaban a los forasteros.

La arribada de los vapores de las diferentes Compañías suscitaba la curiosidad de muchas personas. Unas iban a esperar y otras a ofrecer sus mercancías o a transportar el equipaje. Vendían productos del país, recuer-

dos, y ofrecían alojamiento y otras cosas que entonces no comprendía y que algunas mujeres enseñaban como goloso escaparate. No faltaban las jovencitas y las maduras que esperaban a los «indianos» y fisgoneaban a los que pudieran solucionar su soltería.

Los oficiales y marineros bajaban por la escala vestidos de uniforme, entremezclados con los viajeros de diferentes países. Tampoco había visto nunca un hombre negro, pero aún más me llamaron la atención las mujeres negras con sus vestidos de vivos colores, llevando sombrillas en verano y hablando con un meloso acento antillano. Todo aquel atractivo fue mayor para mí cuando vi a un hombre de espaldas, muy alto, que se apoyaba en una muleta. Le hice reír con ganas a mi padre cuando le dije:

—Mira, papá, es John Silver «el Largo».

Pero al verlo de frente me encontré con un rostro muy diferente. Era un pobre hombre que llevaba sobre su pecho, para la venta, varios billetes de lotería prendidos con un imperdible.

—No, hijo: en España, un cojo es un mutilado de guerra, un farmacéutico o un accidentado, como en este caso.

Después, tuve ocasión de ver muchos mutilados por la guerra que sobrevendría y que entonces ni siquiera imaginaba.

El mercado que se celebraba en la Plaza de la Esperanza, próxima a la calle de la Concordia, constituía pa-

ra el curioso otro espectáculo que atraía a un numeroso público. De los pueblos limítrofes y de los diferentes barrios, acudían muy de mañana vendedores con toda clase de géneros: productos agrícolas, huevos, quesos, volatería, vasijas de cerámica, láminas antiguas y, en tenderetes aparte, telas, calzado y ropas. También llegaban las lecheras con sus burros y las ollas, los aldeanos con sus jaulas de aves, y los vendedores con cestos de frutas y hortalizas. Eran aquí de uso frecuente la pesa Romana y la de Roberval, y la vara de medir para los tejidos.

Esta plaza fue llamada antaño de la Leña, por ser el lugar empleado para ofrecer este artículo, tan necesario entonces para las casas, que se vendía en forma de colones. Los vendedores ofrecían sus productos gritando, como reclamo, a la vez que animaban a los compradores a ver y a probar las mercancías. Creo que en los primeros años del siglo se inauguró el edificio del mercado, de soberbia planta.

Yo sentía gran atracción por este mundo curioso, lleno de tipismo y colorido, en el que pululaba un público heterogéneo y variopinto. Aquí volví a encontrarme con el recitador de romances de los pueblos castellanos, que con su cartelón iba explicando una muestra selecta de crímenes, infidelidades, catástrofes y naufragios, que después vendía en forma de pliegos. Recuerdo todavía algunos de ellos que fueron célebres, como *El crimen de Higinia Balaguer*, *La explosión del vapor Cabo*

*Machichaco, Los nombres de las mujeres, La conducta de un joven presidiario que viajaba en el tren conducido al penal de Santoña, y otros trágicos y divertidos romances. Al final, según cada caso, terminaba con estas palabras:*

«Comprar, curiosos lectores,  
por 10 céntimos la historia,  
y aquellos que perecieron,  
que Dios los tenga en la gloria».

El apuntador llevaba unas gafas oscuras, unas polainas de militar y una capa de pastor; y explicaba, ayudado de un puntero, cada uno de los cuadros, dando una entonación canturreada a los versos. Parecía un ciego, pero veía mejor que un lince, porque cuando los niños nos acercábamos demasiado a ver las viñetas, nos daba con la vara en las piernas y nos decía:

—¡Quitaros del medio! ¡Estos romances no son para vosotros! Vuestra función es el jueves.

Ese día, en que no teníamos escuela por la tarde, lo dedicaba a explicar aleluyas, que luego vendía a pequeños y mayores. Para oírlas, nos sentábamos en el suelo, cuando se podía, y colocaba en primera fila a las niñas. Algunos llevaban la «perra gorda» y otros iban con los mocos puestos.

Las aleluyas eran de muy diferente contenido: religiosas, históricas, cómicas, etc., e incluso se coleccionaban. Me acuerdo de los nombres de algunas de ellas:



*El judío errante, Las fábulas de Esopo, Los héroes de Filipinas, Historia de Perico el tonto, El Conde de Montecristo, Aleluyas de santos, y sobre todo una que nunca pensé que tendría continuación. Se llamaba Historia imparcial de la guerra civil de España y tenía dos partes. Lo de «imparcial» supongo que sería para evitar que alguno, en desacuerdo con el contenido histórico, según su tendencia política, le rompiera el cartelón al fingido ciego. Quién me iba a decir entonces que iba a producirse otra guerra civil, aún más sangrienta.*

Santander, por aquellos años veinte, tuvo una etapa de esplendor, novedoso por los cambios que anunciaban el siglo que traía consigo una forma de vivir diferente. En los veranos, la ciudad fue residencia veraniega de los Reyes, desde la inauguración del Palacio de La Magdalena. Las compañías de teatro competían con el cine, y El Sardinero cobraba un especial protagonismo durante las fiestas de San Roque y las organizadas en el Casino. Los tranvías eléctricos arrastraban las jardinerías descubiertas repletas de gentes que iban a las playas. Las terrazas de los cafés estaban llenas de público, y abundaban las tertulias de muy diferente condición. Fueron años felices y alegres. Lo que después llamaríamos tiempos normales, que serían borrados en la década siguiente.

Pronto me olvidé de Castilla, pero mi último viaje en tren, camino de Santander, me produjo entonces cierta nostalgia que duró algún tiempo. No solo fue dejar

mi rincón natal y mi ambiente de primera niñez. Supuso también despedirme de un paisaje que llevaba metido en lo más profundo del alma.

Desde el tren veía pasar las tierras de viñedos y trigales y los pueblos contruidos con adobes, en los que las torres de las iglesias sobresalían arrogantes con la misma ostentación que mostraron antaño aquellos caballeros que forjaron con sus hazañas la historia de España. Los campos que dejaba atrás eran como los que dibujaba en mi cuaderno escolar con lápices de colores, tierras que parecían remiendos de estameña parda, donde las únicas notas de color eran el verde de las choperas y pinares y el rojo de las amapolas. Un poco más allá, las blancas tapias de los cementerios anunciaban la proximidad de un pueblo. Y a lo lejos, de vez en cuando, un otero rompía la monotonía de la llanura. La puesta del sol, perdiéndose en lontananza, era como una representación del ocaso de mi vida anterior, al dejar los amigos y los lugares donde crecí. Pero, ya anocheciendo, camino de mi nueva ciudad, vi lo que supuso el cambio radical de un entorno diferente, que también me cautivó, con sus casas de piedra, el verdor de su paisaje y la estampa, nueva para mí, de las vacas pastando en los campos.

La salud de mi madre y el clima riguroso de los pueblos castellanos decidieron a mi padre a solicitar el traslado de su plaza de médico a esta zona templada del norte. Además, como decía mi madre, los baños de

mar vendrían bien a mi salud delicada. El cambio fue una modificación sustancial en mi forma de vida, como luego veremos, con una historia diferente a la que hubiera tenido de haberme sorprendido la guerra en mi tierra de origen.

## II

*Las dos historias*

**A**NTES DE CONOCER A FONDO LA CIUDAD, para mí recién estrenada, me llevaron a estudiar lo que se llamaba entonces Primaria, a la que me incorporé sabiendo leer.

Mi padre no quiso que fuera a una escuela nacional, y me mandó a un colegio de frailes, quizá porque él había estudiado en uno de Valladolid. Le parecía que en los primeros años era conveniente que me acostumbrara a la disciplina tan habitual en las órdenes religiosas.

Todavía recuerdo las sesiones de lectura colectiva en voz alta en la clase, o la repetición, como una letanía, de la tabla de multiplicar. El Catecismo era una asignatura, más de memoria que de explicación, pero se suplía, en este caso, por la de Historia Sagrada. Cuando llegaba esa hora, se abría para mí una jornada de felicidad. De un rincón de la clase, se sacaba al centro un bastidor de madera que contenía unos rollos de grabados en color con escenas del Antiguo y del Nuevo Testamento. Con una llave de reloj íbamos pasando los

cuadros de la Biblia donde se relataban los principales acontecimientos, de una forma semejante al cartelón del ciego. Cada niño iba luego explicando las escenas llenas de realismo e ingenuidad. A esa hora siempre quería salir voluntario a comentar la lección del día: la tentación y caída de Adán y Eva, a los que pintaban ocultándose avergonzados junto a la serpiente; o la secuencia en que Caín mataba a su hermano. A continuación, se pasaba a otros acontecimientos, y con un puntero en la mano íbamos señalando el momento en que las murallas de Jericó caían derribadas al son de las trompetas o las no menos emocionantes hazañas de Sansón y su trágica muerte cuando, ya ciego y encadenado, al derribar las columnas principales destruyó el palacio de los filisteos. Cada lámina de esa especie de libro ilustrado era para mí el mejor de los cuentos. Parece que estoy viendo el ángel sujetando la mano de Abraham cuando intentaba sacrificar a su hijo, o la resurrección de Lázaro, momentos después de haber salido de la gruta, pero ya con el sudario y los lienzos tirados en el suelo, junto a Jesús, Marta y María. Mi fantasía de adolescente se abrió a través de estos comentarios de la Biblia, con los que toda la clase vivía los milagros de Jesús al curar al criado del centurión, a la hija de Jairo o a los dos ciegos de Jericó. A través de sus palabras seguíamos atentos las tristezas y esperanzas de los pobres y de los enfermos, leprosos y endemoniados, hasta llegar al Gólgota con Jesús el Nazareno.

Al Maestro le representaban con una túnica de lino del color de la arena del desierto y con sus polvorientas sandalias orientales, como se vestían sus discípulos, los pobres pescadores de Galilea. Allí se forjó mi moral escuchando, repitiendo el texto del Sermón de la Montaña, el más revolucionario de la Historia. Con los años pude comprobar que los hombres habían olvidado aquel mensaje y continuaban adorando al becerro de oro y preferían encontrar consuelo y recompensa en las cosas de este mundo. Las bendiciones y bienaventuranzas de aquel Sermón iban dirigidas a los que amaban la justicia, a los limpios de corazón, a los pacificadores, a los hambrientos. Aquellas parábolas descubrieron una nueva doctrina que se opuso al mundo pagano de Roma, de la guerra, de la esclavitud y de los banquetes de Trimalción, a la vez que pedían el respeto para los pobres y enfermos y, sobre todo, la gran paradoja que suponía entonces el hecho de amar a los enemigos. Era una nueva forma de confraternidad, que se solicitaba sin esperar recompensa alguna, basada en la lógica de una justa equiparidad: «Tratad a los hombres de la misma manera que quisierais que ellos os trataran a vosotros».

Tiempo después, la guerra que iba a venir, y de la que sería testigo y víctima, me trajo a la memoria el olvido en nuestra España de aquel dicho suyo: «No matarás», y que solo a los espíritus generosos y escogidos les estaba permitido renunciar al «ojo por ojo y diente por diente».

Durante muchos años busqué después afanosamente en los establecimientos de buhoneros y anticuarios de Madrid, durante mis estudios superiores, aquel bastidor de la Historia Sagrada, pero fue un intento vano.

Cuando aprobé el ingreso, comencé a estudiar en el Instituto de Santander para conseguir ser bachiller. Ése fue mi primer título y me sentí tan ufano con él como Sansón Carrasco con el suyo. Aquí, en el Instituto, tropecé con un profesor de Historia de España, hombre de una gran preparación y excelente maestro, cuyas clases, en lugar de copiar cuadros con nombres, hechos y fechas, anotados en el encerado, eran exposiciones amenas y detalladas que iban más allá de lo que podía pedirse entonces a un alumno de Secundaria.

Siempre comenzaba diciendo: «Señores alumnos», y terminaba humildemente con «Muchas gracias», como reconocimiento que debía a quienes escuchaban sus palabras.

Pronto me prendió aquella asignatura como primero lo había hecho la de Historia Sagrada. Si una me enseñó a cultivar el espíritu, la de España me adentró en el conocimiento de los hechos históricos y sus motivos, la época y los personajes, a veces ocultos, que manejaban los hilos de los acontecimientos. Así nos contaba la influencia de Sor María de Jesús Ágreda sobre el rey Felipe IV; la de Sor Patrocinio, la monja de las llagas, en el reinado de Isabel II, o la de Francisco Giner de los Ríos en su época a través de los formidables proyectos peda-

gógicos que realizó moviéndose entre políticos, discípulos y admiradores.

Una tarde en que nos daba una de estas clases a los mayores, se oían desde fuera tales carcajadas que el director abrió la puerta y le preguntó asustado a nuestro profesor:

—¡Oiga, don Fernando! ¿Usted explica Historia o cuenta chistes verdes a los alumnos?

No sabiendo qué contestar, éste le replicó turbado:

—Les estaba hablando de monjas.

Ante tan insólita respuesta, se volvió a oír otra carcajada colectiva, y el director se marchó rascándose la cabeza, sin saber qué diablos de temas se explicaban en aquella clase donde las protagonistas eran las monjas.

Otras veces, divagaba sobre la España que no pudo ser debido a frustraciones, hechos equivocados o fortuitos, magníficas y grandiosas empresas que se perdieron o torcieron por el azar. En este sentido, nos hablaba del antiguo proyecto de los liberales decimonónicos, nunca conseguido, de la unificación ibérica mediante la federación hispano-portuguesa y la capitalidad en Lisboa. Los dos países próximos se habían ignorado como dos hermanos siameses unidos de espalda, a pesar de tener una empresa común y ser complementarios en sus gestas colonizadoras.

A través de las explicaciones de este profesor llegué a comprender que la península ibérica, debido a su situación, fue escenario de invasiones y confluencia de



las culturas de otros pueblos: iberos, celtas, romanos, cartagineses, visigodos y árabes, con una gran población cristiana, islámica y judía; ellos fueron los que, en su mayoría, formaron el substrato indígena que, de muy distintas maneras, colaboró en las diferentes formas de vida de nuestro país. Según nos decía, Viriato fue el primer guerrillero ibérico, y ponía también el ejemplo de los cántabros, que intervinieron, como mercenarios, alistados en los ejércitos cartaginés y romano, en sus respectivas empresas guerreras. España había sido, por tradición, un pueblo especializado en la guerra, ocupación principal de sus gentes.

—Fijaos —nos decía— en las figuras representativas, reales o no, del carácter español, símbolos de nuestro pueblo que, como el Cid, el Lazarillo, don Quijote, Hernán Cortés o don Juan, son personajes de aventura. Para el español, la vida es una constante búsqueda. No le es dado nada sin sacrificio y sin lucha. Hay un pintor —añadía— muy representativo, a través de su obra, de nuestro carácter y de la vida española de su tiempo. Nadie supo mejor que Goya interpretar la tragedia íntima del pueblo español ante el horror de la guerra. Eso significa *El coloso*, que siembra el pánico y con el puño cerrado amenazante anuncia nuevos conflictos, para terminar como *Saturno, devorando a un hijo*, según expresa a través de otro de sus cuadros. Después de las luchas en Europa y América, el español se vuelve contra sí mismo y nacen las guerras civiles. Es impresionante ese

*Duelo a garrotazos*, riña a muerte, símbolo de las dos Españas enfrentadas, pintura en la que los dos contendientes sujetos y enterrados hasta las rodillas luchan, sin poder huir, en busca de la mutua destrucción, con una muerte dolorosa, lenta, traumática que, posiblemente, no daba tampoco oportunidad de vida al supuesto vencedor. Como lección y recuerdo, Goya dejó para servir de meditación a su pueblo los impresionantes grabados de los *Desastres de la guerra*, visiones terribles de un profeta de la imagen.

Plantado en medio de la clase nos decía:

—Hoy nos vamos a ocupar del estudio...

Y a continuación iniciaba unas explicaciones que más bien parecían conferencias, ya que sus enseñanzas amenas buscaban la verdad histórica sin alabanzas ni cantos patrióticos.

Para él, la guerra de las Comunidades había sido una especie de guerra civil, donde no lucharon facciones sino dos ejércitos organizados con afanes de dominio y de conquista. Los rebeldes, en defensa de los derechos de los municipios y de oposición a lo extranjero, movimiento de rechazo al poder imperial. Cuando explicaba la sublevación de los Comuneros, daba especial énfasis a la intervención de la Iglesia española, que participó por ambas partes en esta guerra popular con ribetes revolucionarios. Uno de estos caudillos fue el curioso obispo de Zamora, Antonio de Acuña. Hombre de armas tomar, no dudó en ponerse al frente de la mayor

parte de los curas de la diócesis y de gentes del lugar, más de oficios que de milicia.

En clase nos leía nuestro profesor algunas escenas curiosas de la batalla de Tordesillas, como aquella que relata Fray Antonio de Guevara en una de sus *Epístolas*, dirigida al citado obispo de Zamora, en la que un cura del bando comunero, resguardado tras una almena, mató a once soldados. Aquello le pareció al clérigo un juego, y cada vez que asomaba la jeta (esto no lo dice el cronista) disparaba con certera puntería, al tiempo que los santiguaba con el arcabuz (esto sí lo relata el cronista), cuando los enviaba al otro mundo con tan curiosa absolución. Pero, como con la muerte no se juega, los de abajo le enviaron presto también a él a tan recomendado lugar.

Ya en Zamora, el obispo tuvo de opositor al alcalde Rodrigo Ronquillo, que militaba en las filas realistas y conocía bien sus ambiciones y artimañas. Acuña tomó Toledo y pretendió ser nombrado arzobispo, pero al rendirse la ciudad huyó y fue descubierto y encarcelado en Simancas. Estando preso, intentó fugarse y, lo que es peor, apuñaló a su carcelero. Encargado Ronquillo por orden imperial de tramitar el expediente, le condenó a una muerte quizá única en un obispo en el transcurso de la Historia de España. Después de torturarlo, le sometió a garrote y, no pareciéndole suficiente, colgó el cadáver de una de las almenas, sin tener en cuenta su inmunidad eclesiástica.

Nuestro profesor contaba, con fina ironía, que cuando los habitantes del pueblo vieron por los aires al obispo sin los zapatos de hebillas plateadas en los pies, pensaron que tal suceso nunca hubiera ocurrido en los cristianos reinos de nuestro señor el emperador, de no ser en levitación o en tan triste evento. Pero aun después de muerto dio guerra el obispo Acuña, ya que su ejecución ocasionó la excomunión del rey, quien se abstuvo de oír misa hasta que le fue levantada la pena.

El siglo diecinueve fue el más conflictivo y con mayor número de guerras civiles, ya que, aparte de la lucha contra la invasión francesa, tuvimos otras tres: con los carlistas, con los insurrectos de las provincias de ultramar y con la sublevación cantonal.

El carlismo supuso la ruptura de un objetivo nacional continuista basado en una monarquía liberal. Muchos españoles se echaron a los montes y dieron sus vidas por defender una tradición caduca, que suponía un retroceso del programa de consolidación nacional. Una parte del clero participó en favor del carlismo al surgir la guerra civil, una guerra crónica, como si fuera una pandemia que apareciera cuando el organismo estaba debilitado. Patrullas de hombres armados recorrieron las provincias disidentes y cayeron sobre los pueblos indefensos en los que quemaban los registros, secuestraban personas, capturaban mozos en edad militar, recogían fondos oficiales y se apoderaban de caballos y municiones.

También en esta guerra hubo una especial participación del clero. En torno a la Camarilla del Pretendiente hubo numerosos religiosos con una gran influencia sobre él; por desgracia, casi todos ambiciosos, ignorantes y aprovechados. El más célebre de ellos fue Fray Cirilo de la Alameda, curioso personaje que llegó a ser General de la orden de San Francisco. A diferencia de sus compañeros, fue hombre culto, elegante, amigo al principio de liberales y masones, muy dado a la intriga y a acaparar puestos: predicador de S. M., Ministro honorario de la Inquisición, Consejero de Estado y Senador vitalicio, que primero se unió al grupo de Don Carlos, para pasarse después al clero adicto a Isabel II. Había estado en Río de Janeiro y en Santiago de Cuba, donde fue obispo y hombre muy admirado por las mujeres. Se contaba que sus feligresas mulatas le decían dulcemente: «¿Quo vadis, Fray Sirilo?». Y era ésta una tentación demasiado peligrosa para un franciscano. En su camino ascensional llegó a ser en 1849 arzobispo de Burgos, en 1857 de Toledo y poco después fue nombrado cardenal. No hizo mala carrera.

Casos curiosos hubo muchos, debido a la intervención del clero, que no siempre fue beligerante en ese siglo. De niño oí contar en casa un episodio de la carlistada, cuando aquellas expediciones de la facción obligaban a esconder a los jóvenes de ambos sexos de las familias liberales para evitar que los llevaran a ellos con la facción y fueran ellas ultrajadas por la soldadesca.

En una ocasión, el cura del pueblo, hombre bueno, se prestó a esconder en un pasadizo subterráneo de la iglesia a unas cuantas mozas para evitar que los carlistas se las llevaran. Los padres no podían evitar que destruyeran sus bienes, al prender fuego a sus casas, pero perder a sus hijas era para ellos una prueba muy difícil de consentir y sobrellevar. Las pobres chicas, muertas de miedo, estuvieron allí en las horas peligrosas, mal alumbradas con unas bujías y temiendo ser descubiertas. Con objeto de animar a aquellas cuitadas se le ocurrió al cura darles un frasco con vino de misa con la advertencia de que rezaran y se mantuvieran en el mayor silencio. Al principio, hablaron bajito entre ellas, pero como aquello duraba mucho, para consolarse de lo que podía sucederles, si eran halladas, comenzaron a chupar del frasco. Y lo hicieron con tanto brío y reiteración que empezaron a reír, y hasta alguna cantó por lo bajo. Aquello, en lugar de ser un oratorio, se convirtió en una juerga, que obligó al reverendo, despavorido, a bajar al pasadizo, donde una de ellas, más atrevida y bajo los efectos del vino, le faltó al respeto y hasta le levantó la sotana.

El santo varón, según contaba mi abuela, que en paz descanse, y que os juro no fue la autora, les decía indignado:

—Bien merecéis que os lleven los de la carlistada, que no parece sino que, en lugar de huir del diablo, le buscáis.

Resultó aquélla una guerra sangrienta y cruel. Los ejemplos de barbarie fueron frecuentes, tanto por los carlistas como por los liberales. Nuestro profesor nos contaba cómo Espoz y Mina había autorizado el fusilamiento, sentada en una silla, de la pobre anciana madre de Cabrera sin causa alguna que lo justificara. A partir de entonces, las represalias se incrementaron y fueron feroces y constantes. Hubo incendios, saqueos y fusilamientos sin contemplaciones. Mina, después de matar a un grupo de vecinos, pasó por las armas hasta a los bueyes del pueblo navarro de Lecaroz. A su vez, tanto Zumalacárregui como Cabrera autorizaron la muerte de multitud de prisioneros. La sangre corrió como si fuera el vino tinto que fluía de los pellejos que agujereó don Quijote en la venta.

Jamás pensé que aquellas escenas de terror y muerte se iban a repetir poco después en nuestra pobre España enfrentada.

Ya en el actual siglo, España, que no había sufrido los estragos producidos por la Guerra europea, se libró de un rastro de muerte y desolación. Se auguraban tiempos nuevos y felices y una paz duradera que acabara con la maldición apocalíptica de la guerra. Por desgracia, permanecían aún en el recuerdo las pérdidas de los últimos restos de nuestro imperio, trágico acontecimiento histórico que había significado un «Desastre nacional», que acarreó la destrucción de la Armada española, la desaparición del comercio antillano y la muerte

de miles de soldados, unos víctimas de la guerra y otros del paludismo y la fiebre amarilla. Cuando esa vocación combativa de España continuó en Marruecos, algunos escritores y políticos se preguntaron si no había llegado la hora de que nuestro país, libre de obligaciones y compromisos coloniales, buscara su propio destino en un programa, no ya disperso, sino centrado, como otros de Europa, en una reconstrucción en paz de las posibilidades del pueblo español, basada en el desarrollo comercial, la ciencia y las artes, para las que estaba igualmente capacitado.

Hemos sido la nación del mundo con mayor número de guerras y, cuando terminaron en otros países, nació la semilla de la discordia en el propio suelo con las contiendas civiles que tanto perjudicaron nuestro desarrollo.



## III

*Viaje de ida y vuelta*

CON LA REPÚBLICA tuve que ir a estudiar a Madrid porque no existía Universidad en Santander. Allí conocí a Malva, o más bien fue ella quien se fijó en mí y de una forma insistente comenzó a sentarse a mi lado en las clases. Os contaré cómo fue el encuentro. Una tarde, al ir a coger un libro en la biblioteca universitaria, una delicada mano de mujer se posó al tiempo que la mía sobre el mismo libro. Se llamaba *Breviario de la rectitud*.

—Supongo —le dije— que este compendio dirá que siempre, por cortesía, tienen preferencia las mujeres. Así que tómelo usted, por favor.

Rápida y sonriente me contestó:

—No, cójalo usted. En este mundo hay que respetar la prioridad, porque las cosas que poseemos es porque las tenemos antes que otro y porque no nos las pueden quitar, aunque esto último no pasará entre nosotros.

Y graciosamente puso el libro en mis manos.

La contestación me dejó perplejo, y a partir de entonces empezamos, primero a hablar y, más tarde, a sa-

lir juntos. Habitualmente vestía trajes oscuros, que contrastaban con su tez blanca, lo que resaltaba su figura y le otorgaba una distinción que la hacía ser diferente a las demás alumnas. Su mirada te hechizaba y no sabría decir por qué. Sus ojos parecían conocerte cuando se clavaban en ti, lo que unido a sus maneras le daban un aire misterioso.

Malva —así la llamaban todos— era una persona singular, enigmática, que infundía respeto y temor a la vez. En seguida me di cuenta de que no podía separarme de ella. Me ofrecía la seguridad que yo no tenía. Además poseía el atractivo de saber muchas cosas del presente y del pasado. Su erudición era sorprendente, quizá debido a su conocimiento de otros países y a sus muchas lecturas. Por esas leyes ineludibles del destino, esta mujer iba a tener una especial influencia en mi vida.

En aquellos años, los acontecimientos de la República se fueron conturbando a medida que pasaba el tiempo. Su presencia no fue bien acogida por los detractores, y comenzaron los pronunciamientos y las provocaciones por ambas partes. Los ataques de la Iglesia se sucedieron en seguida ante ciertas disposiciones que modificaban la enseñanza, el matrimonio y las órdenes religiosas. No escucharon los políticos de izquierdas la advertencia de don Quijote a su escudero cuando le dijo: «Con la Iglesia hemos dado, Sancho». Yo me preguntaba si era oportuno y cierto afirmar que España había dejado de ser católica.

El problema político acaparó en aquellos años la atención de todos los españoles. Padecía el país una inquietud semejante a la del enjambre de la colmena cuando muere la reina. En este caso, era la monarquía la que había desaparecido. Los partidos políticos surgieron como una plaga que lo invadía todo. Demasiados partidos de derechas y de izquierdas y todos dispuestos a combatir entre ellos.

La República fue a veces enérgica y en otras ocasiones débil, sin saber mostrar una actitud de equilibrio, normalidad y fuerza. Sus opositores no estuvieron tampoco dispuestos a respetarla y desde el principio conspiraron contra ella.

Cualquiera advertía que se habían radicalizado las dos Españas. A medida que avanzaba el tiempo y cambiaban los gobiernos, la convivencia se hizo más difícil. Y así comenzaron las provocaciones de los grupos extremistas de izquierdas y de derechas, no cortadas de raíz. Recuerdo un día en que fuimos los tres a Bilbao en el segundo año de la República. Allí vi los primeros disturbios con fuertes choques entre grupos obreros y las fuerzas de seguridad. Los manifestantes llevaban una bandera de color rojo y actuaron armados contra los guardias de asalto que llegaban en camionetas. Me impresionó ver la bandera y la llegada de la caballería disolviendo a los manifestantes, que utilizaban la táctica de llamar la atención en ciertas calles para reagruparse en otras. Las detonaciones nos asustaron y nos obliga-

ron a meternos en un portal. Habíamos ido a Bilbao al cumpleaños de mi tía Julia, hermana de mi madre, que vivía allí.

Desde nuestro observatorio vimos el tiroteo y caer a los primeros heridos por ambos bandos, que fueron retirados por sus compañeros. Pero ¿de dónde sacaban las armas los manifestantes y por qué disparaban contra las fuerzas de seguridad? En cuanto pudimos salir nos fuimos, atemorizados, de la Ribera y de la calle de San Francisco donde ocurrieron los hechos.

—¿Por qué atacan a los guardias? —le pregunté a mi padre—. ¿No son todos republicanos?

El hecho de estar la población armada supuso entonces y en los años posteriores, como pude comprobar, el mayor peligro para la República, que se vio desbordada y no consiguió que se resolvieran las discrepancias a tiros en la calle.

Más adelante pude presenciar idénticas escenas en Santander. La seguridad personal dejó de existir y mucho más entre militantes o simpatizantes del mundo político o social.

Los desórdenes, incendios y atentados alarmaron, con razón, a la población burguesa. Al no mantenerse el orden, debido a veces a las asechanzas de la derecha, se perdieron parcelas de libertad. Demasiadas huelgas, demasiados partidos, demasiado clero, demasiados militares. A esto se unió la reforma del Ejército sin su consentimiento y la oposición declarada de la Iglesia. Eran

dos pilares muy sólidos, resquebrajados para que no se viniera abajo la República, como si fueran las dos columnas que al quebrarse hicieron caer el palacio de los filisteos.

En la Facultad se advertía muy bien la inquietud estudiantil a través de las asociaciones juveniles que participaban a favor o en contra de la República.

La guerra estaba ya en la calle mucho antes de que tuviera lugar la sublevación del ejército de África. Los atentados contra personas y establecimientos, y la utilización de armas por miembros de partidos y sindicatos se hicieron frecuentes a raíz del triunfo del Frente Popular. Y lo peor de todo era que se notaba una escalada, sin que se percibiera un final de normalidad.

Recuerdo, estando en Madrid, el atentado contra el diputado socialista Luis Jiménez de Asúa, que había pertenecido a la comisión parlamentaria que elaboró la Constitución. En marzo de 1936 se dirigía desde su casa, en la calle de Goya, a su cátedra de la Universidad Central, cuando estuvo a punto de perder la vida. No fue un ataque casual de pistoleros, sino premeditado y realizado con un coche desde el que le dispararon. Se salvó de milagro, pero mataron al agente que le protegía.

El atentado sufrido se propagó con enorme rapidez por la Facultad. La noticia fue motivo de conversación en todo Madrid y dio origen a múltiples rumores. Los estudiantes, receptivos siempre a estos sucesos, estaban aquel día especialmente agitados.

Yo me enteré en seguida y vi cómo los estudiantes se concentraron frente a su casa. Las clases se paralizaron en su Facultad y hubo una gran tensión entre los estudiantes de la FUE y sus opositores de los sindicatos católicos y grupos de derechas.

Al día siguiente, hubo manifestaciones con la participación de estudiantes y catedráticos, actos que unos desaprobaban, en tanto que otros se mantuvieron discretamente silenciosos, aunque no estuvieran de acuerdo y se mostraran disconformes con el atentado a un compañero suyo. Tres días más tarde, se atentó también en la calle de Viriato contra la casa de Largo Caballero.

En la Universidad había esos días un gran nerviosismo con luchas entre grupos de estudiantes universitarios y obreros del Metro.

Nos llegó el rumor de que en el atentado de Jiménez de Asúa estaba implicado un joven, y después supimos que en el proceso figuraba un estudiante de Derecho.

Otro atentado significativo, que puso de relieve la enorme agitación política del momento, fue el cometido en abril contra uno de los magistrados que juzgaron el caso de Jiménez de Asúa; y aún se produjo una nueva tentativa de muerte, en este caso, contra Eduardo Ortega y Gasset.

Los periódicos insertaban las noticias con comentarios o las silenciaban de acuerdo con la adscripción política de cada uno. Ya para entonces estaba proyectado para el mes siguiente el alzamiento militar contra la Re-

pública. Ante la falta de seguridad, muchos intelectuales abandonaron el país.

La muerte de Calvo Sotelo, asesinado sin que sirviera para nada su inmunidad parlamentaria, aunque fuera una represalia, era absolutamente injustificable. El entierro fue una demostración popular de protesta de la derecha.

A los pocos días, Gil Robles, en un importante discurso pronunciado en la sesión de la Diputación permanente, se refirió a la responsabilidad del gobierno en el asesinato de Calvo Sotelo y a las constantes amenazas contra los diputados de la derecha. Y claramente indicó que, ante las posibilidades de establecerse una dictadura del proletariado, no debía resultar extraño que las personas oprimidas y amenazadas pensaran en la forma violenta de librarse de ella. Y veladamente insinuó la existencia de una trama militar cuando dijo: «Vosotros sois los únicos responsables de que ese movimiento se produzca en España».

A raíz de conocerse el 18 de julio la sublevación militar, mi padre me mandó que regresara en seguida a Santander, y fue para mí un gran acierto. Tras llegar el tren a Valladolid, a las tres y media de la mañana, pude continuar el viaje sin peligro por mi documentación de estudiante y por no figurar afiliado a ningún sindicato estudiantil. La estación fue pronto tomada por el ejército, y el mío fue posiblemente el último tren que circuló, ya que el día 19 se cortó la línea con Madrid.

La guerra prendió en seguida tras el levantamiento del Ejército, como si fuera un incendio pavoroso desencadenado en ese mes de julio en los resecos campos de la tierra española.

Las dos Españas se organizaron para una lucha dura, larga y sangrienta. El mapa del país quedó dividido en dos partes, y desde el norte y el sur comenzó una mutua reconquista con combates y represalias por ambos bandos. Ciudades importantes quedaron de uno y otro lado, y las fuerzas armadas se dividieron. Al pueblo le dieron armas para organizar el Ejército popular de la República. En cambio, mientras los militares sublevados contaban con Academias y mandos, los gubernamentales tuvieron que improvisar jefes que suplieran la carencia de oficiales. Gran número de los miembros de la Guardia Civil y de Asalto estaban a favor de los sublevados.

Cuando llegué a Santander, la provincia entera había quedado de parte del gobierno de la República y en manos del Frente Popular. Se interrumpieron las comunicaciones ferroviarias y telefónicas entre las zonas enfrentadas y se cerraron las universidades y colegios. Por ello muchas personas quedaron aisladas de sus familias.

La guerra había comenzado. La propaganda hizo un despliegue enorme de sus posibilidades. La lucha contra el comunismo y el fascismo fueron los dos *slogans* que se utilizaron amenazantes, como motivos de



esta guerra. Aunque la noticia de la sublevación se extendió como rumor el día 18, hasta varios días después no se comunicó oficialmente. La radio influyó en la propagación de noticias y consignas. La ciudad estaba alerta y se advertía una extraña tranquilidad en pleno verano. En algunos establecimientos el público escuchaba las noticias oficiales transmitidas por los aparatos de radio con los informes que ofrecía el Ministerio de la Gobernación. Las emisoras extranjeras, italiana, francesa e inglesa, escuchadas en las casas, ofrecían sus respectivas versiones de los hechos que estaban ocurriendo en España.

Precisamente, aquella tarde del 19 fuimos a ver en el teatro *Caperucita gris*, comedia de Serrano Anguita, que tenía un argumento muy propio para aquellos momentos: una hija que logra unir a sus padres y resuelve así el conflicto familiar. Pero entonces no había en España una caperucita, ni roja ni azul, que lograra la unión de los dos bandos separados y en conflicto.

El 21 de julio se declaró en Santander huelga general. Se hablaba en esos días de la tranquilidad de los cuarteles, pero no era verdad. Sabíamos que en otros lugares la sublevación había triunfado. Esa noche escuchamos la alocución del presidente del Frente Popular que advertía: «¡No pasarán!».

La movilización y el odio contra la derecha hizo que peligrara la seguridad de algunas personas significadas, que se vieron obligadas a esconderse.

La guerra sorprendió a muchas familias que estaban de veraneo en Santander. El caso más urgente era el de los niños y jóvenes que se encontraban en las colonias escolares. Los que hospedaban huéspedes o familiares en casas particulares debían dar parte a la Comisaría de Policía con datos y fechas de llegada.

La República había triunfado en Santander, y fue una de las provincias en las que se abortó la sublevación al interferirse el mensaje dirigido al coronel del Regimiento de la ciudad. Los técnicos de telégrafos tuvieron una participación importante en ese momento al detectar emisoras clandestinas e imposibilitar los mensajes. No había, pues, más remedio que oír varias emisiones para sacar alguna conclusión. Las extranjeras eran quienes ofrecían versiones menos propagandísticas, pero las radios fueron pronto incautadas.

Al principio se dijo que no habría violencia, pero pronto hizo acto de presencia. Algunos intelectuales huyeron, y quizá se hubiera necesitado que sus voces, con autoridad moral y patriótica, llegaran al pueblo, pero los más prestigiosos habían muerto en el inicio del siglo o poco antes de empezar la guerra: Marcelino Menéndez Pelayo, en 1912; Francisco Giner de los Ríos, en 1915; Benito Pérez Galdós, en 1920; Manuel Bartolomé Cossío, en 1935, y Valle-Inclán, en 1936. El último día del 36 moría también don Miguel de Unamuno en Salamanca: tuvo la suerte de no presenciar cómo se desangraba su querida España.

Otros fueron víctimas y perecieron sin ninguna justificación: Federico García Lorca, Ramiro de Maeztu, Muñoz Seca y hasta el prestigioso Melquíades Álvarez fueron asesinados. ¿Qué hubiera dicho su amigo Pérez Galdós de haber conocido la muerte del antiguo compañero y correligionario? ¿Cómo era posible que la República matara al entonces jefe del Partido Liberal Democrático, que había defendido una República para todos los españoles y buscaba la intangibilidad de la Patria? La suerte de muchos dependió de la zona en que les había sorprendido el alzamiento militar. El tener una ideología militante, el desempeño de puestos claves de la administración o la resistencia armada en los frentes, condujo a los prisioneros y vencidos de uno y otro lado a la muerte. En los últimos momentos, los mandos políticos republicanos que pudieron se pusieron a salvo al verse vencidos.

Algunos prefirieron quedarse junto a los que les habían votado. Un hombre como Julián Besteiro, al que le sobraban la lógica y el sentimiento patriótico, eligió quedarse en España con todas las consecuencias. Quizá con su decisión salvó el honor de muchos, menos decididos al sacrificio. Era el representante de la España mansa, que soñaba con una revolución pacífica basada en el trabajo y la educación nacional. Peor suerte tuvo el general republicano Toribio Martínez Cabrera, gobernador militar de Madrid en los últimos momentos, que apoyó la sublevación del coronel Segismundo Casado

en favor de un armisticio que evitara ya inútiles derramamientos de sangre. Aunque pudo, no quiso huir. Al ser tomada Madrid, un Consejo de Guerra le llevó de inmediato al pelotón de ejecución a los setenta y cinco años.

La sublevación de Asturias fue un error, e igualmente la dura represión. También lo fue tomar como modelos la revolución rusa o la doctrina fascista. Curiosamente, el Partido comunista y Falange Española fueron los que tuvieron menos partidarios, pero, declarada la guerra, los aumentaron de una forma impensable.

La contienda se complicó por la intervención extranjera: voluntarios franceses, belgas, polacos, italianos, alemanes, rusos, americanos, etc., con la ayuda de armas y mandos, en algunos casos.

Nada más estallar la sublevación, la oposición fue barrida simplemente por ser militares de derechas o de izquierdas, obreros, sacerdotes, políticos o funcionarios. Surgió el terror. Volvieron a aparecer los viejos y terribles episodios, ya olvidados, que recordaron el saqueo de Roma a sangre y fuego por los españoles y sus aliados en la época del emperador. Los que se salvaron tuvieron que colaborar forzosamente. La resistencia armada condujo después a los presos a la muerte.

Sin la intervención de fuerzas y armas de las potencias extranjeras, interesadas en el triunfo de uno u otro bando de la contienda, los españoles se hubieran visto obligados a pactar un acuerdo, pero las ayudas de hom-

bres y material bélico prolongaron la guerra y las muertes. Europa nos hizo daño. Los alemanes, rusos e italianos quisieron bailar con la «Niña bonita», pero los primeros le dieron muchos pisotones, y los últimos incluso se sobrepasaron con ella y recibieron más de un bofetón de la República. Solo Méjico ha tenido un gesto generoso, que no podrá olvidar el pueblo español.

Las poblaciones del sur vieron llegar a los insurrectos con contingentes de fuerzas de tabores marroquíes y pensaron que volvía la invasión árabe y las temibles *razzias*, que provocaban con sus matanzas y saqueos la huida y el terror. En el norte, fuerzas carlistas atravesaron de nuevo los montes con sus banderas, boinas rojas, medallas y escapularios. Por parte republicana, milicianos del pueblo, muchos de ellos proletarios del campo y de la industria, lucharon al lado del gobierno que habían elegido. Hubo idealistas y héroes combatientes por ambos bandos en defensa de dos opciones de vida diferentes. ¿Eran irreconciliables? En aquellos momentos creo que sí, pero opino que pudo y debió conseguirse la paz en plena guerra.

## IV

*La guerra en marcha*

CONOCIDO EL LEVANTAMIENTO de las fuerzas sublevadas y el sometimiento de la provincia de Santander a la República, se armó al vecindario y comenzó inmediatamente el desfile con tropas hacia los frentes en las líneas limítrofes con las provincias en manos del bando llamado nacional. Eran fuerzas formadas por milicias populares, el ejército y los diferentes cuerpos armados. A la población se le pidió disciplina y colaboración. Aunque durante el verano no se advirtió ninguna alarma y no se notó apenas la guerra, todo hacía prever que iba a ser larga y cruenta. El Comité de Guerra y el Frente Popular emitieron bandos referentes a las requisas y a la prohibición de las prácticas de robo y pillaje realizadas por personas incontroladas.

Cuando presencié en Santander el desfile de las tropas, comprobé que estaba formado por grupos heterogéneos de soldados y milicias populares y por mandos improvisados. Se construyó demasiado rápidamente material bélico. En una empresa siderúrgica de la ciudad se montaron vehículos blindados con planchas me-

tálicas de defensa contra el tiro de las ametralladoras. Luego pude saber que en una ofensiva, como la que se produjo más tarde sobre Santander, este armamento era tan ineficaz como ridículo. La falta de vehículos de transporte hizo que fueran incautados aquellos que no tenían un destino oficial, industrial o médico. Las primeras incautaciones fueron de emisoras, periódicos y edificios de los partidos de derechas, de sociedades recreativas y de órdenes religiosas, para lo que se creó una Junta encargada de tales menesteres.

El verano pasó en seguida y apareció con el otoño la guerra en toda su crudeza en los frentes y en la retaguardia. A los civiles militarizados hubo que enseñarles las prácticas de tiro y el resto de la instrucción.

Se formó también un Comité de escritores y artistas al servicio de la República, en cuya comisión regional figuraban intelectuales que se encargaron de la propaganda en los frentes, en la prensa y en la retaguardia, organizando actos para los hijos de los milicianos y para obtener fondos y donativos, como hizo también el Socorro Rojo. Muchos intelectuales se incorporaron voluntariamente al ejército. Mi padre conoció a algunos de ellos. Había uno que fue famoso como recitador en los frentes. Era un personaje curioso, paradójico y más rojo que los pimientos. Junto a las trincheras recitaba poemas de García Lorca, Alberti, Miguel Hernández, y soltaba proclamas a los milicianos en favor de la República. A veces les decía cosas tan graciosas como ésta:

—Ser de derechas es como ser giboso, ya no tiene solución.

Los milicianos se tronchaban de risa y le respondían:

—¡Camarada! A ver si cambias el Manual de formación política, porque esto sirve también para los de izquierdas.

Creo que marchó cuando la evacuación por mar, y no hemos vuelto a saber nada de él.

A medida que pasaba el tiempo comenzaron a notarse los efectos de la guerra con las bajas en los frentes y la implantación de la cartilla de racionamiento. La guerra dejó su sabor amargo y surgió el miedo. Ya nada fue como antes. Los registros domiciliarios, las detenciones y los asesinatos fueron una práctica corriente. La propaganda y la censura funcionaron hermanadas. En pleno verano, Indalecio Prieto fue una de las pocas voces sensatas que instó al pueblo a no imitar las ejecuciones que se estaban realizando también en el bando nacional. Por la radio escuchamos su alocución enérgica y generosa pidiendo benevolencia y que no se imitara al enemigo. Es uno de los textos de la guerra que merecen recordarse y que copio del periódico. Todavía recuerdo su voz hablando así a los republicanos:

—Ante la crueldad ajena, la piedad vuestra; ante la sevicia ajena, vuestra clemencia; ante todos los excesos del enemigo, vuestra benevolencia generosa.

Y añadía más tarde, como si fuera la voz de un profeta:



—Oídme bien: ¡No los imitéis! ¡No los imitéis! Superadlos en vuestra conducta moral; superadlos en vuestra generosidad.

Pero no le escucharon y sus palabras se las llevó el viento. Se llegó, incluso, a crear en Santander una checa donde se interrogaba y torturaba a los presos. Yo me preguntaba qué hacía en la ciudad un centro de terror de imitación extranjera. En todas las revoluciones aparecen los carroñeros que viven de los muertos. Debí evitarse, pero no lo hicieron. El «paseo» quedará en nuestra jerga de la guerra civil como una inhumana práctica que sembró el terror. La llegada del coche con los pistoleros era una caza de víctimas de la oposición a las que se ejecutaba sin juicio ni condena. Constituía un acto arbitrario del que se hizo la vista gorda. Eran sacados de sus casas, y asesinados y tirados en las cunetas o en el mar.

Y lo triste y cierto fue que exactamente estos mismos hechos se produjeron al llegar el nuevo gobierno a las zonas, tanto en guerra como sin ella. Luego se los clasificaba como desaparecidos. Los edictos de los juzgados militares solicitaban la comparecencia de personas perjudicadas o que hubieran presenciado hechos delictivos. Los individuos citados eran interrogados sobre conductas durante la llamada dominación roja. Otros eran emplazados y finalmente se decretó la busca y captura de los huidos. Vuelven a aparecer los «paseos» y los cadáveres de los muertos por arma de fuego

y también de los que se arrojaban al mar. Se controlaron los aparatos de radio, telégrafos y teléfonos. En fin, era la misma función con dos partes exactamente iguales. Muchas veces he recordado, después, las matanzas de la guerra carlista y las barbaridades cometidas por ambos contendientes.

La guerra civil y sus secuelas han supuesto una ruptura y un retroceso en el programa regeneracionista español que estaba pendiente.

La puesta en marcha por la República de una comisión depuradora se extendió a todas las profesiones. Mi padre comprobó que muchos de los perjudicados eran excelentes profesionales y únicamente fueron apartados por su conocida mentalidad política. ¿Por qué hacía esto el Frente Popular cuando se necesitaba gente? A muchos de ellos se los obligó a demostrar ante la Comisión Provincial de Cultura que no eran desafectos al régimen, sino que simplemente habían votado a la derecha. También en esto se siguió la misma conducta por el nuevo gobierno una vez tomada la ciudad e incorporada al bando nacional.

No veíamos por ningún lado lo que todos esperábamos: un gesto de paz que pusiera fin a tanto dolor del pueblo y a la autodestrucción del país.

Comenzada la guerra, todavía en la zona republicana se hicieron actos religiosos en los templos que, más tarde, a medida que se prolongaba la contienda, acabaron siendo destruidos, o habilitados como almacenes de

intendencia o depósitos de municiones. En uno de los viajes que hice por la provincia vi que la pila de agua bendita de la iglesia del pueblo servía de fuente de chuletas recién cortadas. No pude por menos de pensar que aquellos hombres estaban entonces preocupados por el más acá y no por el más allá.

No faltaron personas que protegieron el patrimonio artístico y bibliográfico, que resultó bastante dañado, a pesar de existir una Junta encargada de la protección del Tesoro Artístico. Los bombardeos facilitaron la destrucción de edificios notables, centros fabriles y obras de arte y, sobre todo, originaron multitud de muertes.

## V

*La retirada de un ejército*

CUANDO SE ANUNCIÓ LA OFENSIVA contra Santander, bien coordinada por tierra y aire, con la colaboración de fuerzas alemanas e italianas, la defensa republicana se sintió incapaz de contener la inminente conquista de la provincia.

En un principio, el pueblo solo contó con la radio para informarse de lo que estaba pasando, aunque nos llegaba más en forma de propaganda que con los detalles de lo que se preparaba. Únicamente los servicios de información y la Junta de defensa tenían conocimiento del comienzo de la ofensiva. Era, pues, inmediata la defensa de Santander. Los rumores y el temor se propagaron entre la población comprometida, que optó por la huida. La aviación rebelde había tirado, poco después de la toma de Bilbao, unas octavillas dirigidas a los soldados, paisanos y mujeres de Santander con un texto persuasivo en el que recomendaban la rendición.

En esos momentos, mi padre hizo una llamada telefónica y le preguntó a un amigo, compañero también de Izquierda Republicana, lo que debía hacer.

—Esto está perdido. Mira la forma de salvarte —le dijo—. Tu familia no creo que corra peligro, pero a ti te aconsejo que te vayas.

Mi padre y yo salimos a la calle a ver las posibilidades de un traslado de los tres. De momento, mi madre quedó en casa a la espera.

Santander parecía una ciudad abandonada, y eso era en realidad. Pero su estructura urbana no permitía más salida que hacia Gijón o la huida por mar. Más tarde la carretera quedó cortada en el pueblo de Barreda. En torno al puerto, sobre todo en Puerto Chico y en las zonas del Cuadro y la Machina, se agrupaba un gentío que buscaba embarcarse en las dragas, vapores y lanchas pesqueras. El ruido de la gente nos invadía como si estuviéramos en una manifestación.

La imagen que daba Santander era de desolación y suciedad, con armas y coches abandonados en algunos lugares. Se veían fusiles, cascos, uniformes y distintivos militares, sobre todo monos y cartucheras de milicianos, tirados por el suelo, abandonados rápidamente por los combatientes que no habían podido huir. Hubo algún político que, cuando fue a buscar el coche oficial, se encontró con que el conductor se había ido con toda la familia hacia Asturias. En los sindicatos y organizaciones gubernamentales se destruyeron documentos y carnets, como ocurrió en el Partido comunista, pero otros muchos quedaron a merced del ejército rebelde al ocupar la ciudad.

En medio del griterío la gente forcejeaba por entrar en algún barco, y los menos afortunados se cayeron al agua. El ferrocarril quedó paralizado y ni por mar ni en coche quedaba posibilidad inmediata de escapar de Santander, convertida en una ratonera.

A última hora, algunos almacenes y tiendas fueron saqueados y vimos varias personas borrachas. A otros, con menos prisas, todavía les quedó tiempo para sus rencores y, antes de marchar, ejecutaron a determinadas personas significadas de derechas. El resto de la ciudad permanecía silenciosa con las casas cerradas y las persianas echadas en espera de acontecimientos. La zona residencial del Sardinero quedó prácticamente deshabitada.

Ciertos elementos armados de la «quinta columna» evitaron que algunos pudieran huir. En las cárceles, los funcionarios de prisiones prometieron respetar las vidas de los detenidos a cambio de las suyas. Cuando estaba a punto de caer la ciudad, el Presidente del Tribunal Popular visitó la cárcel para ratificar el respeto de la vida a los políticos detenidos y ordenó la salida de las mujeres, pero ello no evitó que al ser descubierto, nada más entrar los vencedores, fuera ejecutado.

Nos conmovió, en aquellos momentos, la escena de un miliciano despidiéndose de su mujer en el puerto, junto a la llamada «Grúa de piedra», en medio del llanto de una niña pequeña que le pedía al padre que se quedara. ¿Volverían a verse?

A última hora, el submarino republicano «C-4» recogió al general Mariano Gámir Ulibarri, jefe del Ejército del Norte, y a las personalidades políticas y militares, de la Junta de Defensa de Santander, para dirigirse rumbo a Gijón.

Al ver que no podíamos hacer nada, mi padre creyó que lo más razonable era que volviéramos a casa para estar los tres juntos y aguardar los acontecimientos, confiando en la benevolencia de los vencedores, que habían conquistado la provincia por varios frentes. Al no tener delitos de sangre ni haber ocupado cargos importantes de responsabilidad, confiábamos salvarnos contando con el aval de alguna persona amiga.

Las salidas de los barcos y las despedidas de los evacuados, unos llorando y la mayoría con la tristeza en sus rostros, ponían una nota dramática y angustiosa, aumentada por el quejumbroso pitido de las sirenas, ante un público que desde los muelles veían, muchos de ellos defraudados, la salida de sus familiares y la de los más afortunados que habían encontrado refugio en algún barco. Como no faltan las paradojas en la vida, algunos con el puño en alto gritaban: «¡No pasarán!», y otros, indignados, esperaban que alguien viniera a recogerlos. Luego supimos que, en los primeros momentos, parte de los que permanecieron en la ciudad se escondieron o se refugiaron en casas de allegados de la provincia, aunque casi todos fueron detenidos en masa en la misma ciudad o cuando se trasladaban andando a sus pueblos.

Algunos de los viajeros forzosos de los barcos debieron creer que Asturias o Francia estaban a un paso y no contaron con que un buen número de estos vapores serían interceptados por el buque «Almirante Cervera» y devueltos al lugar de origen. En ese caso, algunos dirigentes republicanos habían concertado, de ser apresados, el suicidio colectivo antes de entregarse en manos del enemigo.

Al ver sobre cubierta una población civil con abundancia de mujeres y de niños pensé que lo mejor que pudimos hacer fue quedarnos. Y eso que entonces no podíamos adivinar que algunas embarcaciones zozobrarían, nada más salir, por estar sobrecargadas. En la huida, muchas familias se desmembraron para siempre.

\* \* \*

En Cantabria, el gobierno republicano había resistido 57 semanas, desde aquel 18 de julio de 1936 hasta el 25 de agosto de 1937.

Ahora iba a comenzar otra historia, en otra situación y con otras personas.

Un romance anónimo, posiblemente de un anarquista, describió así aquel triste final con el que se perdía el último enclave republicano de Castilla. Mucho hubiera deseado conocer el nombre de este juglar del pueblo cuyos versos decían:



En la linde provinciana,  
que el traidor hizo frontera,  
juntas están las *Castillas*  
y así suspira la *Vieja*:

—De seis hijas que crié  
ya ni una sola me queda.  
Me robaron a Logroño  
quienes trajeron la guerra,  
Burgos se marchó con ellos  
y no me causó sorpresa,  
porque Burgos siempre fue  
semillero de derechas.  
Ávila y Segovia tienen  
los resabios de Academias,  
creadoras de esta casta  
de militares de pega,  
que prometen por su espada  
y traicionan sus promesas.  
A Soria, la pequeña,  
se le agotaron las fuerzas;  
solo Santander guardaba  
consuelo para mis penas,  
y también me la robaron  
los malvados «Flechas Negras»  
unidos a los traidores,  
que *muerte sin tregua tengan*.  
Ultrajándomela están  
hijastros de mala pena.

Los aires me traen sus llantos,  
los vientos me traen sus penas.

Alzóse la buena moza,  
noble *Castilla la Nueva*:

—A mí me falta Toledo,  
que también tuvo Academia  
de militares traidores  
a su honor y su promesa,  
pero juro, hermana mía,  
que las cuatro que me quedan,  
vivero de campesinos,  
devolverán por la fuerza  
las hijas que nos robaron  
los malvados «Flechas Negras»,  
unidos a los traidores  
que *muerte sin tregua tengan*.

Calló la Nueva Castilla,  
cortó sus lloros la Vieja,  
y Aragón que las oía  
puso a Belchite la cerca.

## VI

*Banderas victoriosas*

EL DÍA 26 DE AGOSTO las tropas invasoras tomaron la ciudad y fueron recibidas por una multitud de personas que se echaron a la calle en cuanto percibieron la llegada del ejército sublevado. A las once de la mañana se encontraban ya a ocho kilómetros de Santander. Un teniente de asalto, con una bandera blanca, se trasladó hasta la avanzadilla para rendir la plaza.

Mi gran curiosidad hizo que, con mi antiguo carnet de estudiante, que no me comprometía, saliera a la calle a ver el desarrollo de los acontecimientos y con la esperanza de encontrar alguna persona amiga que nos ayudara, no sin temor por la suerte que podía correr mi padre en el momento de la entrada de las tropas nacionales en Santander. A medida que avanzaba el día tuvo lugar la confluencia de las fuerzas que por distintas rutas habían participado en la toma de la ciudad y la provincia. Todos uniformados recibían con alegría los parabienes y abrazos de la población de derechas que aguardaba su llegada. Como no había banderas nacionales, la población puso mantones y colgaduras en los

balcones. El reparto de pan blanco y de comestibles me hizo creer que volvíamos a la normalidad que yo había conocido, pero días después pude comprobar que no era así.

Las tanquetas italianas llegaron hasta el centro de Santander con las brigadas mixtas de «Flechas Negras» que gritaban: «¡Duce, Duce...!» En determinados puntos de la ciudad se veían todavía los restos del equipamiento y armas del ejército huido que fueron retirados con prontitud, mientras los hombres caían prisioneros y eran puestos después a trabajar en obras, en tanto que otros eran empleados en la marcha hacia Asturias. Al día siguiente se celebró el desfile de la victoria de un ejército muy diferente del popular que había mantenido la República, desfile que fue presenciado por miles de santanderinos. En aquel periplo por la ciudad, en el primer día, encontré algunos amigos del Instituto que me saludaron. Cada uno tenía su problema personal y su opinión sobre la guerra, pero no conocían ni les referí mi caso y mi pesadumbre.

La ocupación se recibió con el mayor entusiasmo, y yo creía que no estaba todo perdido, si el final de la guerra nos traía un retorno del pueblo español a la normalidad.

Hacía un calor agobiante, de pleno verano, y entré en un bar que tenía entornada la puerta, pero no estaba abierto al público. No quisieron despacharme al intentar pagar con moneda republicana. Les pedí, por favor,

un vaso de agua y me lo dieron con buena voluntad. Un grupo de amigos referían allí los acontecimientos. Yo, por mi parte, escuché lo que me decía el dueño del establecimiento, que empezó a hablar conmigo.

—Ha sido una conquista de Santander demasiado rápida, aunque con fuerte resistencia en algunos puntos. Yo lo sé por un hermano mío que ha venido con las tropas, ¿sabe usted? Hubo únicamente combates en las alturas montañosas próximas a Reinosa y en el puerto del Escudo, ocupado después por el general Bergonzoli. Al final ha habido milicianos que se han refugiado en algunas cabañas, pero darán con todos ellos.

Las palabras de aquel hombre se entrecruzaban con la conversación del otro grupo y pude oír lo que hablaban:

—Esta ofensiva se ha ganado gracias al armamento extranjero, alemán e italiano —decía uno de ellos—. La aviación española, la italiana y la de la «Legión Cóndor» han bombardeado los núcleos industriales y de comunicaciones.

—Las baterías de 88 milímetros, he oído decir a los entendidos que son unas armas formidables —explicaba otro—. ¿Cómo hubieran podido resistir sus impactos los camiones forrados con simples planchas de hierro?

Hubo un momento en que, al bajar la voz, solo escuchaba palabras sueltas sobre Reinosa y la ocupación de la plaza por los coroneles Juan Bautista Sánchez y García Valiño.

Me atreví a preguntar a mi interlocutor lo que sabía de la capitulación de las tropas vascas en Santoña.

—Creo —me respondió— que el acuerdo con los italianos no ha sido respetado por el general Franco. En la playa de Santoña ya ha habido varios fusilamientos.

—Lo de los moros ha sido muy gracioso —dijo uno de los del otro grupo.

Como no estaba enterado, le pregunté si habían venido también fuerzas marroquíes.

—Han participado algunos en la toma, pero se les ha ordenado que se mantuvieran en los extrarradios, porque la población los teme y no son bien vistos. Por cierto, nada más llegar, un grupo preguntó dónde había prostitutas y les mandaron a un lenocinio. Entraron por unas ventanas bajas como la garduña en el gallinero.

Me contaron que habían dejado tal tufo a choto moruno que las pupilas creyeron que había entrado el mismísimo diablo con sus secuaces. Según nos relató, con mucha risa, cuando se marchaban, las chicas les decían después de haberlos dejado bien servidos:

—A nosotras nos joden todos. Los milicianos nos han dado dinero que ya no vale y vosotros os marcháis sin pagar como si fuéramos botín de guerra. ¡Menuda liberación que hemos tenido!

Como no estaba para bromas, no quise permanecer más tiempo en el establecimiento y, como un curioso más, me despedí para volver a mi casa con funestos presagios para nosotros.

Como por arte de encantamiento comenzaron a aparecer en los primeros días personas con uniformes, correaes y camisas azules de la Falange. Eran en su mayoría ex cautivos, mutilados, combatientes, miembros de la «quinta columna» que habían permanecido ocultos y también personas que sin mérito alguno, ni haber tirado un solo tiro, se apuntaron en seguida al carro de los vencedores al pensar que así su vida iba a ser mucho más fácil.

Igual que el carnet de un Sindicato era una garantía con la República, ahora apuntarse a Falange o al Requeté constituía una forma de diferenciación con los vencidos, que empezaron a ser rigurosamente clasificados y depurados. Fue una criba de la población de la que no se salvó nadie. Se dictó un Bando publicado en el Boletín de la Provincia por el que quedaban sometidos a la jurisdicción militar todos los delitos cometidos después del 18 de julio, fecha de la sublevación, delitos que con carácter de urgencia serían fallados por los Consejos de Guerra. La selección del personal de los diferentes servicios se realizó con la mayor rapidez con objeto de conocer las responsabilidades por abandono del puesto de trabajo, el desempeño de cargos, la pertenencia a partidos políticos o sindicatos, la intervención en la propaganda a favor de la República, etc. Los sospechosos debían presentar un pliego de cargos para su defensa, que tenía que resolver la propia Corporación. Muchos profesionales presentaron instancias solicitando la re-

posición en los puestos que ocupaban cuando se declaró la guerra. Algunos profesores de los centros de enseñanza fueron depurados y las sanciones llegaron, incluso, a los alumnos pertenecientes a la FUE.

La afiliación de mi padre al partido de Izquierda Republicana y la depuración de compañeros suyos fueron las acusaciones vertidas después contra él, aun cuando no intervino en algo que deploraba. Por las nuevas disposiciones dictadas y la cantidad de gente detenida, me percaté de que no habría un indulto colectivo, aun considerando el castigo para los que sin escrúpulos habían intervenido en asesinatos y robos.

Recordé, no sin dolor, las palabras de aquel general que, cuando terminó la Guerra de Secesión americana, dijo a los vencidos que regresaran a sus campos.



## VII

### *Prendimiento y condena*

**R**EFUGIADOS LOS TRES EN CASA, temerosos y angustiados, no sabíamos qué determinación era la que debíamos tomar. Tampoco teníamos amigos de confianza que pudieran avalarnos una vez conquistado Santander. Antes de esperar a que detuvieran a mi padre en casa, decidimos, como lo más oportuno, que se presentara voluntariamente con su carnet del partido de Izquierda Republicana en la mano. En la ciudad había varios juzgados militares que comenzaron a funcionar rápidamente.

Por no tener delitos de sangre ni haber contribuido a delaciones o haber perjudicado a persona alguna, esperábamos que tuvieran con él un trato generoso.

La guerra no había terminado en el resto de España. En Puerto Chico, donde estaba el gobierno civil, se iban colocando bombillas con los colores amarillo y rojo de la bandera nacional en la fachada del edificio: los nombres de las localidades conquistadas se anunciaban por los altavoces con discursos, canciones y el saludo fascista del pueblo brazo en alto.

La organización de la represalia fue rápida y eficaz. Casa por casa y con la ayuda de denuncias y requerimientos, los republicanos vencidos, colaboradores o simpatizantes, se fueron entregando o fueron detenidos. A muchos milicianos los encontraron deambulando por las calles o permanecían, tristes y pensativos, sentados en los bancos de donde los recogían en camionetas. Eran hombres rotos y acabados, afligidos por la guerra. Gran parte de ellos quedaron recluidos y otros militarizados. En la plaza de toros se concentraron miles de prisioneros, en su mayoría obreros, algunos muy jóvenes. Se hizo una clasificación de los detenidos según su oposición al Movimiento y teniéndose en cuenta, como he dicho, sus responsabilidades políticas: los que fueron milicianos voluntarios a favor de la República, los afiliados a partidos y sindicatos, los jefes y oficiales del ejército, a los que se achacaba ser culpables de rebelión y alta traición, y los que estaban acusados de delitos comunes.

A la toma de Barruelo siguió una represión durísima, semejante a lo representado en los *Desastres* de Goya. No esperábamos mejor trato aquí. Unos fueron internados en el campo de concentración de la península de La Magdalena, y otros, en este caso mujeres, en el convento de los Salesianos y en las Oblatas. Una vez juzgados, algunos pasaron a la prisión provincial o fueron enviados al penal del Dueso en Santoña. A muchos otros se los fusiló de inmediato entre los meses de agosto y diciembre.

Mi padre fue juzgado y condenado por auxilio a la rebelión, aun sin haber ostentado cargos políticos dentro de su partido. Gracias al marido de la tía Julia y a sus influencias desde Bilbao, se le rebajó la pena y solo tuvo que cumplir tres años, que empezó a cumplir en el edificio de la Tabacalera, utilizado como prisión aunque no reunían las condiciones necesarias. Pensaba que saldría en seguida, pero no fue así. Aquello fue un infierno. Con él estaban intelectuales, abogados, médicos, maestros, funcionarios y gentes de todo tipo. Ni siquiera algunos conocidos y célebres personajes se libraron. ¿Pero todos merecían ese trato? Entre exiliados, detenidos, desaparecidos y reutilizados en campaña figuraba una gran parte de la población. Los edificios improvisados no reunían condiciones higiénicas y estaban abarrotados. En la plaza de toros el olor de la orina era insostenible. Después, la disentería, los piojos y el hambre acabaron con muchos.

Durante aquel tiempo me turné para ir a la cárcel y llevarle a mi padre, cuando podíamos, algún paquete con alimentos, en tanto que las familias comíamos lo que encontrábamos. Las escaleras de los barrios obreros olían a berzas por todas partes.

A partir de este momento cambiaron radicalmente nuestras vidas. Condenado, sin empleo y sin ningún otro ingreso, tuvimos que dejar nuestra casa en la calle Concordia y alquilar una buhardilla minúscula en Puerto Chico. Para llegar a ella había que subir cien esca-

nes, que resultaban un auténtico suplicio, sobre todo para mi madre. Era de una austeridad estremecedora, pero confortable y suficiente para nosotros. Tenía dos habitaciones, un vestíbulo que hacía de sala, un retrete y la cocina. El mobiliario consistía en una mesa grande para comer, leer y estudiar, varias sillas y un armario de dos cuerpos. La decoración tenía algo de entrañable, pese a la escasez de ornamentos. La componían unas fotos familiares y otras dos de Francisco Giner de los Ríos y de Santiago Ramón y Cajal, que le habían regalado sus compañeros a mi padre, junto con unas estampas religiosas sobre las cabeceras de las camas. Cuando estábamos los tres, respetábamos los lugares donde solía sentarse cada uno. Nuestra intimidad solo tenía lugar en las minúsculas habitaciones que parecían celdas monacales. Una mínima biblioteca y un gramófono eran nuestros utensilios culturales. La radio hubo que construirla de galena. Y así vivíamos, resignados en la pobreza. Era el espíritu el que nos atormentaba por la situación política, económica y por mi estado de salud del que luego hablaré.

Tía Julia nos ayudó con dinero y ánimos. Y eso nunca se olvida. No tenía hijos y sentía una especial predilección por mí. Mientras tanto, cada vez que se incrementaban las conquistas de los sublevados teníamos que bajar a la calle a cantar a la fuerza brazo en alto aquella parte del himno de la Falange que decía: «Volverán banderas victoriosas al paso alegre de la paz».

Pero eso no era cierto. Precisamente lo peor de la guerra fue que se ignoraba su desenlace y que no hubo paz ni perdón para los vencidos. Ser rojo, como nos llaman ahora, es como ser antaño judío o morisco. La Iglesia guardó silencio sin que se alzara una sola voz de protesta contra la represión, o que reclamara el perdón para los vencidos. Y eso que hubo sacerdotes vascos que fueron apresados y algunos fusilados. La Iglesia española fue perjudicada, tanto en bienes como en personas, pero se adaptó a las circunstancias, e incluso elaboró unos vergonzosos Catecismos para los presos que decían en el Quinto Mandamiento: «No matar sin causa justificada».

El que no se produjera la paz durante la contienda fue un error que padeció todo el país. Igualmente de graves y perniciosas resultaron la prolongación, persecución y el mantenimiento, por parte del gobierno de los vencedores, de unas leyes diferenciadoras y represivas que afectaban a los sometidos en cuanto a las posibilidades de trabajo y de reinserción. El partido único condujo inevitablemente a la dictadura y a la corrupción. El viejo fantasma de la desaparecida República se presentaba diariamente como ejemplo propagandístico de que el pueblo español no estaba preparado para la democracia. No hubo retorno a los tiempos anteriores. No existía oposición y, por supuesto, tampoco libertad de expresión ni de participación. ¿Y para qué hace falta?, nos dicen los que mantienen sus prerrogativas sin

importarles las de los demás. De la otra España, la monárquica o republicana y la del exilio, no sabíamos nada por la prensa, atada y domesticada. Pero no adivinábamos tampoco lo que iba a sobrevenir.

Al salir mi padre de la cárcel, después de muchas penurias, tuvo la suerte de que un buen amigo le ofreciera un trabajo para llevar la contabilidad de su farmacia. El sueldo, aunque pequeño, nos ayudaba mucho, contando con la virtud de la austeridad, tan conveniente en aquellos momentos. Al estar suspendido de empleo y sueldo, no se atrevía a ejercer la medicina particularmente, aunque a veces le consultaban vecinos en casos de urgencia. Pero aquí no quedaron nuestros males, ya que nos sobrevino otro peor, que anotaré con detalle en mi *Diario*.

## VIII

### *El fin de la guerra*

**T**ODAVÍA FALTABA MUCHO para que concluyera la guerra. Los republicanos teníamos aún esperanza en la victoria, a pesar de la pérdida, en octubre de 1937, de todas las provincias cantábricas del norte de España. La conquista republicana de Belchite supuso para nosotros una reacción de euforia que, al terminar el año con la ofensiva, y conquista a primeros del año siguiente, de Teruel, nos hizo creer en la posibilidad de un triunfo. Sin embargo, las radios extranjeras nos confirmaron el dominio aéreo de las fuerzas nacionales, que castigaron repetidamente Barcelona con duros ataques. Para colmo de males, el éxodo de la población huida de Aragón y Lérida complicó los problemas de asistencia y alimentación de miles de personas.

El año 1938 fue malo para los gubernamentales por las pérdidas de Belchite y los constantes bombardeos de las ciudades de Barcelona, Alicante y Valencia. La ofensiva del Ebro fue nuestra única y principal esperanza, a pesar de la retirada de las Brigadas Internacionales. Pero nos dábamos cuenta del escaso progreso republica-

no, en tanto que los combatientes morían en una lucha sin tregua. Cuando impera la muerte, sobran los cantos líricos en una guerra civil en la que las víctimas más sufridas fueron los ancianos, mujeres y niños, que tuvieron que soportar la falta de alimentos, de escolarización y de medicinas, y vieron a sus hijos y maridos morir en los frentes.

En aquellos momentos supimos que la República buscaba una solución pactada, que fue rechazada. Nos percatamos, entonces, de la inferioridad republicana, que continuó en el último año de guerra. La pérdida de Barcelona, el reconocimiento del gobierno de Burgos en febrero y la dimisión a los pocos días del Presidente de la República fueron hechos que supusieron el fin de una esperanza. Pero era tal el cansancio y el estado de sufrimiento de la población, que todos, vencedores y vencidos, derechas e izquierdas, deseábamos el fin de la guerra a cualquier precio. Los últimos momentos fueron de tristeza y decepción para los republicanos por ignorar si debían seguir luchando o no. Así, a punto de concluir marzo de 1939, muchos pueblos se rindieron ante el avance de las fuerzas franquistas. Ya en las proximidades de Madrid, en la Casa de Campo, tuvo lugar el gesto más bello y humano de toda la guerra civil. Los contendientes de ambos ejércitos, cansados de luchar, sucios y con las barbas crecidas, hambrientos y abrumados por tantas muertes, en una guerra cuyo final deseaban todos para volver a sus hogares, tiraron las armas y



salieron de las trincheras, como si surgieran de las fosas de sus sepulcros, y se abrazaron llorando. Fue un gesto espontáneo, fraternal y sincero con el que verdaderamente el pueblo selló la paz. Quizá, algún día, aunque yo no lo veré, se levante allí un monumento que diga: «A los combatientes de la última guerra civil española».

El día 1 de abril de 1939, el parte final del jefe del nuevo Estado anunció que la guerra había terminado. Pero no teníamos ninguna esperanza, aunque hubieran sido alcanzados los últimos objetivos y quedara cautivo y desarmado el ejército republicano, no rojo como se escribió, lo que suponía, dicho así, el postrer insulto a los vencidos. Al principio, el mismo general sublevado había dicho, cuando comenzó la guerra, que se trataba de un movimiento nacional, español y republicano.

## IX

*Los panes y los peces*

**L**A GUERRA HA DEMOSTRADO EN SEGUIDA que junto a ella cabalgaba el resto de los jinetes del Apocalipsis. El hambre ha sido el compañero más fiel de la muerte, incluso después de la contienda. Por la imposición del racionamiento y por la escasez de alimentos, hemos tenido que comer lo primero que caía en nuestras manos.

En el medio rural, cuadrillas de jóvenes se dedican a robar en las huertas y recoger berros, dientes de león, nabos y fruta verde de los árboles. En los pueblos se pasa menos hambre, pero en la ciudad se vive una situación de penuria sobrecogedora. El robo de alimentos se ha hecho habitual.

La Navidad republicana nos dejó en esas fiestas un rastro de hambre y tristeza. No pudimos comer ni las habituales torrijas por la escasez del pan, negro y de sabor extraño. La ración no llegaba a la noche. No hubo alegría ni cantos de villancicos, ni pusimos el Belén que tanto me gustaba de pequeño. Pero tampoco fueron mejores las siguientes. Se volvió a consumir, el que podía, el pan de maíz. La venta de pescado en los puestos o a

granel fue nuestra principal fuente de suministro de proteínas.

Se aprovechan productos de desecho, las cortezas de la naranja o la piel de los plátanos. Vuelven a surgir recetas caseras para el aprovechamiento de los productos campestres. Hemos comido, incluso, gaviotas, que hay que adobar con ajo, ya que su carne es dura, sabe a pescado y es difícil de tragar. Las vísceras, hasta las más despreciables, tienen una gran solicitud en los mercados. La gente come filetes de ubre de vaca y, cuando van a cortarlos, se estiran como los tirantes de Chaplin.

Los gatos y las palomas han desaparecido de la ciudad, como piezas codiciadas de caza. No puedo por menos de contaros la historia de *Tarzán*, un gato negro, gordo y lustroso, que fue la tentación de las pandillas del barrio. Pero, tal vez adivinando su destino, burlaba con suma agilidad las asechanzas de los famélicos captores, hasta que un día en que se descuidó lo tiraron por el hueco de la escalera. ¡Pobre animal! Aun así no consiguieron matarlo, pero quedó tuerto y aprendió la lección. Desde entonces eligió los tejados para mayor seguridad, y allí se dedicaba a cazar pájaros. Perdió el ojo, pero no la leyenda de astuto, y dieron en llamarlo *Aníbal*.

Los chavales roban a los caballos las algarrobas que sacan del saco o bozal de las caballerías. También éstos han aprendido y, para evitarlo, es gracioso ver cómo se sientan y alzan la cabeza como si fueran caballos de circo para que no puedan meter la mano.

Para adquirir el cupo del racionamiento tenemos que formar colas, colas para todo. Hay colas en el cine, en la panadería, en la tienda de ultramarinos y hasta en los confesionarios. A cada persona adulta le corresponden cuatrocientos gramos de pan y una mísera entrega de patatas, carne, legumbres secas, aceite y bacalao. Se nos habla de la España imperial, pero el pueblo se muere de hambre. Algunos productos de urgencia, quien los necesita tiene que comprarlos en el mercado negro recurriendo a los estraperlistas. El café, el azúcar y el tabaco son los más codiciados y los que algunos echan más de menos.

Las familias numerosas, con padres y hermanos en las cárceles, acuden a comer al «Auxilio Social». La tuberculosis se ha convertido en una plaga.

A veces logramos traer de los pueblos próximos castellanos algunos productos, pero en muchas ocasiones nos los quitan en el Fielato y suponemos que se los reparten los diligentes empleados.

Tenemos que teñir nuestra ropa, y los trajes de los mayores se dan vuelta y sirven para los menores. Con sebo y sosa se fabrican unas pastillas de jabón que te dejan la ropa estropeada. Con la tela blanca de los sacos de mercancías, los más necesitados hacen calzoncillos caseros en los que, al bajarse los pantalones el pobre usuario, se leía: «Ultramarinos finos y licores». Se aprovecha todo, y así vamos tirando, a costa de parecer unos ade-fesios. Hasta Malva ha cambiado su vestuario.

Los fumadores se ven también sometidos a racionamiento, y el tabaco se mezcla con hojas secas de patata. Apareció el oficio de los «colilleros», dedicados a la recolección de colillas, sobre todo a las salidas de los partidos de fútbol.

La mendicidad ha proliferado, y muchos hombres y mujeres acuden a las ferias a recoger alimentos o monedas. Vivimos unos tiempos angustiosos y desagradables.

La situación se agravó aún más para algunos debido a la pérdida de sus casas por el ciclón que trajo el incendio de 1941, que destruyó la zona antigua de Santander y cambió la fisonomía de la ciudad. Afortunadamente a nosotros no nos pasó nada, pero gran parte de Santander quedó completamente destruida. Los edificios ardiendo parecían antorchas gigantes de una ciudad bombardeada. Aquel día, un viento huracanado azotó nuestra buhardilla y hubo que clavar puertas y ventanas. Refugiados en una de las habitaciones, los tres a oscuras, al cortarse la luz, soportamos atemorizados el vendaval. Nuestra sorpresa fue grande al ver a la mañana siguiente, todavía con mucho viento, las calles con el tendido eléctrico en el suelo, los barcos menores hundidos en la bahía, los corpulentos árboles derribados y manzanas enteras de casas ardiendo.

Un número importante de calles, con todos los edificios, desaparecieron por el fuego, y cerca de diez mil personas perdieron sus casas. Muchos de los afectados

quedaron en paro al destruirse centros oficiales, comercios, periódicos, hoteles, iglesias y conventos. El ejército estuvo vigilante para evitar robos y saqueos y ayudar al traslado de las familias afectadas. Fue todo un ejemplo de orden y organización que evitó muertes. Los héroes anónimos fueron los bomberos.

Sentí una honda tristeza ante aquel panorama de tanta desolación. Los vestigios de carácter decimonónico de la ciudad habían desaparecido, sobre todo el comercio. Después ya nada sería igual. Hubo que desalojar rápidamente las casas, y me contaron que las pobres gentes sacaron lo que pudieron, pero se perdieron obras de arte, bibliotecas y archivos. Los siniestrados lloraban en las calles dramatizando aún más aquel trágico cuadro. A la situación del momento, se unió la pérdida de sus bienes al quedarse únicamente con lo puesto. Parecía como si la guerra hubiera continuado. No volví a ver aquel Santander de mi niñez. Surgió una nueva ciudad con una fisonomía y forma de vivir diferentes.

## X *Mi enfermedad*

CUANDO SALIÓ MI PADRE DE LA CÁRCEL era un hombre envejecido y acobardado. Había perdido la ilusión por todo y evitó los encuentros con sus compañeros, como si fuera un excarcelado por delitos comunes. Algunos dejaron de saludarle. Aun perdiendo, creo que acertamos quedándonos, ya que para algunos fue peor el exilio.

Mi madre hacía lo de siempre, rezar con la esperanza de que sus oraciones remediarían nuestros males. ¡Qué maravilla la resignación cristiana, unida a una fe verdadera y profunda!

Cuando me proponía reanudar mis estudios y terminarlos, me sucedió una desgracia inesperada. Desde hacía tiempo andaba tosiendo y tenía muy mal aspecto, pálido y con pérdida de peso. Al principio no le dimos importancia por considerar que se debía a mi escaso apetito y a la contada alimentación que me correspondía con la cartilla de racionamiento. Pero la tos no cesaba, y mi padre, después de hacerme un reconocimiento, me mandó para que me viera un amigo suyo que traba-

jaba en el Instituto Provincial de Higiene. Los síntomas denotaban que no era un simple catarro, y ambos acordaron que me examinaran más a fondo en la Casa de Salud Valdecilla. Aquel día fue el más triste para mis padres. Por el camino entre los diferentes pabellones, oíamos las risas alegres de las enfermeras con las que nos encontrábamos, tocadas con sus capas azules, y vimos también algunos médicos que se cruzaban con nosotros con sus batas blancas, hablando entre ellos. Si triste fue la ida, más triste resultó el regreso.

Me hicieron una exploración clínica y otra radiológica, así como pruebas complementarias. A mi padre le dijeron que tenía una infección tuberculosa. Al principio me lo ocultaron, pero yo me di cuenta de mi enfermedad. Me recomendaron que no compartiera la habitación con otra persona y que estuviera bien ventilada. Se debía extremar la higiene y cuidar la desinfección de mis utensilios de uso diario. Una misma persona cuidaría siempre de mí, según las disposiciones que nos dieron por escrito. La alimentación debía ser rica en calorías y fácilmente digerible.

La mañana tranquila y radiante contrastaba con nuestra tristeza. Apenas hablamos durante el regreso a casa. El silencio era como una pesada losa y quise romperlo hablando de la estupenda organización de Valdecilla y de otras vaguedades. Me dijeron que no podría ir a estudiar a Madrid en estas condiciones. Podía practicar algún ejercicio y con buen tiempo, pero tenía que



hacer reposo. ¡Cuanto lloró mi madre al conocer el diagnóstico! Mi padre guardaba silencio y debió de pensar que una maldición había caído sobre nosotros.

La tía Julia vino a verme y, con sumo cariño, me dio ánimos.

—Andresillo, te libraste de ir a la guerra y ahora te ha atacado un bacilo, pero te curarás.

Yo sonreía y ella insistía en sus palabras de aliento.

—En estos tiempos hay mucha tuberculosis. Escasea la comida, pero, como sabes, se debe a que España tiene que ayudar a los alemanes y a los italianos y pagarles las deudas de guerra.

En estos momentos se siente una gran admiración por Alemania, cuando la guerra les es favorable. La propaganda de las potencias del Eje se difunde a través de la prensa española y de las Embajadas de sus respectivos países. En cambio, los que militaron con la República se inclinan por los Aliados. Creíamos que la Conferencia de Postdam acabaría con el régimen franquista, pero nos equivocamos.

Mi enfermedad me ha quitado arrestos y me obliga a un género de vida completamente distinto. Leer y escuchar los discos de mi viejo gramófono son casi mis únicos entretenimientos. Entonces comencé a escribir mi *Diario*. Mis lecturas predilectas son de los autores clásicos, ya que la literatura de nuevo cuño, salvo algunas obras notables, resulta pura propaganda política o religiosa. Mi padre suele comprarme algunos libros

porque no puedo pedirlos prestados y devolverlos al pasar por las manos de un tuberculoso.

Desde mi regreso a Santander no había vuelto a saber nada de Malva. Como se quedó en Madrid, llegué a pensar que tal vez la guerra la había afectado directamente. Durante todo este tiempo no había dado señales de vida, hasta que un día se presentó en casa. La invité a salir conmigo, y aquella mañana, sentados en un café próximo, me contó que durante todo este tiempo había tenido mucho trabajo y realizado demasiados viajes. La encontré, como siempre, confiada, sincera y enigmática. Yo, por mi parte, le relaté los pormenores de la guerra en Santander y la situación de nuestra familia a raíz del cambio de gobierno.

—No te preocupes —me dijo—. De ahora en adelante te veré con más frecuencia. Como tú, hay muchos jóvenes enfermos. Terminada la guerra, no han vuelto los tiempos normales. La tuberculosis está haciendo estragos en la juventud.

## XI

### *Aparición en escena*

UN BUEN DÍA, aunque casi ninguno era bueno, se presentó en casa, sin esperarlo, mi condiscípulo y amigo Vicente. Había sido compañero mío desde la época del colegio y del Instituto. En las clases era uno de los que tenía mejor memoria, pero, a pesar de ello, nunca sacaba buenas notas por su comportamiento díscolo y bromista. Su sentido del humor era fabuloso, pero no todos los profesores comprendían y admitían sus gracias.

Recuerdo una vez que trajo a clase un trozo de césped de un hormiguero y la llenó de cientos de hormigas. Debía tener vocación de entomólogo porque otra vez colocó en una cajita un grillo cantor en el alféizar de la ventana, lo que hizo imposible continuar la clase. Vicente, muy serio, se prestó voluntario a localizar el insecto. Empezó a registrar en los pupitres y a mirar y tocar aquí y allá, pero a nuestras compañeras las registró demasiado donde no debía, porque hubo risas y protestas. El colmo fue cuando le dijo muy serio a la profesora que mirara a ver si le habían metido el animalito en su

bolso. La ingenua y buena mujer empezó, asustada, a sacar de su interior el pañuelo, la polvera, la barra de labios, las llaves y qué sé yo cuántas cosas, como si los grillos se criaran en los bolsos de las señoras. La broma estuvo a punto de ocasionarle la expulsión. Menos mal que medió el valimiento de su padre. Vicente con mucha gracia nos decía después:

—Alguna ventaja tenemos que tener los hijos de padres influyentes de derechas.

Siempre le recordé con buena amistad, a pesar de tener una ideología diferente a la de mi familia. Durante la guerra militó en Falange y su corta edad no impidió que desempeñara misiones difíciles e importantes como enlace.

Aquel día se presentó vestido con el uniforme, camisa azul, pantalón negro y correa. Cuando se ponía el blanco de verano parecía un personaje de opereta, al desfilas con tantas medallas y pasadores. Al principio, le recibimos con cortesía y desconfianza, pero su expresión y trato fue con nosotros sincero y amistoso.

—Sé muy bien lo que os ha pasado. Me refiero a tu padre —me dijo—. En su caso no ha tenido buena suerte. Otros han sido indultados en seguida. Ante el veredicto de un tribunal militar no he podido hacer nada. No creo que vuelvan a molestaros, aunque tu padre estará vigilado. Tal vez pueda —repuso— ayudarle más adelante en su depuración. Nuestra amistad, Andrés, continúa como siempre.

Sus palabras me parecieron sinceras, y le conté los pormenores ocurridos durante la guerra y mi actual enfermedad.

—No quiero —añadí— que tu venida a esta casa suponga un perjuicio para ti. Nosotros estamos considerados de izquierdas y, además, tus visitas pudieran no ser aconsejables teniendo en cuenta que padezco una enfermedad contagiosa.

—Ninguna de esas dos razones es suficiente. Mantendré los consejos que te han dado —me contestó— y, por supuesto, ya sé que no debo fumar en tu habitación.

El encuentro con Vicente me alegró. En el Instituto era muy popular y querido. Actuaba en la compañía de teatro y se hizo famoso por la representación que hizo de una escena de *Cyrano de Bergerac*. Nuestras compañeras le adoraban y quedaron encantadas cuando le escucharon con su nariz postiza repetir oculto debajo de la ventana las palabras enamoradizas que compuso Rostand. Pero lo gracioso era que sin la máscara era igual, porque tenía una narizota que parecía una «porra», como llaman a unos churros en Madrid. Vicente, «narigudo y altanero», como *Cyrano*, recitaba:

—«Yo os quiero, yo me ahogo, yo sediento estoy de tu hermosura... ¡Yo te amo!».

Cuando le castigaban, fingía llorar con gran realismo; para él solo era una representación teatral más. Su gran memoria le permitía ahora recitar trozos de los

discursos del César Ausente y del Caudillo, como los llamaba. Su teoría es que está pendiente la revolución nacional sindicalista.

—Ahora, una vez terminada la guerra, nuestra misión es completar el programa de formación política y social del pueblo español.

Vicente me habla de la antiespaña como si únicamente ellos estuvieran en posesión de la verdad. Aceptarlo es ignorar todos los matices de un comportamiento político de oposición, siempre necesarios para el desarrollo de la democracia en cualquier país que se tenga por tal.

—El Caudillo hará lo que convenga. Lo primero es reconstruir el país destruido por las hordas rojas.

—La oposición —le respondía yo— es como la conciencia, que nos avisa cuando hacemos las cosas mal.

Pero Vicente no ve así los hechos. Sigue hablando de los liberales, masones, judíos, institucionistas y republicanos, como si fueran una misma familia, a la que la propaganda presenta con todos los matices acusándolos de culpables de todos los males de España.

Vicente sabe de memoria fragmentos de los discursos y textos revolucionarios del Ausente:

—«Nuestra Falange portadora de la nueva fe —recita— volverá a hacer de España una nación e implantará en ella la justicia social. Le dará pan y fe. El sustento digno y la alegría imperial».

Me gusta escuchar sus palabras y el lenguaje poé-

tico y optimista del fundador del Movimiento, pero ¿dónde está la alegría imperial?

Vicente insiste en que la Falange es de izquierdas.

—Nosotros buscamos —decía— la unidad de la patria y la justicia social, y por conseguirlo hemos luchado. Estamos en contra del capitalismo que empobrece al obrero y lo considera el último en la escala de la producción.

Yo le hacía ver que el hecho real era que la derecha no había admitido nunca a la Falange y únicamente se sirvió de ella. En nuestras discusiones no nos ponemos de acuerdo, pero hay tolerancia en nuestras palabras y eso es ya suficiente. Solo en una cosa estamos ambos conformes y es que algún día —no sé cuándo— España, vuelta a la normalidad, será un país en el que la cicatriz de la guerra civil evitará nuevos conflictos y caer en los mismos errores. En nuestra guerra, el más abnegado y sufrido, por ambos bandos, había sido el pueblo. Como siempre.

Vicente cree que llegará el momento de una amnistía y que España cumplirá la unidad de destino con que soñaba su fundador. Yo soy menos optimista y no veo más que amenazas y segregación entre vencedores y vencidos.

Cuando las tropas aliadas entraron en París con tanques que llevaban nombres de ciudades españolas y conducidos por antiguos republicanos exiliados, al enterarse los aquí residentes de que el primero había sido

Amado Granell, algunos lloraron como niños. Las Naciones Unidas no han resuelto los problemas de los republicanos, y la represión interior continúa. ¿No será posible una convivencia como la que tenemos Vicente y yo?



## XII

### *Camino del matadero*

LOS SACAN AL AMANECER, cuando están todavía medio dormidos, como si fueran niños que acuden por primera vez a la escuela. No les dan explicaciones porque tampoco las necesitan: todos saben adónde van, aunque algunos se resisten y protestan.

El momento más duro es el de la despedida de sus compañeros y, sobre todo, cuando recuerdan a la familia que abandonan para siempre. Los sacan de la prisión del Tártaro para conducirlos a las cavernas de Plutón.

—No es lo mismo en los casados con hijos, que en los solteros —me dice Vicente—. También me dan mucha pena los jóvenes. A todos, eso sí, les ofrecen los consuelos espirituales de un sacerdote, pero solo algunos se sirven de ellos. Cuando llega ese trance se reparten los objetos personales de algún valor o escriben breves mensajes para sus mujeres e hijos. Hay algunos a los que sacan a la fuerza, y es un trabajo penoso y desagradable. Nadie quiere morir.

—¿Y no intentan la fuga? —le pregunto.

—A la salida de la cárcel es muy difícil —me contesta—. A unos se los sujeta con cable eléctrico y a otros se los ata para evitar una huida. ¿No has oído hablar de la cuerda de presos? Todo está pensado para que no sucedan estos imprevistos —añade—. No obstante, se han dado casos de intentos de fuga al subir a la camioneta o en el propio cementerio.

Nos miramos en silencio. Duda si proseguir o no, pero al fin dice:

—Recuerdo una vez al llevar a uno al lugar de ejecución muy de mañana cuando todavía prevalecía la noche. Intentaron fusilarle junto a las tapias del cementerio alumbrado por los focos del coche. Habíamos abierto la cancela y por un descuido nuestro huyó intentando esconderse entre tumbas y panteones. La escena resultó angustiosa, como una secuencia cinematográfica. Duró unos minutos y fue una cacería al amanecer. Al principio se hizo fuego al aire para obligarle a entregarse. Era imposible que aquel hombre con las manos sujetas a la espalda pudiera huir. Le atajaron por varios puntos. Se caía continuamente. Corría como un borracho haciendo curvas, agachándose, escondiéndose detrás de los monumentos funerarios y de los cipreses, para evitar ser alcanzado por un disparo. Sintiendo perdido, solo deseaba provocar a sus perseguidores. Fue como un acto de rebeldía y de protesta contra una muerte segura. La paz de los sepulcros se vio turbada aquella mañana por gritos descompuestos, ór-

denes y amenazas, hasta que varios disparos le hicieron caer en tierra. Quedó de rodillas, con la cabeza caída, apoyado sobre la pared de un pequeño monumento con dos ángeles y una cruz en medio, como si estuviera orando. Parece que estoy escuchando el jadear y sus gritos angustiosos: «¡Hijos de puta! ¡Asesinos! ¡Me cago en...!» Los estampidos ahogaron sus últimas palabras. Y esto, Andrés, no lo puedo olvidar, que no es novela, que yo lo vi.

—Resulta horrible.

—Al levantarse con el amanecer las sombras de la noche —me sigue refiriendo Vicente—, apareció una mañanita apacible y templada y quedamos sobrecogidos en el mayor silencio, como si hubiéramos profanado aquel sitio. A veces, el hombre fabrica paradojas como ir a matar a estos lugares. Aquí se acude a dar tierra cristianamente a los muertos, pero es sacrílego y absurdo venir a quitarles la vida.

—¿Y tú por qué vas con ellos? —le pregunto.

—Me he ofrecido como voluntario para ayudarlos en las tareas menores —me replicó Vicente—. No crearás que yo tomo parte en las ejecuciones. Está prohibido presenciarlas, aunque sorprendentemente hay personas que solicitan ir como espectadores.

Le digo que, por favor, no hable alto. Mis padres están a punto de llegar y les molestaría esta conversación.

—¿Todos los condenados a muerte cometieron delitos de sangre? —le vuelvo a preguntar.

—No, hombre, no. Muchos lo son por haber ostentado cargos políticos de alguna responsabilidad e incluso por otras causas. Los más afortunados son aquellos a los que se les conmuta la última pena por la cadena perpetua.

Vicente quiere dejar de hablar de algo que le desagrada profundamente, pero siento una curiosidad morbosa por conocer los detalles.

El resto de la casa está en silencio y solo de vez en cuando llegan hasta nosotros los cánticos de los juegos infantiles de la escuela próxima. Vicente, a veces, se levanta y me habla nervioso, de pie, para en seguida volver a sentarse y proseguir el relato. Me doy cuenta de que el recuerdo de lo vivido le desagrada.

—Al llegar al destino —continúa— se les advierte que no se muevan ni intenten huir, ya que van esposados o atados unos con otros. Luego se los va llamando por los dos apellidos y deben responder con el nombre de pila.

—Es como el recuento de las reses en el matadero —le digo por añadir algo.

—Las listas de vivos —me responde— deben devolverse con la misma relación, pero ya de muertos, a las que se añaden las incidencias, si las hubiere. Un escueto oficio comunica al director de la prisión el día y la hora en que se cumplirá la sentencia y la entrada de los reos en capilla, para hacer entrega de ellos, a continuación, al jefe del piquete.

Me quedo mirando el rostro de mi interlocutor y no acabo de comprender cómo Vicente puede solicitar ir de voluntario, dado su prestigio político, para colaborar en algo tan desagradable. Le hago esta observación y me responde:

—Te equivocas, Andrés. Yo no asisto por curiosidad ni por gusto. Precisamente me comporto así por lo contrario. Los sentenciados a muerte me producen honda tristeza, y yo procuro ayudarles en lo que puedo. Algunos me piden que les ponga un cigarro en la boca, otros me ruegan que haga llegar unas palabras de despedida para sus familias. Es un cometido triste y generoso que procuro realizar cuando puedo. En general —añade— está prohibido hablar durante el trayecto. Van en un camión de toldo, con capacidad para dieciséis hombres, que componen cada saca. Supongo que ellos mismos están deseando que todo termine cuanto antes. Víctimas y ejecutores tienen que verse las caras y es imposible evitar que el ambiente de tragedia se transmita de unos a otros.

—¿Has presenciado la ejecución de mujeres?

Vicente hace un gesto triste y no me responde, pero me contesta eludiendo la pregunta:

—El cuadro más trágico ha sido el fusilamiento de dos hermanos juntos, atado uno con otro. Durante el camino, el más joven lloraba y nos decía que no quería morir, que no había hecho nada que mereciera la muerte y que tenía un hijo pequeño. El mayor quería conso-

larle con una esperanzadora mentira y haciéndole creer que debían estar orgullosos por haber combatido noblemente en favor de la República y de lo que ella representaba. «A lo mejor a ti no te matan, seguro que les das pena o es un fusilamiento fingido», le decía. Pero su llantina continuaba, como suele suceder cuando hay duelo por muerte de una madre o de un hijo. El mayor se dirigió a nosotros y nos dijo que si no era suficiente con su muerte y que dejáramos en paz al pequeño. Nosotros callábamos, pero sabíamos que iban a morir los dos. El cuadro no quiero contártelo, Andrés, por lo desgarrador y deshumanizado. Todavía fue más cruel el asesinato en nuestra ciudad de tres hermanos a manos de los republicanos en el buque prisión, donde estaban recluidos con otros compañeros, en diciembre del primer año de guerra. Para ellos no hubo juicio ni perdón. Y eran tres.

Nuestra contienda ha sido un ejemplo de barbarie por ambos bandos y, si debe recordarse, es para que sirva de ejemplo, como hizo Goya con los cuadros que acompañaron el final de la guerra.

Después de una pausa, Vicente continúa refiriendo el cumplimiento de las sentencias:

—Al llegar al cementerio se los alinea junto a la tapia. No todos se mantienen en ese momento supremo con entereza. Algunos caen temblorosos, otros suplican que no les hagan sufrir, que no les desfiguren tirando a la cabeza o que les venden los ojos. A muchos les dan

de beber y mueren casi borrachos. Los más enérgicos y valientes mueren con entereza y resignación y no son raros los gritos patrióticos antes de morir. Si son militares, algunos ordenan al piquete su propio fusilamiento. Cuando oigo montar los fusiles y se dan las voces de ejecución, me entra una congoja profunda. Me parece que todo se hace muy largo. Hay algunos sentenciados que quieren entonces decir algo, a modo de últimas palabras, que no llegan a pronunciar...

Apagando sus palabras, me parece oír los estampidos que suenan de madrugada despertando a los vecinos de las casas próximas. Los gallos pregonan el amanecer y la muerte. Los continuos disparos se escuchan a lo lejos entristeciendo dolorosamente a los que conocen ya su significado. Los conducen de pie en camionetas abiertas con tableros laterales de madera, como si fuera ganado en ellas...

—¿Dónde están tus padres? —me pregunta Vicente como excusa para evitar el resto de los detalles.

—Han salido de compras: ya no creo que tarden.

Le digo que aguarde un momento a que yo vuelva del baño. Una morbosa curiosidad me obliga a pedirle que continúe.

—No hay uniformidad entre los encargados de la ejecución. Existen personas que se ofrecen voluntarias, generalmente hijos o familiares de asesinados durante la guerra. Cuando se advierte que un fusil se mueve tembloroso —prosigue Vicente—, es de alguna persona

que no puede disimular su nerviosismo y emoción. ¿Quién puede, Andrés, permanecer con entereza en un momento como éste? Después de la orden de fuego, los cuerpos caen como muñecos de guiñol a los que se cortara los hilos.

La luz del amanecer enmascara la palidez de los rostros de los verdugos. Luego llega el desagradable momento del tiro de gracia, que casi nadie quiere presenciar, y todos abandonan el lugar en silencio, como cuando a uno le reprenden por hacer algo malo o un niño se avergüenza de su comportamiento.

Lo demás me lo figuro. La tierra empapa la sangre de las víctimas; más piadosa que los hombres, intenta borrar las huellas de la crueldad humana. Es como si el diablo hubiera escrito con sangre en la tierra, iluminada por la luz del alba.

—A veces entra en la cárcel —añade Vicente— un personaje siniestro, terrorífico. También la forma de morir tiene sus categorías. No es lo mismo, Andrés, morir fusilado y procedente de la prisión, a que te saquen de casa unos pistoleros y te ejecuten añadiendo la tortura física o psicológica. Pero cuando se anuncia un ajusticiamiento por garrote vil se produce un miedo contagioso al estar más de uno con condenas duras por responsabilidad política de muerte en función de su cargo o por delitos cometidos individualmente.

»Hay dos personajes que llegan a la cárcel de idéntica forma y con diferentes funciones. Uno es el médico



con el maletín, que viene a curar, y el otro el verdugo, que llega con sus instrumentos como mensajero de la muerte. Sin embargo, el final es rápido por garrote, pero denigrante. Las otras formas —sigue contándome Vicente— creo que son demasiado lentas para saber que no hay esperanza, aunque en algún raro caso se ha producido una conmutación de pena a última hora por haber intercedido algún personaje políticamente importante.

Los dos nos hemos quedado silenciosos y pensativos.

De la escuela cercana nos llegan únicamente las voces rítmicas de las niñas que cantan, ahora, mientras juegan:

Mambrú quedó difunto,  
llevémosle a enterrar  
como le pertenece,  
con pompa y majestad.  
Encima de la caja  
puesto el romero va;  
y un pajarito dice  
que ya descansa en paz.

Apenas terminada la conversación, mi padre entró violento y descompuesto en la habitación y se encaró con Vicente. Al llegar había escuchado parte de nuestro relato.

—¿Con qué derecho cuentas esto aquí, cuando somos víctimas de algo que nos apesadumbra a todos?

Sus ojos brillantes y fijos se clavaron en Vicente, que pálido había enmudecido y le miraba pálido. No supo responder y, después de excusarse, abandonó la casa.

### XIII

#### *El ogro del castillo*

**M**E RECUERDA EL OGRO TERRORÍFICO de los cuentos de mi niñez, pero con cara de bueno. Únicamente su mirada escrutadora denota una gran crueldad disimulada. Es adherente al poder, monolítico, inmutable en su carácter y tiene la sangre fría como los moluscos. No tiene enemigos bajo sus dominios porque los ha matado a todos. Su sentimiento del deber y del servicio pasa por eliminar a sus contrarios. Muchas veces su figura me ha recordado la de algunos dictadores de las Repúblicas americanas, aunque a éste le ha faltado un novelista. Carece del sentimiento del perdón y de la bondad, y es ambicioso y traidor como Judas.

Su figura parece ridícula, pero hace temblar a sus enemigos con sola su mirada. Es astuto, calculador, escurridizo, de pocas palabras, severo, desconfiado y distante. No adora a Baco, ni le interesa Venus. Solo le atrae Marte, el dios de la guerra. Su rostro inalterable le hubiera hecho ser un buen jugador de póker, y de hecho ha jugado y ganado a todos: a los amigos y a los enemigos.

No ha leído a Menéndez Pelayo ni a Giner, pero sabe jugar al mus y ejecutar el órdago.

Nunca tiene prisa para tomar decisiones, y es el tiempo el que las toma por él, excepto con las personas que le han hecho sombra, le molestaron o ya no le sirven.

Durante años —durante demasiados años para mí—, gobierna el país de Atrapa-Tontos y de Atrapa-Listos. En él hay perros pelones llenos de hambre, ovejas esquiladas que tiemblan de frío, gallinas a las que ha cortado la cresta y las barbillas porque son rojas; país donde las bellas y grandes mariposas de colores ya no pueden volar y a los insignes pavos reales les han cortado la cola.

Tras la guerra, España es un país, como en el cuento de *Pinocho*, con multitud de pordioseros y pobres avergonzados. La guerra continúa con él y no se ve el fin de su mandato.

No existe ser humano que le gane recibiendo alabanzas y lisonjas. Sus seguidores le tratan como un dechado de perfecciones; le llaman espada invencible, caudillo de la Cruzada, hombre providencial, trabajador vigilante, salvador del país, figura estelar de la Historia, soldado invicto, dedo de Dios y qué sé yo. Pero lo peor de todo no es que se deje adular, sino que ha llegado a creérselo.

Siempre he pensado que yo, por ser un enfermo tuberculoso, moriré mucho antes que él, pero en los días

febriles me asalta la duda de cómo será su fin. La imaginación, a veces juguetona, me ofrece entonces muchas posibilidades con el dictador, pero para mí la más persistente de todas toma un cariz de humorismo y es, además, por mi parte, la más caritativa. ¿Cómo serán sus últimos momentos, enfrentado a su obra y a su conciencia? Sin pretenderlo, me hace recordar la muerte de don Francisco... Torquemada, el célebre personaje de Pérez Galdós.

En este caso me figuro a la diestra y siniestra del moribundo a los dos seres que desde mi niñez representan la lucha entre la buena y la mala muerte, un ángel a la derecha y Satanás a la izquierda. Solamente que, en su caso, a la izquierda está Santa Teresa y a la derecha el diablo. La lucha tendrá que ser dura y porfiada entre ellos. Cada uno le persuade al oído con palabras lisonjeras y convincentes, pero, desconfiado por naturaleza, el moribundo no se fía de ninguno de los dos. Y menos de una mujer, intelectual por añadidura.

El diablo le habla al oído y le ofrece gobernar a miles de súbditos, alcanzar mayor poder y ser lugarteniente y general en jefe de un ejército innumerable, pero el enfermo se hace el tonto y no contesta ni mueve la cabeza.

La santa piensa entonces en convencerle con mejor prosa y llevarle con sus palabras al reino celestial. Como es lista (las monjas son siempre muy listas), y Teresa de Jesús ha tenido que convencer en su vida a mu-

chos porfiados, comienza dando vueltas alrededor de la cama intentando distraer a la fiera infernal. Da saltitos muy graciosos, le canta canciones de su niñez, le recita salmos y oraciones, pero el enfermo continúa indeciso. ¿Espera alguna otra propuesta más ventajosa quizá? Pero, como con el diablo no se juega, éste empezó a utilizar la fuerza e intentó atraerle hacia sí, tirando fuertemente.

La santa tiene entonces una feliz idea:

«A éste —piensa— hay que hablarle en gallego».

Y muy dulcemente le dice al oído:

—Paquiño, non sexas terco nin cabezán. Vente para meu reino onde atoparás ó apóstolo Santiago, que te protexerá.

Pero al pronunciar este nombre se quedó mucho más pálido. Eso de compartir poder no va con su carácter. El rechazo es inmediato.

Mi fantasía febril seguía con aquel juego de la muerte y esperaba llegar al desenlace y conocer la conclusión. Era como una apuesta y yo pensaba: ¿Quién ganará?

Cuando el señor de los infiernos se vio con ventaja, le cogió y tiró hacia sí, pero la monja no se dejó arredrar y, con el nervio y la voluntad que tienen las mujeres, fue a cogerle a su vez con las dos manos y se quedó horrorizada al comprobar que no podía hacerlo, porque le faltaba un brazo, que el dictador conserva desde 1937, cerca de sí, con otras reliquias.

Y usted pensará: «¿Cómo terminó esta importante batalla, última lucha, que eso significa la agonía?» Es mejor dejarlo en las manos del Señor, porque es preferible ignorar por quién de los dos se inclinará al fin este insólito, nefasto e irreplicable personaje.

#### XIV *Mimí*

CUANDO SOPLA EL NORDESTE, la espera en la cola del pan es un suplicio. Los pies se quedan ateridos de frío y la gente soporta con resignación la tardanza hasta llegar al mostrador donde la panadera corta el cupón, entrega el pan y recoge el dinero, devolviendo la vuelta. Y así avanza, poco a poco, como si fuera una fila de hormigas en busca de sustento.

Para las personas de edad supone un desagradable cometido esta obligación diaria y por eso suelen enviar a los niños. Y luego, además, el aburrimiento originado por la lentitud. Pero todo cambia cuando viene Mimí. Es como si se presentara el circo. Los ojos se alegran, y tan insólito personaje rompe la monotonía.

Llega con una toquilla sobre los hombros y de manera provocativa se pone a la cabeza de la fila dando codazos sin respetar el orden. Entonces empieza la fiesta. Se mete con todo el mundo, insulta y, sobre todo, deja en ridículo al más atrevido. Hace gestos, imita sonidos de animales y algunos otros muy sospechosos cuando se acerca a las personas gordas. Unos ríen y otros la in-



sultan. Pero no tiene solución. Mimí se suele poner a la cabeza de la fila en medio de las protestas y empieza la parte más cómica con la panadera.

—Tres que te pago ahora, y uno que me debes son cuatro, pero si no me llevo los cuatro y te pago dos, quedamos en paz. O sea, tres más uno, menos dos y dos que me debes, está bien, ¿no?

Y en medio de este trabalenguas, se lleva el pan y paga, casi siempre, lo que quiere.

La panadera, una mujer rubia de pelo teñido, sigue cándidamente este diálogo de la pequeña Mimí. Pero con los demás es exigente y respondona para entregar el pan y solicitar la cartilla de racionamiento y el dinero. A mí me llama la atención porque es la única que no se ríe. Muchos creen que es una tontorrón a la que Mimí engaña fácilmente.

Sin embargo, nuestra protagonista es despiadada con las otras mujeres. Se hace cómicamente la coja o imita a la cigüeña apoyándose en una sola pierna y encoge la otra, a la vez que ahueca la toquilla como hacen las aves con las plumas de sus alas.

De despedida nos suele presentar el número de los acertijos. Se coloca fuera de la cola y nos dice:

No es un artista de circo  
ni un bicho de gran belleza,  
solamente que camina  
con los pies en la cabeza.

Mimí comienza entonces a rascarse la cabeza y la gente riendo le contesta al unísono:

—¡El piojo!

Más chistoso es cuando nos pregunta la solución de éste otro:

Ojos de gato,  
pelo de gato,  
nariz de gato,  
patas de gato,  
rabo de gato  
pero no es gato.

La gente contesta despropósitos:

—Dos gatos unidos, siameses.

O dicen:

—Esa eres tú, so bribona.

Pero Mimí hace una graciosa mueca y nos da la solución:

—Es una gata.

Todavía le estoy oyendo decir un tercer acertijo, que yo creo parecido al que emplea, algo modificado, con la panadera.

Pan y pan y medio,  
dos panes y medio,  
cinco medios panes,  
¿cuántos panes son?

Los que no están muy preparados en cuentas se callan, y se hace un silencio hasta que alguno responde:

—Siete panes y medio.

Pero Mimí les replica:

—Son siempre dos panes y medio.

Cuando la insultaban ferozmente, se despedía del respetable con un saludo ceremonioso. Hacía una flexión de cintura, pero al revés. Se levantaba la falda y mostraba el trasero al público dejando ver una braga negra y rota, pero negra por lo sucia.

Llovían entonces los insultos y las risas:

—¡Cochina! ¡Marrana! ¡Raquera! ¡Desvergonzada!

Pero Mimí se mantenía impasible, como si escuchara un rosario de elogios y alabanzas. Y con una cancioncilla en los labios se despedía hasta cuando necesitaba volver.

Para mí fue un personaje insólito de la postguerra, entrañable y simpático al que no todos entendieron. Se contaba que su familia era un desastre y que la joven Mimí era la única que llevaba la casa y mantenía a todos. Por las tardes, vendía castañas en un puesto callejero y entonces regía el negocio con la mayor seriedad, porque, como decía, los negocios son los negocios.

Un día en que le dio mal el horóscopo, se la llevaron unas señoras y no volvimos a verla. Me dijeron que la habían internado en un reformatorio de jóvenes descarriadas.

¡Pobre Mimí!

Nuestra sociedad, siempre caritativa, quiso corregirla y posiblemente la hundió para siempre. Creo que su único pecado fue utilizar la picaresca para sobrevivir en tiempos tan tristes y calamitosos, y también que aquella panadera de mis recuerdos no era tan tonta como suponía la gente.

XV  
*Un día más*

**H**OY ES UNO DE ESOS DÍAS LÁNGUIDOS y aburridos, en los que no me apetece hacer nada. No tengo humor ni para leer ni para escuchar los discos, tantas veces repetidos, de mi gramófono. Y así, permanezco en la cama horas enteras en silencio, sin voluntad para hacer otra cosa que no sea echar a volar la imaginación. Pero ¿qué puedo imaginar yo?

La esperanza, la gran medicina de los enfermos, me lleva a reflexionar pensando en lo que haré una vez curado. Lo primero, terminar mis estudios en la Universidad y estrechar más aún mi relación con Malva, que es quien mejor me acompaña en mis estados depresivos. Lo celebraré viajando en cuanto pueda para conocer otras regiones españolas, pero luego la realidad me hace perder esa vaga ensoñación cuando me percato de que no tengo ni tendré la misma salud de antes o que, posiblemente, no la recobraré nunca. Vuelve el pesimismo. Y entonces pienso en lo que será de mí si continúo con esta maldita enfermedad o si contagio a mis padres.

Hasta la habitación llegan los ruidos de la calle. Sigo contemplando el techo y las paredes de mi cuarto y soy capaz de distinguir, de tanto mirarlos, los menores detalles y hasta el agujero del clavo donde en otra época estuvo colgada la lámina de un cuadro de Jesús andando sobre las aguas.

Desde aquí oigo los pasos de mi madre por la casa y las entradas y salidas de mi padre. De cuando en cuando, mi pobre madre me pregunta si quiero algo y si estoy bien.

A veces, me levanto y miro por la ventana. Las personas se mueven como muñecos, van de un lugar a otro, pero no pueden decirme nada. Caminan como sonámbulos en dirección a sabe Dios dónde. El cielo continúa gris, como mi vida. La ciudad la veo ahora irreal, con muchas esquinas, como si fuera un cuadro surrealista. Allá, a lo lejos, la salida de los barcos me anuncia el camino de la libertad.

Para el tuberculoso la soledad es su perpetua compañera. Son muchas las horas de reposo, durante las que uno lee y piensa, las dos actividades más frecuentes en mi caso. Cuando me canso de escribir, paso muchos momentos en el mayor silencio. Sin embargo, por la mañana me llegan los ruidos lejanos de la calle. Unas veces son los gritos de los pregoneros: el aceitunero, la vendedora de pescado o de amayuelas, las simpáticas areneras que recorren las calles con sus burros pregonando arena de fregar; o escucho el silbato del amola-

dor gallego. Si llueve, oigo el impacto de las gotas sobre los cristales y la bajada precipitada del agua por los canalones. El ruido más grato es el de los niños que juegan en la calle o en la escuela próxima durante el recreo. Oigo sus risas y disputas. Sonríe cuando escucho a las niñas cantar: «Estaba el señor don gato», y me las figuro contoneando sus cuerpos infantiles, ágiles y graciosos. Los ruidos de los niños son como los de los pájaros cuando juegan, se persiguen, se mezclan y se confunden en el aire. Su encanto está en la alegría que transmiten.

La soledad permite al enfermo encontrarse consigo mismo y también con Dios. Me llega, entonces, su mensaje de esperanza que dice:

*«Bienaventurados los que sufren y lloran porque ellos serán consolados».*

En esos momentos pienso que la llave de Dios abre todos los corazones.

El atardecer es para mí un mal momento. Comienzan la fatiga y la febrícula. Algunas veces el insomnio prolonga mis temores y padecimientos. Otras veces, la tos se hace penosa y me invade una inquietud que me obliga a levantarme o sentarme en la butaca. Cuando empiezo a toser, mi pobre madre —que siempre cree que me estoy recuperando— siente un agobio que me transmite sin querer:

—¿Cómo estás, hijo? ¿Te encuentras mejor? ¿Quieres que te traiga algo?

Cuando me ve mal, no dice nada y es peor. En ocasiones la he sorprendido llorando en silencio y limpiándose los ojos con las puntas del delantal. Entonces me doy cuenta de que debo transmitirle algo de esperanza y optimismo, aunque yo no los tenga. Y supone para mí un esfuerzo enorme. No puedo disimular, ni sonreír. ¿Para qué? Pero un hijo no debe hacer sufrir a su madre, ni aun cuando hay motivos para ello.

En estos estados de retroceso, nada me consuela. Las noches se me hacen todavía más insoportables por el insomnio y los sudores. Me invade el miedo y surge angustiada la idea de la muerte.

Casi todos los días mi padre entra en la habitación y charlamos un rato. Le doy —como yo digo— el parte facultativo. No podéis figuraros el sufrimiento que supone para un padre, médico, saber que su hijo no tiene salvación, pero lo disimula admirablemente. Yo sé que hace por mí todo lo posible. Le he preguntado muchas, muchísimas veces, sobre la evolución de la enfermedad y su pronóstico en mi caso, que él conoce con detalle. Otras veces, es él quien me hace preguntas sobre mi estado de salud y le veo leer, horas y horas, en sus libros de medicina. Su rostro es para mí un enigma. No me dice nada. Me mira, me pone la mano en el hombro y sonríe, pero hay mucho sufrimiento o tal vez resignación en esa sonrisa triste y amorosa.

He tenido mala suerte, pero aunque muera joven ha merecido la pena pasar por este mundo en el que he vi-



vido momentos muy felices. Quizá nuestro verdadero mundo sea el interior, pero no quiero renunciar a los múltiples gozos terrenales que están a nuestro alcance. Defiendo el derecho a la vida. No sé por qué estoy en él, pero todo está hecho para que gocemos de lo que existe. Es el hombre el que estropea y dificulta la convivencia con la guerra, la explotación y la esclavitud.

Luego hablo con mi padre de los sucesos de la jornada, que siempre terminan en quejas por no haberme tocado vivir tiempos normales. Aun con poco dinero, sin alimentos y sin perspectiva de futuro, todo lo soportaría si no estuviera enfermo. Solo pensar que puedo morir me aterra por lo que significaría para ellos. Pero la tuberculosis es la enfermedad enemiga de los jóvenes. Conozco casas en las que ha barrido a familias enteras.

Ha comenzado a llover. Caen gotas como lágrimas sobre los cristales. Primero sueltas y luego más numerosas, corren y se unen unas a otras. El aguacero se prolonga durante toda la tarde. Ha oscurecido y enciendo la luz, una luz vacilante debido a las restricciones eléctricas. Si no tengo buen humor, mi padre se ofrece a entretenerme con su conversación.

—¡Cuéntame algo de tu vida! —le digo.

Los hijos solemos saber poco de nuestros padres, menos de nuestros abuelos y nada del resto. Si tuvimos algún ancestro famoso o notable, artista célebre o político, entonces sí suele la gente presumir de ello.

La lluvia sigue arreciando, y la calle queda despo-  
blada. Sin embargo, las tabernas y los bares están reple-  
tos de gentes que hacen lo único permitido, tomar vino  
o un sucedáneo del café, conversar y estar allí al calor  
del ambiente. Pero en estos sitios también se vigila a los  
que están reunidos.

## XVI

*Los falsos amigos de Pinocho*

**E**L ENCUENTRO PARECIÓ FORTUITO, pero no lo era. Cuando mi padre bajaba ayer por la escalera, se encontró con dos personajes en el camino, que le recordaron a los amigos de Pinocho. Le invitaron cortésmente a retroceder y a charlar unos minutos en nuestra casa con ellos.

Le propusieron convertirse en un malsín que denunciara conductas e informara sobre amigos o compañeros suyos.

—Nosotros tendremos una atención especial con usted si colabora con nosotros —le dijeron.

—Mi profesión —les respondió— es la de médico y, aunque ahora no puedo ejercerla, nunca me he dedicado a otros menesteres diferentes y menos de ese tipo —y no sin miedo añadió—: Les advierto que tampoco les iba a ser nada útil. Ignoro el paradero de algunos correligionarios míos que ocuparon puestos de relieve o se exiliaron.

—Pero puede usted escuchar conversaciones o saber qué relaciones tienen algunos de ellos, residentes aquí y muy vigilados por nosotros.

Y a continuación citaron varios nombres.

—Nos parece una buena proposición para usted —apostilló el que llevaba la voz cantante.

—Nos parece una buena proposición —repitió el segundo, como si fuera un eco.

Al temor de mi padre se unía en esos momentos una especial repugnancia por una propuesta que iba contra el honor, la libertad y el compañerismo.

—Insisto en decirles que, en mi caso, no sirvo para esto ni les merece la pena, dado mi escaso trato con personas. Y eso ustedes lo saben.

—Piénselo bien —dijo el que hacía de jefe.

—Piénselo —repitió su acompañante escudero.

Los dos vestían igual, con abrigo azul y los dos llevaban bigote. Estuvieron simpáticos, amables, persuasivos, pero tras unos minutos de conversación se despidieron, supongo que con la convicción de que no iban a conseguir nada.

Desde ese momento, mi padre comenzó a sospechar que él también podría ser vigilado y debía extremar sus confidencias y opiniones, incluso con compañeros suyos.

Cuando se despidieron, al salir, creí ver detrás del abrigo de uno la cola del zorro y que el otro escondía las garras del gato, pero ni uno era cojo, ni su acompañante ciego, como en el cuento de Pinocho.

## XVII

### *La mujer misteriosa*

**D**ESPUÉS DE LA INESPERADA VISITA DE AYER, nos hemos reunido los tres en la cocina y hemos estado hablando hasta bien entrada la noche.

A mi padre se le ha metido en la cabeza que Malva es una confidente de la policía, que nos vigila de cerca o, tal vez, espera sacar alguna información de nosotros.

Pero ¿qué datos podemos proporcionarle si nunca hablamos de política? Mi padre, insiste, testarudo, en que Malva es un personaje sospechoso.

—¿Has reparado —me dice— en que no sabemos prácticamente nada de ella? Ignoramos quién es, dónde vive, nunca deja su dirección y viene a verte cuando le parece. Es una mujer, desde luego, misteriosa. Siempre se va con prisas.

—Todo es verdad, pero jamás nos ha hecho daño, al menos que sepamos.

—Deberías alejarte de ella.

—Eso nunca lo haré —le he respondido—. Yo quiero a Malva, y su fidelidad e insistencia en mantener nuestra relación es una prueba de su afecto.

—Precisamente lo contrario, repuso mi padre. Siendo tú un joven gravemente enfermo y sin posibilidades, te hubiera dejado ya hace tiempo de no tener un interés especial en estar cerca de ti.

Mi madre salió en mi defensa:

—Deja en paz al chico —dijo—. No le amargues la existencia. Si nosotros no conspiramos ni estamos ahora metidos en política, ¿qué podemos temer?

Los tres, reunidos ante la mortecina luz de la cocina, parecíamos un grupo de conspiradores.

La conversación me ha disgustado.

—El tiempo me dará la razón —añadió mi padre—. No queréis dar el brazo a torcer.

Mi madre nos hizo reír cuando le replicó, molesta:

—Entonces somos como la Venus de Milo. Esa nunca da el brazo a torcer.

A través de la ventana veíamos a lo lejos alguna luz encendida y nos llegaba el silencio penetrante de la calle. La noche lo invadió todo.

La verdad es que nunca hubiera relacionado a Malva con la visita de ayer, pero tengo que reconocer que lo que dice mi padre tiene algún fundamento. Mientras mi madre retiraba la vajilla, poniendo aparte mis platos y cubiertos, escuchaba la propuesta insistente de mi padre:

—Intenta, Andrés, saber algo de ella, y creo que debes preguntarle directamente por su familia y su dirección. Es lo menos que podemos conocer de su vida.

.....

Mi madre nos dice que está cansada y que quiere acostarse.

—¿Por qué no lo dejamos? Y tú, hijo, de todos modos, procura ser prudente.

—Pero prudente ¿en qué? —le he contestado—. Si hubiera alguna sospecha sería sobre Vicente, pero siempre fue amigo mío y, en este caso, nos conoce bien. Más bien creo que sus visitas a esta casa, lo único que pueden acarrearle son perjuicios políticos.

Y así quedó todo. Pero la visita de ayer nos dejó atemorizados.

## XVIII

### *Retorno a la infancia*

**A**L ANOCHECER, cuando la febrícula inicia su descenso, mi buena madre viene a la habitación a leerme algunos de los cuentos de mi niñez, que todavía guarda como un relicario. La pobre ha olvidado que ya no soy párvulo. Ante la primera lectura tuve que hacer esfuerzos para no reírme de su ingenuidad. Pero me pareció cruel y quise, por respeto, seguir el juego. Con el tiempo lo acepté como algo habitual, necesario. Su voz delicada y la ternura que ponía en la lectura embargaron mi espíritu de hombre enfermo.

Son las mismas páginas que leyerá antaño. Cuentos de príncipes encantados, de hadas madrinas, de gnomos bienhechores que ayudaban a los hombres enfermos, extraviados en los caminos o afligidos por la pérdida de las cosechas o la muerte del ganado. Es como un retorno a mi infancia.

Algunas noches repite un cuento triste que fue en otro tiempo mi preferido. Es el de *Anita la fosforera*, de Andersen. Cada vez que la atherida niña encendía una cerilla, se le aparecía la imagen de su abuela muerta que



reconfortaba su espíritu abatido y su cuerpo helado cuando vendía fósforos en la calle, un frío día de Año Viejo. Otras veces, trae un curioso libro de máximas políticas y morales, donde vienen ficciones protagonizadas por animales, escrito, según creo, por un religioso jesuita. Me lee algunas de ellas, como el curioso diálogo entre la liebre y la zorra, en que la primera presumía de ligereza y de poder burlar al más rápido lebel. Pero la vulpeja le hacía ver cómo, por su parte, le ganaba en ingenio y sagacidad para poder librarse de los cazadores, capacidades éstas que la conducían siempre al éxito. Y a continuación, el libro comenta la máxima que dice: «Sin prudencia, no hay aciertos».

Otro día me leyó esta otra fábula que me hizo reír. Una leona, molesta porque le olía mal el aliento a su compañero, le comunicó desdeñosa su desagradable defecto. Entonces el león, para acallarla, se comprometió a someterse al arbitrio de otros animales. Topó con un lobo y le propuso que le diera su opinión. El lobo, temiendo enojarle, le dijo que su aliento olía a puro ámbar, pero molesta la leona, en desacuerdo con la respuesta, comenzó a darle zarpazos, a los que contestó el león con otros más fuertes buscando la ratificación, con lo cual le desollaron vivo entre los dos.

Al poco rato se encontraron con la zorra, a la que propusieron que diera su dictamen. La zorra, temiendo daño por ambas partes, cauta y sagaz, le contestó con voz gangosa: «Señor, no puedo oler ya que estoy muy

acatarrada». Y terminaba el apólogo con esta moraleja: «O callar o mentir».

En nuestra situación, tener que soportar al final una moraleja me parece demasiado cruel. Pero ¿es que los perdedores de la guerra necesitamos moralejas? Me rebelo contra una supuesta culpabilidad. A nosotros los zarpazos nos han venido de todas partes.

—Menos mal —le dije riendo a mi madre— que por ahora no nos huele mal el aliento.

A medida que avanza la lectura, mis ojos se cierran lentamente para volverse a abrir a duras penas. Estas narraciones me conducen por los caminos de la fantasía e invento otros finales para aquellos cuentos en los que siempre ganan los buenos. Pero ¿es esto verdad? Qué bonito si fuera realidad que un gnomo simpático y gordinflón viniera a traernos la solución a nuestros problemas diarios. Pero casi siempre en la vida triunfan los malos y pierden los buenos.

En la duermevela escucho la lectura como un susurro y únicamente percibo las sirenas de los barcos que abandonan el puerto o entran por la bocana. Otras veces, el viento me trae el silbido lejano del tren que recorre la costa.

Aquí, entre las sábanas, escucho, como final de la jornada, las curiosas meditaciones *Del sabio instruido de la naturaleza*.

## XIX

### *Encuentro desafortunado*

TENGO QUE CONFESAR que temía mi próximo encuentro con Malva y no sabía cómo acometer la empresa de preguntarle sus propósitos. No me atrevía y, además, estaba muy nervioso. Al fin opté por decirle lo que nos había sucedido y le confesé, sinceramente, nuestras sospechas y cómo llegamos a dudar de ella.

No sé si le di pena o le hizo gracia, pero empezó a reír.

—Mira, Andrés, en estos tiempos perjudicar a una persona es muy fácil —me dijo—. El servicio de información sobre las familias es casi perfecto, precisamente porque el Régimen no respeta los derechos ciudadanos, y las informaciones le llegan de múltiples procedencias, tanto políticas como religiosas, además de por testimonios y antecedentes. En cada casa hay un jefe político de escalera. ¿Para qué iba yo a vigilarlos? Si hubiera querido, habría podido ahondar aún más en vuestra desgracia. ¿Queréis conocer mi vida y mi secreto? ¿Es que tenéis alguna prueba que os haga dudar de mí? Concédeme al menos la virtud de la prudencia en la mujer. Yo

he propiciado nuestra amistad y no creo que tengáis sospechas de mí, ni tampoco debéis temer nada mientras todo continúe igual. Y, sobre todo, hay otra razón que avala mi inocencia, y es que resulta absurdo que lleve tanto tiempo con vosotros para algo que no es útil ni necesario. Vuestras vidas las conocen bien en el servicio de seguridad y por ello no os temen, porque los pasos y los objetivos los tienen bien contrastados. Tranquilizaos y respetad vosotros el secreto de mi vida. Juzga a las personas, Andrés, por su conducta y no por su apariencia. Hay gentes que parecen buenas y no lo son.

Mientras Malva hablaba me di cuenta de que todo lo que nos había ocurrido era producto del miedo a lo desconocido, por no tener claro el futuro de nuestras vidas. El miedo y la inseguridad son las armas que perpetuamente amenazan a los vencidos. En nuestro caso, el miedo es como una enfermedad contagiosa. Precisamente hace pocos días hubo un redada importante de uno de los grupos políticos que trabajan en la clandestinidad. Un niño pequeño llamó a casa y nos advirtió que habían detenido a su padre. Aunque no estamos comprometidos en nada, nos avisó y pidieron que lo comunicáramos a un amigo nuestro, curiosamente un sacerdote joven, para que lo transmitiera y lo comentaran después las emisoras extranjeras francesas e inglesas. Las emisiones en español de la BBC son muy escuchadas por los republicanos. Cuando se trata de grupos comunistas lo emiten con especial preferencia las emisoras rusas.

Malva me tranquilizó y comenzó a hablar de cosas bellas, que son, por cierto, las únicas que merecen la pena y tienen algún aliciente en la vida. Todo salió bien, pero permanece nuestra duda: ¿Quién es, en realidad, Malva?

## XX

*Intermedio campestre*

**M**E HAN RECOMENDADO QUE VAYA A UN SANATORIO, pero, dado mi estado de pronóstico grave, mis padres se han negado. Prefieren que muera en casa, aunque, naturalmente, no me lo dicen. Sus palabras son siempre de aliento:

—Esto es muy lento. Tienes que hacerte a la idea de un largo reposo.

Sin embargo, veo con frecuencia a mi madre llorar a escondidas. Es mi mayor tormento. Con las mayores precauciones maneja y separa mis ropas y enseres para evitar un contagio. En el fondo, quizá piensen que, si yo muero, no merece la pena para ellos seguir viviendo.

Mi padre, después de consultar al especialista, ha transigido en dejarme ir unos días a un pueblo vecino, a una casa alquilada de una parienta nuestra que tuvo también un hijo tuberculoso. Me consuela la idea de salir de mi habitación, cuyas paredes me abruman. Este viaje me ha hecho mucha ilusión y sueño con que, ya avanzada la primavera, pueda estar en el campo. Esta dosis de esperanza me ofrece ánimos y comienzo a pen-

sar en los preparativos y las cosas que llevaré conmigo: ropas, libros y mi inseparable cuaderno de notas.

El viaje se retrasará, ya que esta primavera ha venido fría y lluviosa. La impaciencia me consume y deseo cambiar de panorama. Ya sé que no me curaré, pero necesito este tratamiento psicológico. Mi madre irá conmigo, porque, de otra manera, ni pagando el doble atenderían a un tuberculoso.

\* \* \*

Por fin he llegado al pueblo. Nos han alquilado una casa vacía con cocina y dos habitaciones. Hemos llevado la ropa de cama y nuestros enseres personales. No tiene muchas comodidades, pero es suficiente. Mi madre, con el tesón que le caracteriza, confía en una mejora de mi estado. Si en algo tengo esperanza es en que significará una buena cura para mi espíritu.

Mi vida en líneas generales es la misma de antes, pero todos los días, si no hace malo, me asomo a la calle y paseo o estoy sentado a la puerta de casa contemplando directamente el campo. Camino de las mieses veo las pequeñas huertas, y un poco más allá un grupo de árboles gigantes hacen guardia en hilera. Al atravesar el pequeño puente, sobre el que pasa el tren de cercanías, diviso un bello paisaje con verdes arbustos, refugio de los pajarillos, matas que me recuerdan un cuadro del pintor Agustín Riancho.

Cansado de haber pasado tanto tiempo en la cama dedicado a la lectura, me complace ahora pasar las horas observando la naturaleza. Veo cómo el viento mece las hojas de los árboles, distingo las diferentes tonalidades del color y, sobre todo, escucho los ruidos habituales del campo. Desde la ventana de la habitación percibo la campiña con sus múltiples variantes del verde: el intenso de los arbustos, el mediano de las hojas de los árboles y el claro de las praderías. Sin la lluvia no existiría aquí el verde del entorno, ni podría explotarse la vaca, el tótem de la Montaña. El paisaje es aquí de una belleza apacible. No tiene la severidad del de Castilla, por más que tanto el mar como los ríos de Cantabria pierdan, a veces, su habitual mansedumbre. Hasta los árboles tienen su personalidad geográfica acompañados de arbustos y matorrales. Con el otoño, las hojas de los árboles se pintan de tonos amarillos y ocres. El viento las zarandea y dispersa y ya secas forman una mullida alfombra en los caminos, que, al caer sobre los verdes prados, me recuerdan un cuadro impresionista. Sabré cuándo comienza el otoño al florecer la yedra en la que los insectos buscan su néctar. Esa será la señal de mi partida.

La gente del pueblo se va familiarizando con mi presencia. Cuando pasan junto a mí, me saludan cortésmente y continúan su camino. Ya sabrán quién soy y pensarán:

«Es el chico tísico».



Solo los niños pequeños se acercan y me contemplan largo rato en silencio. Forman un grupo muy gracioso, lleno de ingenuidad y de ternura. Me miran con gran prevención y curiosidad. Supongo que les llama la atención mi aspecto pálido y enfermizo. Yo les hablo, pero no me responden.

Ayer sucedió algo que me emocionó. Una niña del grupo se acercó y me entregó en silencio unas florecillas silvestres. Pensé que habría oído en su casa que me queda muy poca vida y le habrá dado pena de mí. El gesto tierno y amable de la criatura me conmovió tanto que mis ojos se humedecieron y apenas pude darle las gracias.

Desde donde estoy sentado, diviso los pueblos próximos con sus casas blancas y tejados rojos, en cuyo conjunto se destaca la espadaña de la iglesia. En lo alto veo el cementerio y, sin querer, la imaginación me lleva a pensar en ese lugar. Y más lejos diviso las sierras pobladas de cabañas, ganado, vaqueros y leyendas.

Hay unos sonidos para mí entrañables en el campo. El canto de los pájaros y el cacareo de las aves domésticas por la mañana, que me recuerdan otros tiempos de mi infancia; el tañido de la campana del pueblo me anuncia la misa o el rosario de la tarde, al que acude mi madre, y el sonido de la esquila del ganado me llega más lejano.

Todos los días mi madre me pregunta si me ha bajado la fiebre y si tengo menos tos y expectoración. Le he

dicho que, por favor, no se obsesione y que anotaré las incidencias diarias para transmitírselas al médico en la próxima revisión. De momento, solo pienso que me encuentro mejor de ánimo. Este viaje al pueblo ha sido un gran acierto.

Algunos amigos sugieren a mis padres que me someta a un tratamiento quirúrgico. Los médicos no son partidarios, dado mi estado y extrema debilidad. Tampoco yo estoy muy animado. Quizá me ha influido el haber leído en los libros de mi padre que en el siglo pasado, Biondi, autor de la primera pneumectomía, quedó tan impresionado por la muerte inmediata del enfermo, que se suicidó.

Este mes de mayo es el más bonito del año. Todavía las mañanas son algo húmedas y frías, y no salgo de casa hasta el mediodía. Es la época de la siembra de las alubias y del maíz. Frente a mi puerta pasan los carros con yerba y me saludan los hombres que los conducen con las bridas en la mano.

En estos momentos de penuria y de hambre, los únicos que se defienden son los que trabajan en el campo y no les falta de comer. A veces, los aldeanos, sabiendo que estoy «de reposo», nos regalan alimentos. Mi madre cree ingenuamente que la tuberculosis se cura cebando a los enfermos y haciéndoles comer a todas horas: leche, carne, frutas. No se da cuenta de que mi aparato digestivo no lo resiste. El médico le ha dicho lo mismo, pero ella confunde cantidad con calidad y no

tiene en cuenta mi falta de apetito. La tuberculosis hoy por hoy es incurable en su fase avanzada y son muchas las familias en las que se ha llevado a muchos jóvenes. La tuberculosis es la dura prueba de la juventud, nuestro terror constante.

Al atardecer me gusta contemplar el campo cuando la luz se apaga y llega lentamente el crepúsculo. El sol se oculta por poniente, y entonces resaltan aún más los tonos intensos de color al oscurecer el bajo monte. Los pájaros han dejado de cantar y no ladran los perros. En el cielo ya no se ven los vencejos, y una luz clara en el ocaso anuncia el véspero. Ya no se oyen gritos ni llamadas de los montes vecinos. El cielo se torna azulado y gradualmente avanza la noche. Todavía distingo los componentes del paisaje. Los últimos rayos enrojecen el firmamento. Con la noche comienza el reinado de las aves y de los insectos nocturnos.

## XXI

### *Parábola*

CUANDO LLEGA MALVA, se forma en torno suyo un pequeño grupo al que le gusta escuchar sus palabras. Vienen mis padres y alguno de mis amigos del colegio o del Instituto que se agrupan junto a la mesa camilla o se sientan en el suelo a cierta distancia de mí. Yo les escucho desde el interior de mi habitación, como es lo conveniente y obligado en el caso de un tuberculoso. Sin embargo, mi padre sabe que esto no es correcto sanitariamente. Frente a ellos, parezco un profesor presidiendo la escena.

Otras veces, cuando hace bueno, salimos al campo y, sentados en la yerba, Malva nos habla bajo un roble, como si fuera la reunión de un antiguo concejo pueblerino.

Esta vez ha salido de mí la propuesta del tema de conversación:

—Malva, hablemos de la muerte.

Como si fuera un juego de acertijos se dirigió a cada uno de nosotros y nos dijo:

—Decidme cómo la entendéis vosotros.

—Para mí, la muerte es la desilusión de la vida  
—dijo Vicente.

Mi padre adelantó su opinión de esta manera:

—La muerte se origina cuando el alma abandona el cuerpo.

Así fueron formuladas otras definiciones. Cada uno apuntó sus ideas de forma muy diferente en cada caso. Yo le dije:

—Es una ley inexorable de la que no se libra nadie.

Malva escuchaba atenta cada una de las opiniones que surgían del grupo. Unos adujeron como explicación el desgaste y envejecimiento de la máquina humana, otros la paralización de las funciones fisiológicas vitales, como la circulación o la respiración. Un estudiante de medicina, presente en el grupo, la identificó con la muerte cerebral y hasta hubo quien opinó que era el final de la perpetuación individual en este mundo.

Cuando iba a comenzar la segunda ronda de opiniones, Malva dijo que quería intervenir.

—Habéis hablado bien. Todas las definiciones valen. Cada uno a su manera habéis recogido lo que es la muerte, pero quiero preguntaros ahora: «¿Quién es el causante de la desaparición del ser humano?»

Aquí hubo discrepancias. Una parte de los opinantes acusaba a la enfermedad y otros a la muerte.

—La muerte es el final, el resultado, pero no el motivo —dijo ella—. Hay causas internas y externas, pero lo más curioso es que muchas veces la conducta del hom-

bre es el origen de la extinción de su propia vida. El cuerpo humano —siguió diciéndonos Malva— es una máquina perfecta y quizá la única que se autorrepara cuando la agresión no es intensa, pero de igual modo es frágil en ciertas situaciones. Se puede producir la muerte instantánea cuando se lesiona la base del cráneo. La vida es un privilegio y un lujo en el universo, por eso hay que defenderla. Pero no debe olvidarse que es una máquina hecha, tarde o temprano, para destruirse y desaparecer. El organismo se va deteriorando poco a poco, no sin defenderse. Y el hombre se prepara también psicológicamente para la muerte.

—¿Y se podrá algún día prolongar la vida y conseguir la inmortalidad? —preguntó muy interesado mi amigo el estudiante de medicina.

—No lo creo, ni lo considero conveniente. En la Naturaleza no se produce en ninguna especie. La prolongación de la vida y la entrada en la inmortalidad llegaría a originar infinidad de suicidios. La vida se haría difícil, monótona, carecería de interés y se volvería egoísta e imposible y, además, se perpetuarían el error y la maldad, que tanto abundan. La superpoblación haría imposible la existencia y no se produciría la renovación, necesaria en la Naturaleza. Es también conveniente que muera el más preparado o los que consideramos autoridades en la ciencia para que sus discípulos o futuras generaciones corrijan sus errores y avance la investigación. Si no fuera así, seguiríamos con las teorías de los

grandes maestros que fueron anticipo de nuestro progreso. Y así ocurriría en todo. La única manera de perpetuarse es mediante la reproducción y la descendencia, pero no olvidéis que estamos hechos para desaparecer individualmente. Cada uno de nosotros somos únicos e irrepetibles. Representamos una isla en el universo, un «microcosmos», como decían los antiguos. Por eso estamos solos y tenemos nuestra propia aventura existencial, pero dependemos necesariamente de los demás y ellos de nosotros, hasta que llega la muerte y nos unifica a todos. Luego entraréis en el reino del olvido. Lo importante no es vivir mucho, sino vivir bien o, al menos, dignamente, pero el mundo, quiero decir los hombres, han escogido una vía falsa, un código erróneo, y es éste el que convierte al hombre en lobo para el hombre. La guerra es la forma masiva de destrucción. Vosotros sabéis lo que tarda un ser humano en ser rentable para el resto de la sociedad. Hay unas etapas de formación improductivas, digámoslo así, y luego la brevedad de la vida acorta con la vejez ese escaso periodo de integración útil del hombre o la mujer en la sociedad.

Los asistentes escuchábamos en silencio a Malva con el mayor interés. Queríamos hacerle muchas preguntas, pero ella continuó su exposición.

—La guerra ha destruido la juventud más florida de España. En nuestra guerra murieron los más aptos y preparados, los románticos y los idealistas. Con la per-

fección de las armas, la destrucción se hace masiva. A título de ejemplo os diré que, en la Guerra Europea, en los cinco primeros meses ya habían muerto en el ejército francés 260.000 personas y no quiero contaros lo que vino después. Y total, ¿para qué? ¿No pudo evitarse? Desde luego, si uno de los beligerantes no quiere es imposible. Esos hombres jóvenes hubieran hecho prosperar los campos y la industria francesa, el estudio y la investigación de su país o simplemente hubieran vivido, que es el derecho más sagrado de quienes vienen a este mundo. Las cifras han sido también elevadas en nuestra guerra civil, fratricida, despiadada y horrenda. Las plazas de toros sirvieron de refugio de prisioneros y, a veces, al no saber qué hacer con ellos, temiéndose un levantamiento, fueron eliminados.

Hizo una pausa y prosiguió:

—Sí, el mono evolucionado ha resultado agresivo y codicioso. Del palo ha pasado a la destrucción masiva. ¡Cuánto sufrimiento, cuántas viudas y huérfanos fueron igualmente víctimas de nuestra guerra! Pero hay otras formas de muerte inexplicables y, sin embargo, fáciles de solucionar. Me refiero a la muerte por hambre en muchas zonas del planeta. La alimentación es un derecho de todo ser humano, que en muchos lugares no se cumple. Toda persona tiene ese derecho y necesita comer al menos una vez al día. Pero ¿se observa esta ley incluso en los países más prósperos? Quiero recordaros a una gran parte de la población con millones de ham-



brientos en la India y no solo los parias; a los niños de la postguerra en Europa, a los que viven abandonados en las calles de las grandes ciudades, a las poblaciones indígenas campesinas y urbanas de Iberoamérica o a los habitantes de las áreas desérticas africanas o carentes de recursos, muchos sin padres ni nadie que los socorra. Las hambrunas originadas por las sequías, las guerras o la explotación de los campos en provecho de unos pocos originan grandes mortandades. Los abisinios gastaron en armas lo que necesitaban para comer. ¿Habéis visto sus cuerpos? Parecen esqueletos cubiertos de pellejo, enfermos e indefensos. Son seres cuyas vidas no llegan a la madurez. La mortandad infantil alcanza en estos lugares proporciones horribles. Engendrados se convierten por el hambre en carroñas vivientes. El campo de Bergen Belsen fue un ejemplo de extenuación y muerte de seres humanos.

—¿Y qué se puede hacer? —le pregunté a Malva.

—Con ellos creo que nada —me respondió—. Son personas irrecuperables, al darles ya tardíamente alimentos. El organismo, a consecuencia de ayunos prolongados y agudos va consumiendo sus propios materiales energéticos, y devora, por así decirlo, sus mismos tejidos, atentando incluso contra los órganos fundamentales, que van perdiendo peso. El cerebro intenta mantenerse para evitar el final, pero fallecen pronto. La muerte convive con ellos. ¿Pero es justo que perezca la gente por hambre y sobre todo los niños?

Malva nos miraba uno a uno y quería escrutar nuestros pensamientos.

—Ya sé que esta conversación es molesta, pero es que nuestra sociedad elude y esconde lo que araña la conciencia. Y no hablo de la explotación en el trabajo, incluso de niños y mujeres, la ignorancia en que se mantiene una gran parte de la población, la falta de viviendas dignas, etc. Son formas modernas de esclavitud. Creo que fue Bernanos quien escribió que las máquinas parecen hechas para producir parados. Pero también los hay en lugares sin máquinas. Reponerlas cuesta mucho, pero no sustituirlas por personas mal pagadas. Evita el hambre para que no haya delincuencia, la causa primera. Si la gente hubiera conocido las denuncias sobre el empleo de la población proletaria en el trabajo y los debates de la Comisión de Reformas Sociales que tuvieron lugar en 1884 y 1885 en España, así como los informes sobre las formas de vida e instrucción de las clases obreras, su participación en la guerra civil al lado de la República habría sido al menos comprendida. Recordad:

*«No robes al pobre, porque es pobre,  
ni quebrantes en las puertas al desvalido.  
Porque Yahvé defenderá su causa  
y despojará a los que le despojan».*

El hambre que han pasado en los países europeos en conflicto —continuó— es muy parecido al que soportamos en nuestro país, primero durante la contienda y

ahora en la postguerra. Pero, cuando todo termine, olvidaremos que ese fenómeno existe como una endemia en muchas regiones.

Estábamos tan sobrecogidos que no nos atrevíamos a hablar. Sin embargo, uno de los asistentes nos recordó la insólita respuesta de aquel pintor que, al ser preguntado qué salvaría en el incendio de un museo, replicó que el gato.

—Sí, parece exagerado —añadió Malva— pero quizá sea el mejor ejemplo de sensibilidad y respeto ante un ser vivo. Si en lugar de un gato ponéis una persona, decidme: ¿Quién apostaría por un cuadro? Si quieres ayudar a estos cadáveres vivientes, hazles al menos una caricia antes de morir, en la que vean el amor de sus semejantes. Pero un revolucionario actuaría de otra manera.

—¿Qué haría? —preguntó Vicente.

—Te lo diré —añadió Malva—. Para evitar su sufrimiento los remataría y luego te mataría a ti y a mí por consentidores y culpables. Hay muchos animales, incluso en explotación, que viven mejor que muchas personas, y ello es, al menos, injusto.

Para cambiar de tema y evitar el tono deprimente que cobraba nuestra conversación, no sin sorna, nos volvió a preguntar:

—¿Qué forma de muerte elegiríais?

—A mí —le respondí— me gustaría que Morfeo, el sobrino de Tánato, me llevara a su apacible reino.

—¿Y a ti? —le preguntó a Vicente.

—Yo me conformaría con morir, igual que Argantonio, el rey de los tartesos, a la edad que creo llegó a tener de ciento cincuenta años. Según el *Génesis*, Noé vivió todavía más, hasta los novecientos cincuenta. Supongo —añadió— que estas cifras están dentro de la leyenda. De todas formas —y empezó a reír— no debió serle muy grato llegar a esa edad, ya que después de estar tanto tiempo rodeado de agua en el arca tuvo que padecer mucho reuma. Pero tampoco debe de ser mala muerte —y volvió a reír— la que tuvo el pretor Cornelio Galo, que falleció en los brazos del amor, coincidiendo el espasmo con el orgasmo.

La respuesta fue acogida con risas por los asistentes.

—Tú sabes mucho —le dijo Malva.

Fue Vicente, entonces, el que dirigiéndose a ella le preguntó cómo le gustaría morir. Sin dudarlo nos respondió con presteza:

—Salir de este mundo como Elías en el carro de fuego que le condujo al cielo. La verdad es —añadió— que nadie quiere abandonar este mundo. Por eso se debe gozar de la existencia, pero no con la riqueza o los falsos placeres mundanos como muchos creen. Hay una vida plácida y normal, que exige muy poco. Aferraos a ella, como el cardenal Gaspar de Quiroga, arzobispo de Toledo en el siglo XVI, que, cuando una vez le dijeron que era «triste cosa morirse un hombre y no ir al cielo», dicen que respondió: «Y aunque vaya». Pero comprue-

bo —nos dijo Malva como remate— que no he escuchado ninguna respuesta de carácter religioso. —Y a continuación sugirió—: Aproximaos a la iglesia del cercano pueblo de San Vicente de la Barquera y leed el bellísimo texto de la estatua yacente del canónigo e inquisidor de Sevilla, Antonio del Corro, que dice:

*«El que aquí está sepultado,  
no murió, que fue partida  
su muerte para la vida».*

Mi madre se atrevió a preguntar, temerosa, por el infierno. La contestación de Vicente nos volvió a hacer reír a todos:

—¿Usted cree que nos pueden dar todavía más palos en el otro mundo? Supongo, doña Águeda, que no irá a semejante lugar, pero si tuviera esa mala suerte escoja como destino el infierno español. Seguro que no encuentran allí las cerillas cuando vayan a encender el fuego o se han dejado abiertos los grifos del agua.

Malva recogió el hilo de la conversación:

—Todos los seres humanos nacemos y morimos de un modo semejante, y es muy posible que sea también idéntica nuestra aventura de ultratumba, pero de momento llevaos siempre bien con los linfocitos y con vuestra conciencia.

Ahora la tertulia derivó por otros derroteros. Alguien le preguntó:

—Oye, Malva: ¿y después de la vida qué hay?

—No intentéis rasgar el velo del secreto —nos respondió—. Una de las leyes que permite la vida es ignorar cuándo y cómo vamos a morir. Y este es un tema tabú del que no se debe hablar. De otra manera la vida sería un suplicio.

—Sobre anuncios de muerte existen muchas leyendas muy curiosas de las que nos habla la condesa D'Aulnoy —añadí yo—. Contaba esta perspicaz viajera del siglo xvii que, en el convento de Santa Clara de Valladolid, había en el coro una estatua que lloraba cada vez que moría un familiar de alguna de las monjas, y en Velilla de Aragón, una campana que, al tocar sola, anunciaba la proximidad de alguna muerte. Otra leyenda análoga decía que en el convento de Córdoba de los Hermanos Predicadores la campana sonaba cada vez que fallecía uno de los frailes, pero en este caso con suficiente anticipación para que se preparasen a bien morir.

—Más bien creo yo —añadió mi padre— que serían los religiosos quienes tocarían la campana cuando alguno estaba en trance de agonía para anunciar que debía recibir a tiempo los últimos sacramentos. Por cierto, he oído contar una anécdota graciosa, muy extendida en el Vaticano, de que los cardenales suelen morir de tres en tres. Por eso, cuando fallece el primero, los demás se confiesan; al dejar de existir el segundo, los restantes hacen testamento; y cuando expira el tercero y ha pasado el peligro, los compañeros, tranquilos y sin cuidado, se reúnen todos y lo celebran con un banquete.

—Algunos animales —intervine yo— presienten la muerte. Cuando agonizaba mi abuelo, solía contar mi padre que el perro estuvo todo el tiempo muy inquieto y aullando lastimosamente. Se han dado casos, incluso, de morir de tristeza sobre la tumba de su amo.

—Aunque estemos condenados todos a morir —prosiguió Malva—, la vida por sí misma es el más grande privilegio de la creación. Es una flor que se marchita pronto, de la que debes aspirar su aroma y contemplar la belleza de su entorno. Y, contestando a tu pregunta, te diré que lo que viene después de la vida tiene dos opciones. La de la fe, común en las personas creyentes de cualquier religión, y la que eligen los agnósticos, eclécticos y nihilistas, en espera de que algún día la ciencia les aclare ese misterio. Pero ello no quiere decir que unos sean los buenos y los otros los malos. Creencia y moral no tienen por qué coincidir. Desde las más antiguas culturas el hombre ha creído en un Ser Supremo.

—¿Y cómo le definirías —le preguntó mi madre?

Malva nos respondió en griego y luego lo tradujo:

—*Dios es amor*. Es la definición de San Juan, la más clara y convincente. Si no le gusta, no busque usted otra mejor. La de los teólogos le va a contentar menos.

—Háblanos ahora del alma —le pregunté.

Malva nos miraba complaciente a cada uno de nosotros y nos contestaba sin cansarse, porque la enseñanza decía que era una misión sagrada y reservada a muy pocos, aunque muchos se llamen maestros.

—Los antiguos, por ejemplo —me respondió—, se empeñaron en localizar el alma en diferentes lugares del cuerpo, y así, para Demócrito y Platón, la que llamaban animada residía en la cabeza, ya que admitían varias clases de almas en otros lugares corporales. Aristóteles hablaba incluso del «alma» de las plantas. Platón se manifestó dualista y nos consideraba formados de cuerpo y alma. La muerte sería, a su juicio, la separación de ambos componentes. Si lees *Fedón* encontrarás en algunos de sus diálogos un anticipo cristiano. Descartes creía que el lugar de unión del alma y el cuerpo estaba en la glándula pineal, en el cerebro; La Mettrie identificaba el alma humana y la animal y llegó a pensar que el hombre podía entenderse con los orangutanes empleando el lenguaje de los sordomudos. Estas teorías de la localización fueron rechazadas por el médico y anatómico alemán Franz Joseph Gall, buen conocedor del sistema nervioso. Se dio el caso de que un autor compañero suyo, Samuel Thomas Sömmerring, escribió una obra curiosísima titulada *Sobre el órgano del alma*, defendiendo la localización en el cerebro. Por si os interesa, os diré también que el filósofo Manuel Kant opinaba que, tras la muerte, el otro mundo no era otro lugar, sino otra intuición.

La tarde iba avanzando y en medio de este diálogo, de preguntas y respuestas, solo se escuchaba como música de fondo el tic-tac del reloj de péndulo que, a las ocho, nos anunció con sus campanadas la plena noche.



Antes de terminar, no puedo recordar a quién de nosotros se le ocurrió preguntar sobre la muerte de los animales. Malva me miró y me dijo:

—Contesta tú, Andrés.

Yo sabía por qué se dirigía a mí. En Madrid solíamos ir de espectadores a la Escuela de Veterinaria, para ver operaciones en animales, gracias al permiso de un amigo nuestro, profesor. En la Escuela había un consultorio público al que acudían ganaderos y particulares con los animales enfermos. Asistían, sobre todo, arrieros con caballerías. La patología de las cojeras tenía entonces especial importancia, como ahora. La consulta formaba un cuadro pintoresco cuando se veía a los dueños formando cola con sus animales. Era una especie de hospital ganadero asistido por unos cuantos veterinarios que, a la vez, explicaban sus lecciones a los estudiantes.

El potro de herrar servía, a veces, para sujetar a los animales, y allí se realizaban curas e intervenciones quirúrgicas con los de mayor tamaño. Para los pequeños se empleaban varias mesas de operaciones. Recuerdo una vez en que trajeron un gato golfo para caparlo. La cosa no era una broma. El gato defendió sus atributos de macho con auténtica fiereza, y la operación no resultó nada fácil. Curvó su espinazo como un trapecista, bufó, sacó sus uñas aceradas y atacó a uno de los veterinarios, al que destrozó la cara a arañazos hasta que, en un descuido, se les escapó y salió huyendo como alma que lleva

el diablo, en medio de los gritos y las risas de los asistentes. Estoy convencido de que si entonces no llega a convertirse en fugitivo, el gato les hubiera capado a ellos.

—Los animales —dije, respondiendo a la pregunta— mueren la mayoría de las veces igual que nosotros e, incluso, compartimos con ellos muchas enfermedades. Nos ganan en que no tienen un sentimiento claro de su fin, pero sufren y reaccionan ante el dolor de una manera casi idéntica a la nuestra. Un día llegó un niño con su madre. Traían una perrita gravemente enferma en una cesta de mano con dos tapas. El pobre animal se quejaba continuamente. La maternidad la había matado. Tenía las crías muertas y, al no poder abortar, hubo forzosamente que operarla. ¿Recuerdas, Malva, cómo miraba angustiada al niño, pidiendo que la salvara? Reunidos los asistentes en torno suyo, con el mayor silencio, veíamos en aquellos ojos, de aspecto ya vidrioso, la presencia de la agonía. Y, en efecto, murió pocas horas después de operada. La peritonitis había actuado rápidamente. La marcha del niño llorando y sin la perrita fue un espectáculo triste y desagradable. Incluso, animales como los bóvidos, más resistentes al dolor que otras especies, denotan, en algunos casos, el sufrimiento profundo. Hay una enfermedad específica de ellos llamada «Fiebre catarral maligna», que no tiene cura. Los veterinarios me han contado que se presenta con fiebre alta, disnea, taquicardia, lagrimeo, alteración de

las mucosas y del sistema nervioso central, con encefalitis y fuertes dolores de cabeza. Conmueve ver al animal, ciego, apoyar la cabeza y quejarse. Otras veces —continué explicando— son los animales los que transmiten al hombre graves enfermedades.

—La rabia es una de ellas —apuntó Vicente.

—La triquinosis y la hidatidosis no son menos peligrosas y, además, más frecuentes —añadí—. Pero también es verdad que los animales nos salvan sirviendo con sus cuerpos de objeto de experimentación. Son hermanos nuestros en la vida y en la muerte y cuando les sobreviene el final fallecen con dignidad y resignación. ¿Has visto alguna vez morir a un animal?

—Creo que no todas las especies intuyen la muerte —terció mi padre.

—Supongo —respondió Malva— que sus finos sentidos les advierten, sobre todo a los salvajes, de un peligro mortal, ante el ataque de un predador. Pero en los domésticos recuerdo haber leído que un célebre veterinario español, director de un matadero, hizo la experiencia de tomar el pulso a las reses que iban a sacrificarse y no advirtió alteraciones físicas ni emocionales. Pero no es así en todos. La psicología animal nos cuenta casos curiosos de su comportamiento ante el peligro y la muerte.

Esta vez, nadie se atrevió a preguntar por el último destino de los animales. Malva, adivinando nuestras intenciones, nos habló de su alma irracional, a la que ya se

refirieron San Agustín y Luis Vives. Santo Tomás de Aquino opinó que el alma de las bestias desaparece con el cuerpo, lo que favorecemos diariamente cuando nos comemos a la mayoría de ellos. Pero en otras culturas y épocas existió la creencia, que todavía se mantiene en algunos pueblos, en la transmigración de las almas y su reencarnación en un animal.

—Yo creo —continuó— que muchas personas son más irracionales que algunos animales, pero no me preguntéis más. No he hablado nunca con un teólogo veterinario.

Una hora más tarde el reloj volvió a sonar con sus campanadas.

—Por hoy ya es suficiente —dijo mi madre.

Como si fuera una consigna, uno a uno se levantaron y despidiéndose salieron en silencio.

—Meditemos, dijo Malva: «En todas vuestras cosas tened siempre presente el fin».

Y con estas palabras se despidió.

## XXII

### *Marginados y heterodoxos*

**N**O PODÍAMOS REUNIRNOS con muchas personas de la calle cuando venía Malva, ya que hubiera llamado la atención. El derecho de reunión está controlado, pero siendo los de siempre no había peligro alguno con tal que estuviera Vicente.

Un día Malva nos habló de los marginados, heterodoxos y revolucionarios a los que siempre se ha tratado con mala prensa. Ella sabía que era un tema que, aunque peligroso de examinar en estos tiempos, nos interesaba a todos ya que había quedado pendiente en alguna de nuestras reuniones.

—Sin el derecho a discrepar —nos decía— no puede haber progreso ni libertad, pues la mayoría de estos hombres y mujeres fueron condenados precisamente por sustentar teorías que estaban entonces prohibidas o iban en contra de las doctrinas admitidas. Las de carácter religioso han sido las más combatidas y peligrosas. Otras son heterodoxias científicas o políticas, que de alguna manera atentaban contra el poder civil o religioso. Pero yo me pregunto: ¿Eran todas negativas? Algunos,

como Galileo Galilei, defendieron posiciones que, como luego se vio, tenían un fundamento científico. Fue un avanzado en su tiempo, al que se combatió por motivos religiosos, como se hizo después con Darwin, cuya teoría del evolucionismo no se admite ni explica todavía en España. Otros buscaron lo mejor para su país y fueron revolucionarios, otra forma de heterodoxia. Los más represaliados antaño fueron los marginados de carácter religioso, a los que el Santo Oficio, que no tenía nada de santo, persiguió encarnizadamente.

—Yo creo —le interrumpió Vicente— que muchos de ellos fueron sectarios, visionarios y locos, tipos, si no peligrosos, al menos poco recomendables.

—Eso es verdad —contestó Malva—, pero su lugar hubiera sido el manicomio o la cárcel y no la hoguera. Recordad, por ejemplo, lo que le sucedió a Luis Vives. Su caso fue de represión despiadada; represión contra su familia acusada de criptojudasismo por la Inquisición española, que condenó al padre a la hoguera, y su madre, ya muerta, fue desenterrada y sus restos quemados públicamente. ¡Cuánto dolor y humillación para el hijo al comprobar una persecución tan terrible contra su pobre madre! Dan ganas de parodiar a Quevedo y titular: «Odio constante más allá de la muerte». Como verás, la libertad debe abarcar también el campo religioso, uno de los más tardíamente aceptado.

—Malva, ¿por qué se condenó a nuestro heterodoxo Miguel de Molinos, al que persiguió la Inquisición?

—No se sabe. Al menos no se ha encontrado la documentación del proceso, que parece fue destruida. Era un hombre bueno, con reputación de mantener una conducta piadosa y un sacerdote de recta espiritualidad. No le faltaron seguidores y amigos, pero se hizo sospechoso de quietista y se le prendió y condenó por sustentar la oración al modo oriental y por la publicación de su *Guía espiritual* en 1675, subtitulada *Defensa de la contemplación*. Molinos consideraba tres formas de silencio: el de la palabra, el del deseo y el del pensamiento. A su juicio, la expresión del amor a Dios se mostraba patente por la resignación y el silencio interior. «Reposa en este místico silencio y abrirás la puerta para que Dios se comuniquen», decía. A pesar de ser un libro importante en su tiempo, fue detenido en el verano de 1685 y condenado posiblemente por razones políticas y religiosas. Como buen aragonés, se mantuvo durante el proceso sereno y seguro y mentalmente consecuente con sus ideas, a pesar de haber abjurado. El acto fue un espectáculo nada edificante, al que acudieron el personal de la Inquisición, las jerarquías eclesiásticas, el Colegio Apostólico, la nobleza y mucho público, que siguió con curiosidad aquella sentencia que Molinos escuchó postrado de rodillas con un cirio entre sus manos atadas.

—Como en cualquier época —comenté yo—, la suerte y el destino conducen la vida de las personas. Hay a veces fallos injustos que hacen cambiar el rumbo del pensamiento y la conducta, aun siendo éste correcto

en un principio. Pero el tiempo suele dar la razón al que la tiene. ¿Qué hubiera pasado, podemos preguntarnos, de haber sido recomendado entonces su libro de misticismo? Respondedlo vosotros mismos.

—La misma conducta condenatoria se siguió con significados científicos defensores del evolucionismo —apostilló Malva—. Ahí tienes el caso de Darwin y el de Haeckel, los dos religiosos y cristianos, y precisamente el evolucionismo supuso para el primero una serie de graves disgustos y ataques, y obligó al segundo a apartarse de sus anteriores creencias y declararse libre-pensador.

—Algo parecido sucedió con los krausistas —dije yo—, ante la condena que hizo el *Syllabus* del liberalismo y la acusación que se formuló contra ellos de ser panteístas. De haber prevalecido el programa pedagógico de los institucionistas, hoy tan perseguidos, España hubiera sido un país muy diferente. Que cada uno piense según su recto criterio y no como le convenga, que es lo que hacen muchos.

—En efecto, la libertad religiosa es una conquista moderna —respondió Malva—. Hoy a nadie se le amenaza ni condena por su forma de pensar en muchos países, aunque en otros no es así y en nuestra España la Iglesia ha tomado una postura beligerante e impositiva.

—¿Y qué nos dices de los revolucionarios e ideólogos políticos?



—Pues que también existen entre ellos algunos heterodoxos, hombres progresistas, la mayoría bien intencionados que casi siempre se han debatido entre la utopía y la revolución. El ideólogo es un producto químicamente puro, que debe prevalecer siempre en la oposición. Y en cuanto al revolucionario, su destino suele ser morir en las barricadas. Para declararse como tal debe acompañarle el entusiasmo y la resignación. La vida es dura con ellos, como propagadores de doctrinas heterodoxas, aunque casi todos buscan la reforma social y política. Les aguarda el hambre, la cárcel y el exilio, y trabajan siempre en la clandestinidad. Son conspiradores que aman el riesgo y la aventura. Cuando ganan la guerra, muchos de ellos se corrompen y adoptan los mismos hábitos que combatieron. Su cometido es estar vigilantes como la conciencia y mantenerse incorruptibles. Ser romántico y rebelde no es malo. Son personajes que se salen de la norma y hasta pueden llegar a ser admirables, pero cuando a ello se une el fanatismo resultan peligrosos y nocivos. En España hemos tenido también algunos de estos hombres. Perdonad que insista, pero el auténtico revolucionario es aquel que muere por sus ideales, siempre que haya luchado contra las injusticias. En realidad buscan el bien de otros. No olvidéis que las dictaduras son la representación del dominio, el sometimiento y la muerte. La corrupción es siempre compañera de ellas. Para mí, el modelo de conducta está en Gandhi y en su lucha y resistencia mansa, defen-

diendo a su pueblo sin las armas. Su campaña en contra del monopolio inglés de la fabricación y venta de la sal significó todo un símbolo, cuando a orillas del mar desobedeció recogiendo sal en el pueblo de Dandi. Su proyecto es ahora la independencia de su país. Rabindranath Tagore defendía, a su vez, idéntico procedimiento pacífico con estas palabras poéticas: «*No es el martillo el que deja perfectos los guijarros, sino el agua paciente con su danza y su canción*». Nosotros tenemos de modelo a nuestro don Quijote, noble caballero defensor de desvalidos. Su locura fue una locura de amor.

Malva se detuvo, como evocando un mundo apenas imaginable, y continuó:

—Sin libertad no puede haber conquistas verdaderas de la humanidad, pero, ¡jojo!, hay una libertad domesticada. ¿Para qué quiere libertad quien se debate en la miseria, la pobreza o la ignorancia? Hay unas reglas de comportamiento cívico, pero no siempre son justas. No se puede utilizar como base la caridad, que es un recurso y debe buscarse la justicia social. Ayuda al pobre para que salga de la pobreza y luego da gracias al Señor, pero lo segundo sin lo primero no vale. Recordad las palabras del noble caballero don Juan Manuel Montenegro, en *Romance de lobos*, cuando les decía a los pobres que las culpas que necesitaban perdón eran las de él y no las de los mendigos, porque la redención de los humildes debían hacerla los que nacieron señores. Y añadía estas palabras proféticas y temibles al anunciar que

llegaría el día en que se hiciera justicia, cuando los pobres se juntaran para quemar la siembra y envenenar las fuentes. «Ese día llegará, y el sol, sol de incendio y de sangre, tendrá la faz de Dios». Aquí tienen también su paraíso los pobres. Hay que defender la vida. El mayor crimen contra la naturaleza es quitársela a un ser humano. Nosotras, las mujeres, no traemos los hijos a la tierra para llevarlos a continuación a la sepultura.

Cuando estábamos escuchando a Malva, llamaron a la puerta. Mi madre, un poco sorprendida, porque no esperábamos a nadie, se dirigió a Vicente y le dijo:

—Mira a ver quién es.

—No se preocupe, doña Águeda, pregunte y abra usted misma. No tenga miedo —le respondió Vicente.

Desde el otro lado de la puerta nos contestó Armando, mi compañero, el estudiante de Medicina, que venía a interesarse por mi salud y a incorporarse a la tertulia, ya que era uno de los asistentes asiduos, aunque acudiera, como este día, a deshora.

Siguiendo con el tema, que se había interrumpido, uno de los asistentes preguntó refiriéndose a los políticos:

—¿Cuál es su papel en la revolución?

Malva nos aclaró:

—El político suele ser casi siempre un mercader. Es el intermediario que vende la doctrina y otorga y dirige las nuevas leyes. Algunos jamás expusieron su vida por defender esos ideales. No es el suyo, y me estoy refi-

riendo a la democracia, un sistema perfecto, pero es el mejor de los existentes. De hecho se han ido corrigiendo sus abusos con el tiempo, desde la compra de votos y la trampa en las votaciones hasta los derechos de los electores. El mejor sistema sería, como en la antigua Grecia, la elección pública entre los ciudadanos más capacitados. Hay que reconocer que a muchos de ellos les debe su país la entrega generosa y la prosperidad como legisladores. Hay uno a quien se ha recordado entre nosotros en el siglo XIX como modelo de conducta. Si visitáis el cementerio civil de Madrid, os encontraréis con el monumento funerario elevado a Nicolás Salmerón, que dejó la presidencia de la Primera República por no firmar una pena de muerte. Consecuente con su idea en contra de ella, prefirió dimitir. Noble gesto que le honró ante la Historia y ante los que combatimos la muerte provocada por el propio hombre. En nuestro siglo y durante la guerra, el anarquismo ha sido una planta que proliferó de manera extraordinaria en amplias regiones españolas con dos tipos humanos divergentes: el idealista, al que se le representa con una flor en la mano, y el que utiliza el puñal o la pistola, o arroja la bomba. El hambre, la pobreza y nuestro carácter hicieron que fuera España el lugar predilecto de su asentamiento. De los dos hemos tenido una abundante representación, y ambos se pusieron al lado de la República con actos también opuestos de heroísmo y de furor revolucionario.

Mi madre pidió que se hiciera un descanso después de tan continua charla.

—Me gustaría poder ofreceros un café, pero no tengo, y únicamente os puedo dar un poquito de leche, que tampoco es buena; la teñiremos con achicoria y echaremos una miaja de azúcar.

—Pues vale —agradeció Malva—. Otros ni siquiera pueden tomar algo caliente.

Mi padre, frunciendo el ceño, dijo a modo de sentencia:

—En este país tenemos ahora muy mala leche. Es mejor el café, pero está racionado.

Y así, no sin risas, terminó la tertulia de este día.

### XXIII

#### *Homo domesticus*

UN DÍA, MALVA, dirigiéndose a nosotros, comenzó a hablarnos así:

—Iban andando a través del desierto con sus ropas, aperos y ganados y se llevaron también objetos de plata y oro, pero aquellas riquezas no les sirvieron para comer y, en aquel penoso peregrinar del pueblo judío, tuvieron que sustentarse con lo que les ofreció Yahvé. Y durante cuarenta años les dio el maná para que pudieran mantenerse y descansar el séptimo día. Cuando Moisés subió solo a la cumbre del Sinaí, Dios le fue nombrando las prohibiciones y exigencias del Decálogo. Pero un día, como vieran que su ausencia se prolongaba, su pueblo le dio por muerto y pidieron a Aarón que les hiciera un dios para que fuera delante de ellos. Y así, con los pendientes de oro de los hombres y de las mujeres, construyeron un becerro de este metal, al que adoraron. Aquella transgresión fue duramente castigada por Yahvé. Pero la codicia del oro siguió hasta nuestros días tentando a todos los pueblos de la tierra. El dinero y la riqueza se propagaron como una plaga y no

fueron siempre bien usados. Y es el dios al que siguen adorando. Por dinero se han cometido los mayores crímenes de la tierra. Los hombres comenzaron a ser clasificados según el color de la piel, la cultura, el país de origen, la religión y, sobre todo, por el dinero que poseían. Y unos domesticaron a otros. El ser humano es el ser más domesticable de la creación, y a cada uno le colocan en un puesto, dentro de la escala de la vida, desde donde es muy difícil ascender a tramos superiores. Pero sin dinero no existiría progreso. Es la dictadura de los bienes comunes y necesarios, mal empleados, lo que corrompe y termina con la vida de los menos favorecidos o la hace inhumana. No cambiéis —nos dijo— el goce de la vida por dinero. Es un trueque de engaño. Todo está hecho en este mundo para disfrutar de lo que nos rodea y nos ofrece la naturaleza, pero nuestra torpeza está en no darnos cuenta y seguir otro código que nos ha sido impuesto y en fijarnos en unos valores artificiales. La historia en la tierra se basó en el sometimiento y, aunque cambiaron los tiempos, las culturas y civilizaciones, se mantuvo la domesticación del ser humano y aun hoy día continúa esa esclavitud. El hombre salió del paraíso terrenal, quiso crear otro completamente artificial y utilizó su poder en la guerra y el comercio para lograr el dominio de sus semejantes. Se olvidó de que tiene limitado su tiempo y de que no puede llevarse nada de lo que ha poseído. La búsqueda de la riqueza —continuó hablando— tentó ya a los alquimistas, que

quisieron fabricar el metal dorado. Pero, si lo hubieran conseguido, no habrían solucionados los problemas que siguen abrumando a los humanos. ¿No habrá que buscar entonces otros valores, otra filosofía? Los del Evangelio se han relegado, y, sin embargo, la solución está en el humanismo cristiano. Cuando los hombres descubran que lo más importante es la generosidad y la defensa de la vida, habrá nacido una nueva era en la humanidad y de aquí partirá el héroe.

Alguien preguntó entonces si era posible que desapareciera la especie humana.

—Tengo que confesaros —nos contestó— que no sería difícil la autodestrucción. Acordaos cuando se empleó la energía nuclear para concluir la guerra mundial. La noticia de sus efectos nos sorprendió a todos. No sabíamos muy bien qué era y qué significaría en el futuro. Pero los hombres habían descubierto el arma más poderosa que podía volverse contra ellos. Cuando leí en los periódicos los resultados mortíferos y acumulados de esa fuerza de destrucción, creí que era el fin de los tiempos. Eso entendieron también las pobres gentes, víctimas de un arma que convirtió a las personas en teas humanas y destruyó, en aquel triste verano de 1945, las ciudades de Hiroshima y Nagasaki. Cuando leí la cifra de víctimas quedé horrorizada. La ciudad ardiendo con su humo negro me recordó cuando Abraham miró hacia Sodoma y Gomorra, recién destruidas, y vio que salía una nube negra, «como humareda de horno». Aquel



cataclismo fue un error, y la posibilidad de su proliferación puede acarrear la extinción de la humanidad. Si contabilizáramos —siguió relatando Malva— las especies de animales y vegetales que el hombre ha aniquilado y ha hecho desaparecer del planeta, de un siglo a otro, nos daríamos cuenta de su poder destructor. Los adelantos técnicos han sido en ese tiempo asombrosos, pero no hemos progresado apenas en los valores morales. A veces he pensado que me gustaría vivir en cualquiera de los países de Utopía, en un mundo que buscara la felicidad de todos. Huyamos de la pobreza y la miseria, pero se puede vivir perfectamente con austeridad y repartir algo de lo que nos sobra. Cuentan que, cuando nació Montesquieu, su padre eligió de padrino al primer pobre que llamó a la puerta del castillo, para que el hijo no olvidara nunca su parentesco con los pobres. Al fin y al cabo lo que necesitamos como imprescindible es bien poco. Curiosamente, las cosas que están a nuestro alcance y nos producen mayores goces no se compran ni se venden. Las encuentras a tu alrededor en la naturaleza, la familia, los amigos, la conversación y cuando participas en el arte, la cultura y el deporte. Cuánto pagaríamos, por ejemplo, por ver una puesta de sol si no fuera porque es gratuita. Sin embargo, los goces de la mesa y de la cama no son baratos. A los pobres les cuesta conseguir alimentos, vestidos y vivienda, pero se reproducen fácilmente como la mosca del vinagre. Alguna ventaja tienen que tener los desasistidos. Si fué-

ramos más franciscanos, nos fijaríamos en la bondad y belleza de las cosas sencillas que nos rodean y cómo las alegrías y tristezas de la vida hay que compartirlas. Los pueblos primitivos se organizaban ellos solos cómodamente, hasta que el hombre blanco los corrompió. Muchos huyeron de las misiones y prefirieron volver al lugar de origen, donde nadie les mandaba ni les obligaba a trabajar. Posiblemente eran tan felices como nosotros y, por supuesto, más libres. Los acontecimientos de esta última guerra, que demuestran que se puede matar en poco tiempo a miles de personas, nos obligan a pensar que, para su salvación, la humanidad tiene que ir hacia una confederación acorde y hermanada de todos los países, donde precisamente la lucha será contra los que quieran mantener sus antiguas prerrogativas o sustenten el crimen y el sometimiento a expensas de los pueblos que no tienen para comer ni siquiera el maná del desierto. Estos serán en el futuro los mártires. La unidad y no la disgregación puede salvarnos. ¿Lo hemos aprendido? Pues vendrán tiempos peores y los males serán irreversibles. Ya lo vaticinó Goya en sus *Desastres de la guerra* cuando escribió: «Miseria humanidad, la culpa es tuya».

## XXIV

### *Arco iris*

UNA TARDE SALÍ CON MALVA. Como llovía bastante, nos refugiamos en un café. Por mi enfermedad no pudimos dar siquiera un corto paseo, tanto como antes me gustaba. Santander tiene también su encanto visto debajo de un paraguas. Si no sale el viento nordeste, que se mete en los huesos, la ciudad con lluvia, en la zona costera, atrae a los que quieren contemplar, un día templado, el mar bajo el efecto de la bruma o la llovizna.

Desde el muelle he visto muchas veces el cielo y el mar pintados como una acuarela con los más bellos grises. Este es el color que define a la ciudad. Negros nubarrones se confunden, a veces, con el horizonte. Las nubes cubren Peña Cabarga y enmascaran, cuando bajan, el paisaje de los pueblos fronteros. Odio vivir en las urbes dominadas siempre por un sol implacable y dictador, que ignora el resto de las estaciones. En el campo, la vegetación nos advierte de los cambios estacionales, pero en la ciudad la bahía nos señala también el calendario. Los pescadores conocen las costeras, que les sirven de almanaque estacional.

Otras veces, con mares gruesas del noroeste o en tiempo de galerna, solíamos ir a ver el temporal desde el Sardinero. Es un espectáculo grandioso en que el protagonismo lo tiene la naturaleza, que convierte el lugar en un paraje solitario y salvaje. Las olas baten el basamento roqueño de la península de La Magdalena rodeándola de un mar de espuma. La marejada trae hasta la costa y las playas olas blancas que forma el viento. Y con ellas nos llega el rumor tan característico del oleaje, de flujo y reflujo, como es la vida.

Refugiados en el café, Malva me habló del futuro de España. Es un tema que nos apasiona. Los dos sabíamos que una dictadura no puede perpetuarse.

—¿Tú que opinas? —le pregunté.

—Mira, Andrés, España tiene un pasado admirable y un pueblo tan maravilloso que exige una continuidad histórica en la libertad. La guerra y la postguerra son como un mal sueño que habrá de desaparecer para siempre de la mentalidad española.

—Eso creo yo —le respondí—. Las nuevas generaciones forjarán la continuidad sin caer en el tópico de «un imperio hacia Dios» y, aunque no renegaremos del pasado, nuestro destino está en mirar hacia el futuro. Yo creo, Malva, que España, como país de Europa y madre forjadora del hispanismo, sabrá encontrar su auténtico camino en la democracia. Tú sabes que se la quiere anular por miedo a los que lucharon contra los sublevados. La guerra no la declararon los republicanos. Si aquel

gobierno no servía, debió cambiarse sin echar mano de la sangrienta lucha que asoló los pueblos de España y en la que las potencias extranjeras se entrenaron para una contienda todavía más extensa, encarnizada y horrible. Creo que debió buscarse la paz por encima de todo. Hemos perdido muchos años de convivencia y progreso. Volverá a salir el Arco Iris, símbolo de la alianza de todos los españoles. Desaparecerán los nombres de los caídos de un solo bando que figuran en las placas y monumentos en las entradas de nuestras iglesias. Ello, más que un insulto político, es una acusación religiosa, al no existir perdón ni reconocimiento a los que combatieron al lado de la República. Vencedores y vencidos deben reconciliarse con el mutuo perdón.

—Estoy de acuerdo contigo —me respondió Malva.

—El pueblo español tiene unas posibilidades que parten de sus raíces y de su idiosincrasia particular, de la variedad de las provincias bajo una unidad racial, religiosa y lingüística. Curiosamente, hay un detalle que explica las grandes posibilidades del genio español en ciertas áreas del conocimiento, en las que no se requiere dinero, influencias, ni trabajo en equipo. El talento se muestra entre nosotros en la pintura y la literatura, precisamente porque en ellas es donde mejor se revela la individualidad genial cuando existe. Esas mismas cualidades las hemos transmitido a los pueblos americanos con nuestro idioma y nuestra cultura. Tenemos que recordar que el español es más creador y aventurero que

comerciante. Sin embargo, nuestras taras del pasado siguen persistiendo como una herencia maldita. La corrupción administrativa, el caciquismo, la recomendación y el nepotismo se han incrementado bajo la dictadura que padecemos. La Iglesia española se alió con ella y recibió una recompensa que le está perjudicando y haciéndola odiosa, en ciertos medios, por su falta de generosidad y de perdón. Si malo fue quitar los crucifijos de las escuelas, tan malo o peor es ponerlos sin haber perdonado al enemigo. Su participación en la censura escrita y de espectáculos es uno de los muchos ejemplos de esa tolerancia con la dictadura, que cuenta con ella como arma política y religiosa que impide la libre expresión y el desarrollo de la cultura.

—Mira, Andrés —me respondió Malva—. Es injusto y miente quien diga que en nuestra guerra unos fueron los buenos y otros los malos. Quizá los vencidos han declarado más sinceramente sus errores que los que colaboraron con la dictadura, en la que hasta hoy persiste entre nosotros el miedo, la discriminación y el castigo. Y ha sido, además, más larga la condena y la venganza, en este caso realizada por los que, siendo católicos, debieran generosamente haber perdonado.

De repente dejó de llover y hasta salió un poco el sol. Ahora la conversación discurrió en una consideración sobre el pasado glorioso de nuestro ejército, ejemplo después de frecuentes golpes militares, cuarteladas, sublevaciones y levantamientos. Pero estábamos los

dos de acuerdo en que llegaría el día en que no iba a luchar de nuevo contra su propio pueblo. Su misión sería en el futuro mucho más eficaz y provechosa, como le corresponde en situaciones de catástrofes, de ayuda al pueblo y en la lucha contra los enemigos del Estado y de la población española. Su lema es y será siempre servir a la Patria.

En casos de huelgas, el ejército se ocupó siempre de atender los servicios de emergencia y lo mismo en casos de siniestros. Combatir la delincuencia y el delito organizado conforman otra de sus misiones importantes.

¿Será éste su futuro cuando no haya guerras?

## XXV

*La última broma de Vicente*

LOS FALSOS AMIGOS DE PINOCHO volvieron de nuevo a visitarnos. Entraron o, mejor dicho, forzaron la puerta para penetrar en cuanto llamaron. Como ya los conocíamos, no se presentaron. Metieron el pie y rechazaron a mi madre de forma violenta.

—Hoy venimos a registrar.

Como el ladrón que busca un tesoro, removieron armarios y cajones y no hubo lugar, por íntimo que fuera, al que no tuviera acceso su curiosidad.

Mi padre se enfrentó a ellos y les pidió una explicación:

—Tenemos derecho a que, al menos, se nos diga el motivo de este registro. Ya nos conocen y no tenemos a nadie escondido.

Al llegar a mi cuarto no se atrevieron a entrar al verme en la cama.

—Es nuestro hijo. Está tuberculoso.

Gracias a ello no se atrevieron a registrar la habitación y no encontraron mi cuaderno de notas. Buscaban otra cosa.



Al principio no nos dieron explicaciones, pero nos preguntaron dónde estaba Vicente y cuándo le habíamos visto por última vez. A continuación hicieron a mis padres un sinfín de preguntas. Desde mi cama oía el interrogatorio y las explicaciones de la sorprendente aventura de Vicente.

—Ya daremos con él y no se escapará —dijeron—. Los traidores tarde o temprano tienen su merecido. Nosotros somos como el vigilante y mitológico Argos, el de los cien ojos. Todo lo vemos.

Mi padre guardó silencio y no quiso contestarles y decirles que fue Mercurio el que ejecutó a Argos y liberó a Marte de la prisión.

Cuando llegaron nuestros intempestivos visitantes, lo hicieron a una hora en que estaban seguros de sorprendernos. Nuestro reloj de repetición dio las ocho de la tarde, ya entrada la noche.

—Tiene usted que venir con nosotros a declarar. Necesitamos saber todo lo que haya escuchado a Vicente: quiénes son sus amigos, concomitancias —esto lo pronunciaron con especial entonación—, viajes que realizaba y todo cuanto sepa de este sujeto.

Nos preguntaron también si teníamos algún pasaporte. Cuando vio que se llevaban a mi padre, fue mi madre la que se enfrentó a ellos con una energía desconocida. La mujer siempre tímida y callada les dijo:

—Déjennos en paz. Bastante desgracia tenemos con estar mi marido depurado y sin trabajo y, por añadidu-

ra, con el chico enfermo. Nosotros no hemos hecho nada, ni estamos metidos en ninguna conspiración. Vicente es amigo y condiscípulo de mi hijo y solía venir a visitarle. Y eso es todo.

Tardaron dos horas en marcharse. La casa quedó completamente desordenada, los libros tirados por el suelo y los colchones del revés. Buscaron primero a Vicente y luego la existencia de documentos o cartas de él que pudiéramos guardar. Después se llevaron a mi padre. Durante este tiempo intenté consolar a mi madre.

—¿Qué iban a hacerle?

En el mejor de los casos le detendrían para soltarle más tarde. Pero temíamos el interrogatorio. Los dos estábamos sobrecogidos y atemorizados. La desgracia seguía rondando nuestras vidas. Sin mi padre, la casa nos pareció, ahora, un lugar triste y extraño.

Durante su ausencia todo fueron temores y preguntas:

—¿Qué será de Vicente? ¿Lo cogerán?

Pasada media hora, regresó mi padre y nos dijo que no le habían hecho daño, pero que había sufrido insultos e impertinencias. Según le informaron, Vicente había sido detenido en Bilbao pocas horas después. Por lo visto, desde hace años dirigía un grupo clandestino que conducía hasta la frontera francesa, con pasaportes falsificados, a los republicanos que salían de la cárcel. Su espíritu falangista se había quebrado ante las injusticias que había visto. La postguerra debió de parecerle de-

masiado larga y dolorosa. Quizá, como yo, esperaba la llegada de los tiempos normales con una paz y una reconciliación. No sé si volveré a verle, pero me queda su recuerdo de hombre honrado que tal vez, como hizo Saulo, se arrepintió a tiempo de haber perseguido, en algún momento, a los vencidos, o sencillamente buscó rectificar su equivocación. Ahora sí me demostró que era de izquierdas. No me va a ser fácil olvidarle.

—¿Le han maltratado? —le preguntamos.

Mi padre no nos contestó.

—Estoy muy cansado y quiero dormir —fue su respuesta.

de mis alimentos, como si fuera un general derrotado que entrega su espada a la muerte.

El vómito de sangre es en el tuberculoso como el bajonazo del torero, que destruye con la espada el pulmón de la res. Me había ocultado la aparición de las temibles cavernas que iban minando uno de mis pulmones.

Intenté quitar ante los dos importancia al suceso, pero se dieron cuenta de mi estado de postración y debilidad, que duró muchos días, y que me dejó triste y sin humor para hacer nada. Me invadió la melancolía que seguramente les transmití también a ellos. Nos mirábamos y no hablábamos.

A mi padre no podía engañarle. En los días sucesivos fue anotando los síntomas que denotaban mi gravedad y un pronóstico fatal. Después de verme el especialista, fui en coche al Servicio de Respiratorio de la Casa de Salud Valdecilla, donde, como otras veces, me sacaron radiografías de los dos pulmones. No me faltaron ánimos. Mi padre estuvo hablando con el jefe del Servicio y con los colaboradores, pero hasta mí no llegaban sus palabras.

—No te asustes, chaval —me decía uno de los médicos—. Intentaremos que esto no vaya a más.

Vi cómo hablaban aparte entre ellos observando las radiografías, y aunque les pregunté, no quisieron adelantarme el pronóstico.

Mucho le agradecí al médico interno sus palabras amables y su sonrisa bondadosa.

—El jefe del Servicio indicará lo que mejor conviene en tu caso. De momento, mantente sereno, haz reposo y procura comer algo más. Ya le hemos dado instrucciones a tu padre.

Debo decir que no tenía hambre y que me encontraba en el peor momento de mi enfermedad, con tos, fiebre y adelgazamiento. Se me quitaron las ganas no solo de comer, sino de todo. No tenía ilusión por nada. Y sé que, cuando un enfermo pierde la esperanza, muere en seguida. Cuando falla el cuerpo, es el espíritu el único que puede mantenernos y el mío estaba vencido.

Mi madre sí leía en mi rostro mi estado depresivo y valoraba mis silencios. Y ambos, mirándonos mutuamente, nos entendíamos.

Echaba de menos los tiempos de antes de la guerra cuando, aun con muchos problemas, todo el mundo era feliz. Vivíamos sin miedo y mirando con optimismo el futuro. Ahora es diferente. La guerra continúa para los vencedores y los vencidos. No hemos avanzado nada en nuestra situación. Mi padre sigue depurado y sin trabajo. Es una especie de exilio interior. Ello supone una condena a muerte para toda la familia. Sobre nuestras cabezas se podía poner el lema que Dante colocó a las puertas del infierno: *Lasciate ogni speranza*. Pero todo lo soportaríamos si hubiera logrado recuperar mi salud.

## XXVII

### *Despedida*

**M**I SITUACIÓN HA LLEGADO A UN ESTADO LÍMITE. Temo que me voy a rendir a última hora y no podré seguir fingiendo que no me entero de la gravedad de mi enfermedad. Siento que moriré pronto, y hay momentos, en mi soledad y tristeza, en que el único desahogo está en el llanto.

¿Seré capaz de aguantar este desánimo? Mi madre ha escondido todos los espejos de la casa para que no vea mi rostro pálido y demacrado. Mi familia sigue negándose a que, en ese estado, vaya a un sanatorio a morir. Prefieren estar conmigo hasta la última hora, y éste es también mi deseo. Por ello, conscientes y de común acuerdo, jamás hablamos de la evolución fatal de mi enfermedad.

Poco a poco se apaga la esperanza, esa milagrosa medicina que me ha mantenido tanto tiempo, pero que ya Aristóteles sabía que no es más que el sueño de un hombre despierto. Y así me voy resignando con la idea de la muerte. Y la temo, no tanto por lo que pierdo, cuanto por lo que significará para mis padres.

Ayer sentí necesidad de ver a Malva, pero, como siempre, suele venir cuando menos la esperamos. Quizá sea el máximo consuelo que puede darme, ya que ha pasado mucho tiempo desde su última visita.

No sabría explicar mi deseo ardiente, ansioso, de verla. Pero ¿qué pensará al contemplarme? ¿Puedo, así como estoy, suscitar en ella otra cosa que lástima? Sé que me sigue queriendo, pero dudo que pueda sentirse atraída por un enfermo en este estado. ¿Merece la pena que venga? No lo sé, pero lo deseo con todas mis fuerzas.

El día está también triste y empieza a llover. La lluvia salpica los cristales, y las gotas corren persiguiéndose unas a otras. Se unen, recorren el cristal y se deslizan como si fueran lágrimas. Vuelvo a entretenerme en esta contemplación.

Me encuentro muy débil de cuerpo y de espíritu. Prefiero no pensar y quedarme absorto viendo caer la lluvia. Hasta mí llega el ruido del gotear del agua sobre el alféizar de la ventana. No tengo ganas de seguir escribiendo.

\* \* \*

Por fin, llegó Malva, como otras veces, de forma misteriosa. Gracias a Dios, apareció en el momento oportuno en que yo me hallaba en una profunda desesperanza.

—¿Cómo has tardado tanto en venir? —le dije—. Me encuentro muy mal, ya sin fuerzas y aguardando la muerte.

Vino tranquila y serena y, como de costumbre, me dio ánimos. A partir de ese momento, empecé a encontrarme mejor.

Ahora, cuando recuerdo la jornada, pienso que por algún momento llegué a creer que me estaba recuperando de verdad. Aquel día no tuve fiebre, ni apenas tosí. Fue una velada admirable. Malva se comportó como una droga maravillosa. Pero me daba vergüenza que viera mi aspecto enfermizo y poco atractivo. Con mi rostro afilado y amarillento, delgado y sin afeitar, debía de recordar a Lázaro de Tormes en sus peores momentos.

No exagero si os digo que fue el día en que me sentí mejor de mi larga enfermedad. Malva me entretuvo, me contó historias curiosas de sus viajes, me hizo reír y me recordó muchos detalles de mi vida.

Sentada delante de la ventana, su cabeza se perfilaba en el hueco, y podía admirar, a contraluz, su serena belleza que contrastaba con mi aspecto ojeroso, pálido y triste.

La tarde iba avanzando lentamente. Llevábamos varias horas juntos, que a mí me parecieron fugaces. En la casa estábamos solos y no se oía nada. Únicamente nuestra conversación transcurría continua y animada. Sentada frente a mí, junto a mi cama, componíamos un



cuadro que podría haberse titulado *Última visita*. Bajo la falda se adivinaban entre los pliegues del vestido unas atractivas piernas de mujer.

No sabría decir cuánto tiempo duró la velada. Cuando intenté darme cuenta, advertí que la tarde se había vestido con un color gris de porcelana danesa; luego se fue transformando en azul plomizo, hasta que los últimos rayos de luz se apagaron para dar paso a la noche.

Encendí la luz eléctrica, pobre y vacilante. Los puntos luminosos de la ciudad parecían, ahora, las antorchas de una procesión nocturna. Malva se levantó a cerrar la ventana por la que entraba un aire frío.

Al terminar, me dio un beso prolongado y se despidió con estas palabras:

—No temas a la muerte y no pienses en el futuro que no existe.

Luego se retiró y estuvo mirándome fijamente desde el umbral de la puerta. Su mirada era triste y amorosa, profundamente compasiva, como la de una madre hacia su hijo. Me pareció que aquel instante no iba a terminar nunca y perduraría como una imagen fija. Después de su marcha, yo sabía que volvería a encontrarme mal, triste y apesadumbrado. Cuando quise darme cuenta había desaparecido, y oí alejarse sus pasos, como si huyera. Me recordaron los movimientos apresurados del que roba o de quien precipitadamente se aleja del lugar del crimen.

Me entró un angustia inmensa, y ya solo, me invadió la congoja. En el exterior, la noche se sumergió en sus negruras y silencios, sin ruidos, como debe ser la paz de los sepulcros.

*Aquí termina el cuaderno con las Memorias de Andrés.*

## XXVIII

### *Post mortem*

**A**NDRÉS MURIÓ A LOS 26 AÑOS, una mañana cenicienta y templada de primavera. Muy pocas personas le acompañaron para darle sepultura. El entierro se llevó a cabo según el ritual tradicional de rodear la fosa y ver bajar la caja con las sogas. La tierra, aún húmeda, ensuciaba nuestro calzado. Unos minutos antes, ofrecieron a sus padres abrir el ataúd para despedirse de su hijo, pero lo rehusaron e hicieron bien. Ya no era el mismo.

En esos momentos, un rayo de sol, generoso, se abrió paso entre las nubes y llenó de melancolía el ambiente. Y desde un árbol próximo, un tierno pajarillo le cantó una endecha. Todos echaron sobre el ataúd un puñado de tierra. En medio de aquel silencio angustioso se escucharon las palabras consoladoras del sacerdote que decían: «Yo soy el alfa y la omega, el principio y el fin. Al que tenga sed le daré gratis de la fuente de agua de vida».

Fue un entierro íntimo, sin otra presencia que la de sus padres y dos o tres amigos. No estaba Vicente y, naturalmente, tampoco se encontraba Malva.



## *Colofón*

Se imprimió esta novela  
a punto de finalizar el milenio,  
en que el hambre, la guerra, y el sida  
se extendían sobre la tierra.

Tuvimos terremotos, erupciones volcánicas,  
tornados, inundaciones y un eclipse de sol.

En nuestra querida España persistieron  
las amenazas de atentados y de separatismo,  
como si no hubiera acabado la guerra civil.

Los ricos siguieron adorando  
a sus ídolos de oro y plata,  
y los pobres continuaron  
siendo cada vez más pobres.

En medio de esta visión dolorosa y apocalíptica,  
únicamente los justos imploraron al Señor  
y los poetas cantaron a la esperanza.

*Laus Deo*

